

Enrique Estrázulas

PEPE CORVINA

NOTA DEL AUTOR

No hace mucho tiempo escribí unas cuartetas sobre un pescador imaginario y real. Las musicalizó Numa sin suceso aparente. El último invierno (1973) transformé ese tema en un relato y más tarde —adjuntándole la metáfora de un cuento edito y primerizo— hice una novela, una elegía de mediano aliento.

La escribí en dos meses, vertiginosamente, lleno de dolor y de alegría, enterrado en una neurosis que tuvieron que soportar otros. A ellos tal vez les deba el mérito mayor de haber concretado un deseo ajeno, propio y perturbador. No sé. Nunca se saben estas cosas. No hay indicios de que un fósforo quemara estos papeles.

Ahora están publicados.

Así parece.

E. E.

*No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura
la terrible cordura del idiota.*

ANTONIO MACHADO

CUENTA EL FARERO

Cuando los soles de verano eran intolerables, Pepe pensaba en la oscuridad del rancho, sentado en un cajón, tomando vino. El rancho estaba en lo alto de una barranca. Abajo suspiraba la espuma. Un poco más al sur se elevaba la farola de piedra. Junto a ella, un pedazo de proa de una fragata hundida apuntaba hacia el cielo desde 1849...

A la entrada del rancho, cuatro troncos quemados protegían el fogón que se encendía de noche.

Desde la farola lo veía siempre llegar del mar, en la chalana, con la carga de pescado que vendía al costado del camino viejo, todos los días, durante los crepúsculos. A veces, cuando la pesca no era buena, llenaba bolsas de mejillones. Los arrancaba de las piedras sumergidas. El torso enorme emergía del agua, el rostro huesudo y pardo cruzado por una cicatriz.

Alguna vez entré a su rancho, por la noche, horas en que siempre lo encontraban borracho, monologando nostalgias de otros mares, repasando sus años de ballenero. Le gustaba emborracharse en la penumbra, sin compañía aparente, hablando para sí. Tenía una cultura delirante, manejada a su antojo, presa en cualquier giro de la imaginación. Era, sin embargo, el único pescador letrado de la costa. Contradecirlo podía resultar peligroso. No daba lugar a la réplica. Abrumaba a los analfabetos de la zona con raras teorías, copando los mostradores, ilustrando a una audiencia azorada.

No lo memorizo a la sombra de las cañas, sitio donde pasó largos veranos, ni en el interior tenue del rancho que derrumbó el viento; no hablaré de los bares ni del hombre que mató en la esquina de Tabaré y Riachuelo. Quiero ubicarlo *en* el mar y ser preciso. Poco importaron sus largas divagaciones junto al fuego. La historia empieza cuando Pepe Corvina golpeó una medianoche la puerta de la farola.

Como nunca recibo a nadie, amartillé el revólver antes de abrir. Estaba empapado, titilando en la noche estrellada, con una lata en la mano. Lo dejé que mojara el piso y fue a sentarse cerca de las máquinas. Era la primera visita en muchos años. Fue temor y alegría lo que sentí. Le serví caña, lo único que tenía para matar el frío.

—Estaba arrancando mejillones cuando lo vi brillar —dijo mostrándome el pedazo de lata—. Lo encontré en la bodega de la fragata. No tengo dudas que simboliza el paraíso...

La erosión había llenado de cráteres, de imaginarias bahías el cobre ferrugiento. Pepe habló de la Mesopotamia Asiática, del Tigris y el Eufrates, de las antiguas civilizaciones Caldea y Asiria. Habló largo rato de las coincidencias con el lugar donde, según se suponía, había existido el paraíso terrenal. Sin responder yo miraba el cobre en la mano temblorosa del pescador. Me olvidé de controlar los relojes, los focos rojos y amarillos que partían hacia el horizonte, absorbo en las teorías sobre la lata oxidada. Fui testigo de la pieza oratoria más compleja que haya oído en la costa. Mezclaba historia real con probables —o seguras— ausencias y lagunas históricas, desvirtuaba pasajes bíblicos y citaba libros de marina, piezas de algunos museos oceanográficos del mundo. Razonaba en voz alta. Siempre concluía en que la verdad estaba en los confusos, oníricos trazos del presunto mapa.

Lo estuve oyendo hasta el amanecer sin contradecirlo.

Cuando la botella de caña tocó fondo se fue besando el corazón de cobre por el camino al rancho.

• • •

En el nuevo atardecer, cuando llegaron las chalanas, yo volví a mi tarea. Por toda la Punta Brava se comentaba la nueva locura. Pepe había desparramado su teoría en los boliches. A los pocos días, bastaba que lo vieran de lejos para que se vaciaran los despachos de bebida.

—Me enteré de que vagó por las iglesias, consultó libros que luego destrozaba, habló con teólogos y sacerdotes. Nadie dio crédito a su desopilante invención.

Y seguía buceando en la fragata. Desde el alba al anochecer.

Llegaba a la farola con piezas, documentos. Trajo una antiquísima brújula que marcaba siempre el mismo punto: un vago dibujo de archipiélagos. Luego un reloj sin agujas, una piedra con detalles de ríos, ininteligibles palabras talladas en un madero podrido. Había concluido en que la fragata hundida perdió el rumbo que otras embarcaciones habían perseguido durante siglos. Todo a causa de graves desintelencias entre la brújula y el reloj, de leves imprecisiones en el mapa, de asesinatos por infames codicias a bordo.

• • •

El costillar de madera no me sorprendió. Lo estaba armando en la puerta del rancho.

—Voy a desandar la historia de este mapa —había dicho con rabia—. La última risa será mía...

En la farola se habían reunido cobres, maderas, relojes, embudos y botellas, tablas podridas que iba amontonando. Durante los temporales reconstruía tiestos en su taller improvisado. Buena parte de la fragata estaba allí, conmigo, donde el claveteo era incesante.

Su voz aguardentosa y plural no volvió a resonar en los vocingleros boliches de la costa. Los estribillos de murga, los melancólicos tangos a coro, llegaban como murmullo lejano que entremezclaba el mar. Golpeaba con tesón mientras a mí, cada tanto, se me apagaba el pucho amarillo. Lo contemplaba absorto. A esa altura, todo aquello me parecía un largo poema.

Cada pieza reconstruida iba vistiendo el costillar frente al rancho: aquellas maderas se convertían sin pausa en un navío. No puedo evitar, a pesar de ser objetivo, señalar que —enfermo de ocio— degusté el sabor de la salud un buen tiempo.

Cuando me empezaba a aburrir, cuando volví a interesarme por los transatlánticos y la firmeza de los focos, por la simple tarea de la farola, Pepe me sorprendió con un cofre y un maltrecho pergamino. No imaginé que luego de un siglo de erosión y destrozos, alguien pudiera rescatar tanta reliquia de la derruida bodega. Porque al cofre siguió una moneda de oro, un primitivo globo terráqueo, un mascarón, un palo.

La farola era un cambalache.

Su necesidad de subsistir lo llevaba de vez en cuando mar afuera. Lo irritaba pescar. Pero era imprescindible. Sin beber, Pepe era un desvalido. Lo alimentaba una recalentada olla que perduraba días en el fogón.

Un amanecer, frente a la Boya del Buen Viaje, le volteó la chalana un pelucón marino. Pepe regresó nadando. Dio por perdidos todos los elementos de pesca.

El percance lo libertó.

Desde entonces, sólo vendió mejillones. El puesto de venta del camino viejo se lo dejó a otro pescador. Lo cambió por vino, por "algo para la olla", mientras pescara el otro. Con él cumplían. Todos sabían quién era.

De día trabajaba en el rancho, de noche en la farola.

El sonsonete del martillo, los monólogos, empezaron a molestarme un día. Pero ya era imposible sacarlo. Había copado el faro. Yo era el culpable. Me sentí abrumado, consciente de que nada podía hacer, envuelto en una telaraña que había dejado crecer a mi alrededor. Confuso, sin posibilidad de librarme, dejé correr los días.

El intruso era mi obsesión. Ensimismado, ajeno a todo lo que no viniera de él o la fragata, descontaba mi apoyo hasta el final.

• • •

Una noche tranquila, después de un largo chaparrón caliente, irrumpió con una bolsa en la farola: los ojos chispeantes, lleno de alcohol.

—Vamos a partir —dijo de golpe—. Necesitamos prepararlo todo.

—Pero.. ¿adonde vamos a ir?.. —pregunté balbuciendo.

—Aquí tengo la ruta. La nave ya está armada. Encontré algo entre los huesos del capitán.

De la bolsa fue sacando un esqueleto. Lo sacó poco a poco. Por la calavera cayó un canto rodado, una preciosa piedra de agua. Para recogerla dejó caer el cráneo, que se hizo trizas.

—Por aquí llegaremos —indicó pasando un gran dedo por ríspidas zonas de la piedra que yo no veía—. Esta es la ruta ideal...

El paisaje del piso me atemorizó. La calavera desparramó dientes, pedazos de mandíbula, cenizas. No pude evitarlo. Aunque temblé cuando llevé la mano al revólver. Seguí oyendo las explicaciones. Aparenté oírlas. Cuando tuve firme el calor de la culata en la mano cesó el temblor. Puse el caño en la garganta de Pepe.

—Llévese todo y no vuelva más —le dije.

Me miró con lástima. En silencio guardó el esqueleto en la bolsa, hueso por hueso. Fue arrojando objetos y pedazos de fragata a la puerta. Metió el canto rodado en el bolsillo.

A mí me temblaba otra vez el revólver cuando sacó el último tablón.

—Adiós, farero —dijo al cerrar la puerta—. Iré solo. Con un suspiro desinflé el miedo. Después tranquilé la puerta.

• • •

A mi encierro de piedra llegaron otra vez las noches solas, los infinitos ruidos del mar, las grandes lunas. Creo que Pepe Corvina me olvidó, que aceptó la expulsión (la ofensa) y eso alcanzó para borrarle. El episodio me dejó una incómoda sensación de dolor y alivio. No quise volver atrás. Me dejé transcurrir en la rutina de mi tarea absurda, semejante a velar la nada.

En el rancho, el serrucho siguió levantando polvo. El verano, lleno de gaviotas, era testigo del infatigable brazo tatuado. Allí afloraban y se escondían los músculos. La gente del lugar comentaba su nuevo oficio de astillero.

A la caída de la tarde iniciaba la borrachera, el soliloquio. Lo vi varias veces al pasar. Conferenciaba con niños descalzos de ojos redondos, admirados, sentado en el cajón de siempre. Junto a él, un proyecto de navío aumentaba.

No sé cómo habrá que contar esto. No quiero diluirme en imágenes. Aunque nada igual aconteció en la costa, el tiempo lo convertirá, irremediablemente, en una fábula.

Los barcos que entraban y salían de puerto no eran muchos. Y en mi memoria cada estación transcurre como una sola noche. Tal es mi quieta existencia vigía. El estío en el horizonte levantó fuegos fatuos, rayos como zetas, distintas formas lunares. El paisaje, en general, estuvo quieto. Yo siempre lo miraba sin ver, chupando la bombilla, el pucho.

En la noche imprecisa —la única— algo brilló entre las piedras. Un leve bruñir que apagó el foco de la farola y me distrajo sin motivo el cielo. Pasó lo mismo muchas veces. Hasta que llevé el ajedrez y reté a un rival invisible. Entonces dejó de suceder. Logré demoledoras victorias y me adjudiqué algunas derrotas para irritarme. Por eso volví a triunfar. Jugaba de cara al horizonte, practicando esquemas de campeones, espontáneas fórmulas matemáticas. La gran linterna giraba entretanto, expulsando los colores de siempre.

Un pesado día de bajante, bochornoso aun a la caída del sol, sucedió aquello. Hay cosas que sólo acontecen cuando las sumerge el olvido. Eso había logrado mi taciturno juego cuando la punta volvió a brillar realmente, sin trampas mías. Nada se hubiera alterado al encenderse una roca. A veces sucedía. El único tráfico marítimo había sido un remolcador mínimo, casi invisible a lo lejos.

El brillo ardió en la sepultura, en la exacta sepultura de la fragata. Un *jaque mate* inminente fue vencido por mi curiosidad. No cabía duda. Un buque de tres palos reflató, resurrección que iluminó la breve espuma.

Mi desgraciada vocación me llevó, por instinto, la mano al revólver. Ya se internaba en el mar, empujado por un racimo de niños. La nueva fragata se alejaba entre el jolgorio de adioses, silbatos, matracas. Aunque no podía ser verdad, aunque no lo creí, al menos vi en la borda al vigoroso pescador. Se iba solo.

Nadie se movió de la orilla, ninguno guardó pañuelos o flameantes camisas hasta que un punto luminoso descendió en el horizonte.

• • •

Se habló mucho de aquello. En los ranchos, en los mostradores de madera. Durante días se comentó la hazaña bajo la cenicienta luna, colgada en las chalanas.

La punta pareció quedar, al tiempo, pensativa.

La noticia llegó a la semana. Alguien la leyó en el diario del almacén y la dispersó así por la costa: la fragata zozobró en Cabo Polonio, quedó hundida en la arena, frente al eterno bostezo del océano.

Los días de bajante se verá desde la playa, igual a la que miro, destrozada otra vez por el mar implacable.

No sé si encontraron el esqueleto del capitán. No hay ningún rastro de Pepe Corvina ni su mapa de cobre. La verdad es que nadie buscará esa lata vieja. Yo, desde la farola, mirando el mar con ojos de vacuno, la imagino pudriéndose entre algas, mojarras, aguas vivas.

Así la imagino cada noche, durante largo rato.

• • •

Fui envejeciendo en paz, sin mucha pena, olvidado de todo, mansamente, agotado por tormentas y lunas. Supe que mi resignación de hombre sentado iba a sobrevivir pronto todo el sur.

Las piezas del tablero y las máquinas serían, tal vez, mis últimos movimientos.

El vapor de otro verano trajo coros de pescadores en el viento, chalanas y color en el cambiante mar. Se alegraban los ranchos y volvían los niños, las pelotas de trapo a la gramilla. Mi horario se acortaba como la noche. Las violentas salidas del sol me encontraban despierto. Llevé la balalaika a la farola para llenarme de nostalgias rusas, cantando "Fonariki" o "Sjewod-ja la loebloe" con mi voz de leñador, evocando mujeres caucásicas vistas en la infancia.

En eso pasé el verano. Una noche volvieron a visitarme. Yo había descartado que golpearan. Me equivoqué otra vez, con alegría.

Era un hombre calvo, algo ridículo, escondido tras gruesas gafas, pequeño, nervioso. Hablaba tan rápido que apenas terminaba de pronunciar ya iba iniciando la otra frase. Fue hilaridad lo que sentí y guardé. Lo hice pasar así, sin tocar el revólver.

Al sacar un carnet viscoso, verde de humedad, se le ocurrió presentarse.

—Soy miembro de la Sociedad Amigos de la Arqueología.

—A las órdenes.

—Vengo a interesarme por el paraíso.

Entendí enseguida. Le sintetice la historia mientras veía girar los vidrios de sus anteojos como culos de botella. Le mostré algunos maderos que el pescador había olvidado y señalé el lugar donde reflató la fragata.

Noté que lo excitaba, que acentuaba con adjetivos truculentos cada referencia mía.

—¿Dónde está el mapa del paraíso? —preguntó.

—Fue con él —dije.

—Qué impresionante.

—Cierto.

—¿Y el esqueleto del capitán?

—Me queda sólo una costilla —dije y se la enseñé en un rincón.

—¿Puedo tocarla?

—Claro que sí.

La fue observando atentamente. Sospeché que no veía nada.

Le temblaba un poco la mano.

—¿Por qué no lo acompañó? —me interrogó al fin.

—No pude dejar mi trabajo. Además... todo era una fábula.

—Sí. Eso es lo que usted cree. Los arqueólogos estamos investigando. Por eso le pedimos ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Para encontrar el mapa, la fragata...

—De la fragata quedarán pedazos. Naufragó a los pocos días.

—Sabemos dónde naufragó —dijo casi gritando—. El mundo entero va a estar pendiente de nosotros, el paraíso saldrá de la tiniebla.

—Piénsenlo bien. Yo creo que estaba loco. Además... él bebía.

—No tiene nada que ver. Algún día se elevará un monumento a su memoria, un monumento imponente.

—Si a usted le parece...

—Estoy seguro —replicó—. Estamos seguros todos los que haremos la expedición.

—Se lo habrán comido los tiburones. ¿A quién van a rescatar?

—Al mapa, al pescador.

—En el fondo del mar, por aquí nomás, hay cien latas como esa. Hágame el favor...

—Lo que buscamos es ESA lata. Además, no era ninguna lata, era el mapa sagrado.

—Y bueno. Si eso quieren...

—Eso queremos. Mañana mismo lo esperamos en nuestra sociedad para que cuente la historia a los expedicionarios. Además, necesitamos que done esta costilla.

—Llévesela. ¿Para qué la quiero? Pero no estoy seguro de ir.

—Si no viene tendrá que arreglar cuentas con la historia. Así dijeron mis hermanos. Pueden sucederle catástrofes, terribles cosas. Nosotros lo esperamos a las once.

—A esa hora estoy trabajando. No puedo.

—A las once lo esperamos. No defraude al mundo. ¡Este es un asunto tremendo!

—Tal vez más temprano...

—Me llevo estas maderas también —dijo tomando unos fierros viejos—. La humanidad le agradecerá que venga mañana. Ellauri 6. Es muy cerca.

La rara personita dejó la farola. Se guiaba con una linterna. Resolví rechazar todo aquello. La idea de verme en medio de otra barahúnda me confundía. Dura había sido la experiencia anterior para volver a eso.

Hice tañer la balalaika y me olvidé del arqueólogo.

• • •

La calle caía hacia el mar. Verde y pacífica. Al llegar al 6 vi un letrero de cartón: *Sociedad Amigos de la Arqueología* entre las rejas de una casa quinta. Había dejado la farola confiado en la inmensa luna de diciembre sobre el estuario quieto. Me insulté hacia adentro, con ira. Aburrido del ajedrez y la balalaika tuve un repentino deseo de ir. Eso me había pasado.

Como un seno secreto, descubrí una campana en la enredadera. La hice sonar tres veces.

—¿Quién es? —preguntó la voz desde un balcón alto, en el repecho de una Santa Rita.

—El farero. Vengo a informar. Me citaron aquí...

—¿Quién lo citó?

En la penumbra del balcón alguien (la voz) proyectó el sonido de un libro que se cierra.

—La Sociedad Amigos de...

—Ah... —me interrumpió—. Ésos están abajo. Pase.

Entre musgosas escaleras descendí a sucesivos patios y jardines. Al dejar caer la mano de un llamador frente a una puerta color pizarra se oyó una exclamación. Tanto había descendido que me sentí en un lugar imprevisible. Abrió la puerta el miope y dijo:

—Me parece que es el farero. Preséntese... por favor.

—Soy el farero.

—Perdón. Está tan oscuro...

Entré a un minúsculo museo. Lo primero que vi fue un mono embalsamado, una vitrina llena de piedras y un epígrafe: *De aquella raza que pasó desnuda y errante por mi tierra, como el eco de un ruego no escuchado que camino del cielo el viento lleva*. Vi mapas, dagas, faroles de carreta, libros y esqueletos de animales. También un violín.

—Este es Nicanor, asesor histórico —dijo el hombrecito presentándome a un sujeto alto, de botas.

Las botas tenían un algo de postizo. No se le parecían.

—Y este es Alejandro —señaló, agregando—: Profeta. Me recordó un águila vista en cierto campanario. El barbudo se inclinó hacia mí.

—Yo, como recordará —concluyó Carlín—, soy también arqueólogo.

—Obviamente —dije.

A lo largo de un banco de madera se sentaron todos. Me ofrecieron un sofá colonial. El profeta se rascaba la barba y el asesor histórico movía sin entusiasmo las botas, coloradas e incómodas. Carlín dejaba el banco cada tanto y caminaba alrededor, con los vidrios de las gafas girando. Aguardaba que yo iniciara la oratoria.

—Estoy dispuesto a responder las preguntas que quieran —dije por fin.

El suspenso flotó y se rompió de golpe.

—Pues bien... ¿cuál es la ruta al paraíso? —preguntó Alejandro. —Es justamente lo que se ha perdido —replicó Carlín.

—Pero no para siempre —dijo Nicanor con rostro serio, llenando de tabaco una pipa quemada.

—El farero es quien debe responder —ordenó el profeta—. No dialoguen.

—El mapa debe estar en el Polonio —dije—. Pero insisto en que hay miles iguales.

—¡Qué aberración! —exclamó Carlín—. ¿Miles de mapas del paraíso?

—Era una lata... Era... —insinué. —No era ninguna lata —corrigió Alejandro.

—Yo la vi —aclaré—. Era un cobre ferrugiento. Era una porquería —agregué para caldear los ánimos.

—¿Cómo es posible que usted, un ilustre vigía, pueda expresarse así sobre una pieza que, de hallarse un día, revolucionará la humanidad entera? —censuró Nicanor, armando la frase.

—Esto es increíble —replicó Carlín.

—Voy a decir la verdad —continué—. Yo no entiendo nada de mapas. Aquello tenía un aspecto poco convincente. Estaba tan deteriorado, era tan insignificante que no convencía a nadie. ¿Cómo iba a pensar yo que una lata iba a conducir al paraíso terrenal? Pero ahora que estoy entre ustedes, que son peritos, pienso que debió tratarse de algo serio, que en definitiva Pepe Corvina no haya sido un loco. ¿Eh? ¿No les parece? Pero... ¿en qué se fundamenta la teoría?

—Nada menos que en un pasaje bíblico —respondió Alejandro—, en una larguísima herencia de una familia marina que fue a desembocar en el capitán cuya costilla usted nos ha donado.

—Pudo haber sido la costilla de cualquier naufrago —dudé— de un botero o un

ahogado...

—Jamás. El esqueleto fue hallado en la bodega de la fragata —dijo Nicanor con suficiencia, largando una bocanada de humo.

—Eso dijo Pepe Corvina... —ironicé.

—Eso lo registra el libro de Pierre Combador —replicó Nicanor dejándome sin habla.

—¿Un libro? —pregunté vencido al minuto.

—Un premonitorio manual sobre los orígenes —dijo Alejandro.

—Bueno... no me extraña —dije admirando esa frase al vuelo.

—¿Qué puede quedar de la fragata? —preguntó Carlín.

—Bueno. Tal vez algunos restos. La bodega puede estar intacta. Pero supongo que vacía. Pepe se llevó todo: mapas, brújulas, cantos rodados, etcétera. Según él, todo conducía al paraíso.

—Según nosotros —corrigió Nicanor.

—Y según ustedes... —acepté.

—Tenemos que recoger todo el material que quede, conseguir un vehículo y partir rumbo al Polonio —sugirió Carlín—. La investigación puede ser larga. Van a descubrirse cosas increíbles, téticas...

—Yo no me opongo. Es un asunto de ustedes —murmuré.

—Es asunto de todos —se enojó Nicanor—. Esta vez usted adquiere un compromiso.

—No estoy dispuesto a perder mi empleo —argumenté—. Hace cuarenta años que lo tengo.

—No lo perderá —aseguraron.

En el rumor de las botas coloradas, el ardor de las uñas en la barba, el incesante paseo de Carlín, sentí que la tensión (el entusiasmo) crecía. No estaba convencido de nada. Sentí temor por embarcarme en otra locura luchando entre la duda y la fascinación.

—Quisiera agasarlo —me dijo Alejandro.

—No veo la razón... —supliqué.

—Por haber venido, por estar dispuesto a orientarnos, la historia desde ya se lo agradece. Permítame ejecutar en su homenaje.

Cuando Alejandro tomó el violín, Carlín suspendió el paseo. Nicanor dejó de mover las botas y yo escuché atónito una versión que me evocó los melodistas del Volga. Alguien parecía vivir dentro del violín. La electricidad duró toda la pieza.

—Muchas gracias —me salió después de mucho pensar.

—Acaba de oír un Estradivarius. No lo olvide —dijo el barbudo guardando el instrumento.

—No lo olvidaré —prometí.

—¡Cómo canta el canario! —se alegró Nicanor.

—Es el entusiasmo —dijo Alejandro—. Ama el violín.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Carlín.

—Al alba —dijo Nicanor—. Apenas despunte.

—Para investigar el lugar se necesitan equipos de buzo —observé.

—Hay, entre nosotros, buenos nadadores —afirmó Nicanor.

—Lo importante es resistir bajo el agua.

—Todo se arreglará —dijo Carlín—. Eso es lo de menos...

Me volvió a molestar la atracción por la fábula.

En la alfombra resaltaba un círculo gastado, una circunferencia pelada. Por allí transitaba quemando nervios Carlín. Los años habrían formado ese sendero que marcaban pies incontrolables e ideas como chispas.

—Dejé la farola abandonada —me excusé—. Puede haber algún barco en dificultades. Les deseo la mejor suerte.

—¡Aleluya! —exclamó Alejandro a quemarropa mientras se oyeron chistidos que pedían silencio desde altas habitaciones. Era una sola habitación la que chistó. Pero la casa lo convirtió en varios chistidos, como un vuelo de lechuza.

Los tres me despidieron en la puerta, ayudándome a subir las viejas escaleras, apartándome las retamas. En el portón de fierro, ya en la calle, seguían hablando a gritos.

—¡Muchachos! ¡Por favor! ¡¡¡Silencio!!! —ordenaron desde el balcón en vano.

Me obligaron a entrar nuevamente. Se habían olvidado de hacerme socio. Me hicieron firmar un mugriento pergamino, una tarjeta de cartón, un escudo de trapo. Una moneda verde, fue lo que pusieron en mi bolsillo: el distintivo.

—Mejor sacarlo por el aljibe —dijeron—. Papá está furioso con los ruidos. Dice que le partimos los versos...

—Sí, mejor el aljibe.

—¿Qué? —pregunté nervioso.

—No es nada. Se trata de subir por otro lado —dijo Nicanor.

Atravesamos lúgubres corredores, porosos huecos de piedra que daban al fondo de un aljibe seco. Allí había más piedras, extravagancias que no quise mirar, ya cansado. Me subieron a un balde, tiraron de una cuerda. Al salir me crujieron los huesos.

En la superficie vi las altas malezas, el fondo de la quinta. Me fui guiando por el olor del mar. Una sensación de disparate me siguió hasta el fin de la noche. Desperté en la farola, soñando con un circo de gitanos caucásicos, prendido de un piolín, a punto de caer al abismo.

• • •

Al alba salieron las chalanas. Ardió el sol encima de las piedras. Había dormido sobre el ajedrez, con varias jugadas inconclusas.

El mundo me pesó en los párpados. Pero los vi muy claro.

El que esperaba solitario, desnudo sobre una roca, era Alejandro. Nicanor y Carlín bajaban las barrancas con un ropero a cuestas. El mueble se tambaleaba a veces. Los changadores retomaban el equilibrio. Alejandro, muerto de frío, a cien metros de la costa, tiritaba sentado en la piedra. De vez en cuando levantaba los brazos en señal de vida. Abrí la ventana. Reparé en el diálogo que me trajo la brisa.

—Se nos puede morir —dijo Carlín—. Hay que apurarse.

—No entiendo cómo se zambulló desnudo...

—No te preocupes. Lo rescataremos.

El ropero cayó. Los changadores también. Se levantaron con esfuerzo, los dos llenos de

arena. La marcha continuaba.

—Es increíble que no haya una chalana en la costa.

—Increíble... tener que inventar un navío.

—Solamente nosotros... nuestro ingenio. Se detuvieron un instante. Miraron la roca y siguieron. Alejandro tiritaba.

—Se ha desnudado.

—Perdió la ropa.

—Hay mujeres tomando sol.

—No importa.

—Lo miran.

La luz creciente, rara, llenaba la costa. El ropero se acercó a las orillas del mar verde.

—¿Flotará este aparato? —Es su bautismo. Creo que sí.

—¿No tiene agujeros?

—No, polilla.

—Ya llegamos.

—Hay que tirarlo al agua.

—Con cuidado.

—No cedas todavía...

—¡Ahora sí!

El ropero chapoteó en el agua, flotando apenas. Así quedó.

—Mejor será que tú —insinuó Carlín—, que tú... trataras...

—No, yo no. Confío en tu peso.

—Tal vez los dos.

—Es demasiado.

—Está bien.

—Aquí tienes la escoba. Rema, rema con confianza.

Carlín, como un monito, trepó al ropero. Llevaba una media tapándole la calva. Lucía cómico desde mi ventana. Me inspiró piedad, un poco de admiración.

—Dame las gomas de respirar —pidió haciendo equilibrio en medio del ropero inclinado. Nicanor se las tiró. Carlín emprendió el viaje.

El mar era golpeado por la escoba. Las indicaciones de Nicanor, desatendidas, seguían multiplicándose. Cuando Carlín puso atención avanzó unos metros. Nicanor sujetaba el ropero con un cabo, desde la orilla. La cuerda alcanzó hasta la roca donde saltaba Alejandro, haciendo calistenia.

A escobazos, entre el leve oleaje, el ropero llegó a destino.

—¡Vengan todos! —gritó Alejandro.

—No podemos, se hundirá el ropero —explicó Carlín.

—Vengan de a uno.

—¿Y tu ropa?

—La dejé en la bodega de la fragata. Hay allí verdaderos tesoros.

—Creímos que estabas helado.

—Es lo de menos. Bájate.

Los dos en la roca, esperaron que el ropero volviera a la orilla, en busca de Nicanor. La cuerda se lo llevaba lento.

—¡Vuélvete! —le gritaron a dúo—. ¡Vamos a sumergirnos...!

Nicanor se quitó las botas. Las puso dentro del ropero. Vacío la pipa y miró un segundo el nacimiento total del sol. Se metió en el ropero haciendo equilibrio, soltó la cuerda y movió con arte la escoba. Fue avanzando.

El ropero quedó amarrado a la piedra. Nicanor y Carlín se desvistieron. Quedaron en calzoncillos. Luego pusieron los caños de goma dentro de sus bocas. Alejandro, desnudo, con la barba goteando, preparó su zambullida.

—Ustedes deben seguirme —dijo—. Son tres metros de profundidad.

—¿Tú por dónde vas a respirar? —le preguntó Nicanor.

—Controlo mis pulmones. No en vano fui especialista en pesca submarina, tres resurrecciones atrás. Mi profecía es que no moriremos. Tengan confianza. ¡Síganme!

Y se tiró parado.

Duros como soldados, con el caño de goma entre los dientes, los otros ensayaron el salto y desaparecieron. La media de Carlín quedó flotando en la superficie, como una flor de río. No vi más nada.

• • •

"En el fondo del mar las algas se asombraron, las mojarras huyeron y bandadas de peces llegaron a curiosear los visitantes del aire. Mi sueño fue una gran pecera con su fragata destrozada al fondo.

Hubo una contracción de anémonas, una rápida huida de cangrejos, un entreabrirse de ferrugientos mejillones, un ámbar encendido de golpe, tenue ondular de vegetales verdes. Dejando una estela de burbujas, Alejandro, Carlín y Nicanor bajaban pataleando.

La bodega de la fragata, con monedas y cofres entreabiertos, estaba iluminada por un esqueleto de ballena. Cadáveres azules bailaban su levísima danza sobre caparazones de tortugas. El oro de las monedas brillaba rebasando baúles. Un titilar de joyas se esparció entre tentáculos de pulpos con capitanes atrapados. Antiquísimos catalejos dormían por siglos una fatiga de horizontes.

La eterna medialuz fue violada, llenada de burbujas, invadida por cuadrúpedos caídos de la tierra.

Alejandro dio vuelta los cofres, Nicanor desparramó monedas y Carlín sacudió los vegetales. Se abrieron en abanico inmemoriales páginas. En el claroscuro de los rincones la intocada soledad fue interrumpida. Lotos avergonzados se dejaron mirar.

—Mis profecías no pueden fallar —dijo Alejandro—. Busquemos el secreto sin descanso.

—Navegamos a la deriva, dice esta página —leyó Nicanor—. Hemos equivocado el rumbo a causa de una estrella apagada. Nuestro mapa carece de puntos cardinales. Es hora de cargar víveres y navegar a estribor. Hemos varado en tierras del imperio británico.

—Correcto —dijo Alejandro—. Coincide con la fecha.

—Déjenme leer... digo... léanme —dijo Carlín.

—¡Miren esta maravilla! —exclamó Alejandro levantando una gran piedra de agua—. Se trata de una primitiva brújula que, según mis ejercicios pasatistas, se utilizó en épocas del diluvio universal, la furia de Dios no pudo contra estos perdurables ejemplares, tal vez fueron perdonados...

—El mapa debe haberse tallado más de una vez —dijo Nicanor—. Busquen, busquen entre joyas y monedas. La riqueza de esta bodega no debe cegarnos. Una vaga forma de archipiélagos es más valiosa que un cofre repleto de oro viejo. No olviden que el pescador habló de codicias, no repitamos lo de hace más de un siglo. Nuestras limitaciones humanas han hecho que perdiéramos la pista al paraíso. Sobreponernos y reencontrarla es la meta.

—¡Apoyado! —afirmó Alejandro.

—Imponente discurso... —murmuró Carlín.

Los nadadores revolvieron durante horas la bodega de la mágica nave. Nicanor, con los bolsillos repletos de monedas, había sido atrapado por un tentáculo de pulpo. Boqueando hacia una altura inalcanzable, manoteaba un pez esquivo. Carlín, flotando en medio de una orgía de joyas, acunado en un baúl, pedía socorro. Lo abanicaban colas de peces colorados. Alejandro huía de una sirena de erectos pezones. Las algas habían anidado en su barba. Ágil como mojarra, buscaba una salida entre derruidos cascos y calderas, acechado por la sirena en celo.

Los esqueletos danzaron y retornaron los cangrejos. Nicanor desapareció abrazado por el pulpo, Carlín fue enterrado en joyas, sin anteojos, y la sirena quebró la resistencia de Alejandro llevándolo al interior de un barril.

Los tres querían gritar. No se oyó nada. Solamente burbujas. La tranquilidad volvió al fondo del mar."

• • •

No sé cuánto habré soñado. Me sobresalté por el silbato agudo. Varias piezas del ajedrez se me cayeron.

Volví a mirar hacia el lugar donde se habían hundido. Tres chalanas rondaban esa piedra sin nadie. Sólo estaba el ropero lleno de agua a punto de naufragar. La escoba flotaba lejos.

Las chalanas seguían rondando y en la orilla había estacionada una ambulancia. Cinco sujetos de blanco se bajaron. Junto a ellos, un hombre de galera y levita golpeaba el suelo con su bastón de plata. Parecía impaciente.

Me rasqué los ojos. Vi que una de las chalanas sacaba a Carlín con un mediomundo. Estaba dormido y sin la media en la cabeza. A la media la vi flotar mar afuera. La gente de los ranchos iba llegando a la orilla, mirando el accionar de los boteros. El último en aparecer fue Alejandro. Hubo una ovación.

En tierra les practicaron respiración artificial. Alejandro, desnudo, ahuyentaba mujeres. La gente me invadió la farola. Se peleaban por un lugar en las ventanas.

Alguien agarró el cabo del ropero y semihundido lo arrastró a la orilla. De allí sacaron la ropa y fueron vistiendo a los ahogados.

El primero en reaccionar fue Nicanor. Enseguida preguntó por sus botas, las vació de agua y se las puso. Con violencia, los hombres de blanco lo metieron en la ambulancia mientras otros contenían al galerudo anciano. Alejandro y Carlín seguían recibiendo oxígeno. Los

hombres de blanco bajaron las camillas y los metieron en la ambulancia. En eso ya sonaba la sirena.

El hombre de la galera se enfurecía. No sé si en contra o a favor de lo que pasaba. A esa altura, la farola era un gallinero.

—¿Qué pasó? —preguntaban.

—Nada. Fueron los locos de la calle Ellauri —contestó "Chiflito", el canillita—. Ahora el trueno les dio por hacer de buzos. El viejo tira la bronca pero está más tronado que ellos. Miren cómo revolca el bastón. Es medio fantasma, medio escritor. De esos que hacen versos.

—¿Poeta?

—Eso mismo. A mí me dijo la vieja que todos los poetas son locos. Se pasa mirando las flores y hablando solo. Parla que te parla. Está clavado: los hijos heredaron el trueno. Se tomaron en serio al Pepe Corvina. Van a terminar igual que él, comidos por los tiburones.

—¿Y qué hacían allí?

—Andan atrás de una lata, la misma que Pepe llevaba al boliche. Cuando se mamaba se ponía a joder con que era el mapa de un paraíso lleno de víboras y mujeres en bolas. Andá llevando...

—¡Qué disparate...!

—Y eso que el Pepe sabía de mar. Éstos andan en ropero. Parece joda pero ahí los tenes. Y el remo era una escoba. Ahí se la lleva la corriente... Miren... miren cómo raja la escoba.

—Los van a encerrar.

—Hay que enchalecarlos a esos monos. El chivudo no deja dormir a nadie con el violín. Al de botas le da por la historia y al otro, al cucarachón chiquito, se le antoja juntar piedras por todos lados. Después las mete en las vitrinas. Agarra un adoquín de la calle y dice que era de los indios. Se nota que nunca laburaron.

—Son aristócratas.

—Son vivos. Y el que les da manija es el viejo. Vive lleno de libros y medallas. Cuando hacen una cagada tira la bronca como ahora. Pero mientras tanto se pasa hablando de cuestiones de la antigüedad y otras canciones. Yo estoy seguro que el trueno viene por el viejo. Tenía más guita que los ladrones y no le queda más que la quinta. Se fundió por gil, por fantasma. Anda con un Ford a bigote, el mismo que se llevan al campo los piantados para juntar piedras. Es una cafetera...

Un silbato agudo dijo que partía la ambulancia. Al arrancar levantó polvo en el camino y picó entre las eses de tierra. El público se dispersó. Uno de los pescadores se llevaba el ropero al hombro. A los pocos minutos no quedó nadie. Los curiosos desolaron la farola.

—Anda llevando... —dijo Chiflito y salió voceando los diarios matutinos.

• • •

No sé si lo último que recuerdo fue aquel tumultuoso amanecer. No memorizo nada que merezca contarse. Porque desde entonces empecé a dormirme, a desatender las máquinas, la lámpara de aceite. Me sentía empozado, caído en un agujero sin aire. Amanecía abrazado a la balalaika, con el sol alto y las luces todavía prendidas. Octogenario y aburrido, herido por los colores marítimos, supongo que me encontraron con la cabeza sobre el tablero de ajedrez y los brazos colgando, alertados por los primeros olores de la descomposición.

Me imagino que fue así. Yo no viví para contarlo.

• • •

CUENTA EL MÉDICO

Los alaridos de un enfermo que añora un violín no me dejan dormir durante las guardias. Aquí, en el sector "Inyectables", donde administro las dosis para los insomnes.

La esquizofrenia y la angustia, la melancolía o el furor, pueden tener distintas soluciones químicas para lograr el descanso. Pero los nuevos internados, a quienes les tipificaron paranoia, responderían tal vez a otra terapéutica. Las inyecciones les producen calma leve, poco duradera.

Ellos afirman que la psiquiatría atenta contra la historia y el futuro. Eso me lo dicen cuando logro que se dejen inyectar. Me lo afirman con una riqueza de argumentos que vuelvo a la sala con un cargo de conciencia. Los separé pero se comunican a gritos. Lo peor es que alteran todo el orden de la casa de salud. Los enfermeros no pueden con ellos.

En el piso alto, el violinista aulla como un lobo herido. Y abajo responde el miope a cada aullido.

—Pobre de ti, Alejandro... pobre de ti Alejandrooo.

• • •

El eco rebota, se adormece en las paredes del caserón y viene a morir aquí, a la sala.

El tercero, el más alto, se escapó hace dos meses. No me explico cómo habrá hecho para saltar las rejas y burlar la guardia. Sé que redujo a un enfermero con un puntapié en la cabeza y le metió un pedazo de almohada en la boca.

Nadie ha dado con su paradero.

—Pobre Alejandrooo... —sigo oyendo muerto de sueño.

El aullido trepa como en un páramo.

No sé hasta cuándo durará esta odisea. Pienso que sería preferible que le trajeran el violín aunque la dirección prohíba la tenencia de instrumentos en el nosocomio.

Ahora se despertó el jurista. Empieza el discurso contra los gobiernos de facto. Enseguida replica el fascista y entra a terciar un marxista. Me resignaré a no dormir. El aullido se mezcla con la polémica. No me quedan más inyectables.

—Pobre, pobre Alejandrooo...

Es muy difícil pactar lo del violín. Si me descubren puede costarme la destitución. Ya le consentí a Carlín lo de las piedras. Su cuarto se transformó en un depósito de pedregullo y adoquines. Si los aullidos continúan no resistiré la noche mucho tiempo.

La idea de mandar a Carlín por el violín no es mala. La situación de Alejandro ya se hace insoportable. Cada vez que paso a su lado me repite lo mismo: *"Monstruo de la psiquiatría, Dios te castigará."* Y pienso que el brillo de sus ojos, ese erizar de pelos, responde al odio que va juntando con los días. Tendrá forzosamente que desembocar en algo. Puede resultar peligroso. Sería mejor darlo de alta. Pero cómo convencer al director. Aquí, cada loco es un

cliente. La solución sería arriesgar lo del violín, calmarlo.

Carlín está dispuesto a traerlo: mandarlo disfrazado y entrarlo subrepticamente. Ese es el plan.

—Con una careta alcanza —me dijo.

—Todo lo contrario. Es mejor no llamar la atención.

—Sin los lentes soy ciego. Veo una noche tenebrosa...

—Irá con ellos. Aquí están los bigotes. Que queden adheridos.

—Ya están.

—Ahora el sombrero.

—Listo. Falta sólo el dinero para el ómnibus.

—Aquí está.

—Perfecto. Todo va a salir estupendo.

—Vuelva antes del amanecer. Con el violín. Alejandro lo está esperando.

—Sí, apenas le dije dejó de llorar. Hasta luego.

—Tome el número 9. Para en la esquina.

Con el manicomio en calma, sumido en un sueño de inyecciones, seguí a pocos metros los pasos del hombrecito.

Carlín tomó por la gran avenida y llegó a la esquina indicada.

Un vigilante pasó muy cerca y lo miró sospechando. Rondó unos instantes, lo vio arreglarse el bigote, acomodarse el sombrero a punto de tapar los lentes.

—¿Qué hace a esta hora?

—Estoy esperando el nueve.

—¿Dónde va?

—A buscar un violín.

—¿Para qué?

—Para mi hermano. Sus lamentos son tétricos. Puede oírlos cuando quiera.

En la enredadera de una verja, semioculto, encendí un cigarrillo para aplacar los nervios.

—¿Ese sombrero es suyo?

—Sí, me lo regaló el médico.

—Buenas noches.

—Buenas...

El ómnibus apareció roncando en la avenida. Apretó los frenos que rechinaron al ver las desesperadas señales de Carlín. Aplastaba el sombrero contra los lentes. El otro brazo giraba como un aspa enloquecida. Era el 9. Trepó a lo simio y detrás subí yo. Me escondí en el fondo y desde allí lo vi sentarse en el asiento paralelo, el de los "bobos". Siempre obsesionado con el bigote, no dejaba de tocarlo. El guarda lo miraba. Éramos los únicos pasajeros de la noche.

El ómnibus avanzaba por las desiertas calles. Acurrucado en la ventanilla vi la luna trepada en los muros. Me distraje en eso, hasta que oí estornudar a Carlín.

Los bigotes y los lentes volaron. No me moví.

En cuatro patas se puso a buscar mientras crecía la risa del conductor y el guarda.

Revisaba montones de boletos, desaparecía debajo de asientos o trepaba en ellos.

—¿Qué le pasa, señor? —preguntó el guarda conteniendo el aliento.

—Perdí los lentes, el disfraz.

—¿Qué disfraz?

—Los bigotes.

—Falta mucho para el carnaval.

—No es carnaval. Son los lentes.

Los dos gateaban entonces por los pasillos del ómnibus. El conductor no dejaba de reír, aceleraba.

Al cruzarse un camión clavó los frenos. Carlín y el guarda rodaron levantando polvo y papeles. Yo me di la cabeza contra el asiento de adelante. Carlín estornudó varias veces. Entre los dos, hechos un ovillo, estaban los bigotes. Los levantaron sacudiendo la tierra. El coche estuvo en marcha otra vez. Se acabó el acceso de risa.

Carlín, de vuelta en su lugar, intentaba pegar los bigotes en vano. Por fin los metió en el bolsillo. Contuvo con la manga varios amagues de estornudo. La máquina tomó las calles declinantes, las que anuncian el mar.

Nunca me dirigió la mirada. Ignoró sin esfuerzo las presuntas formas que captarían aquellos cristales. Iba ensimismado, con las piernas colgando del asiento, cambiando siempre de posición el sombrero.

— ¡Destino! —gritó el guarda.

Carlín se levantó tanteando los asientos. El guarda le entregó los lentes en medio de una carcajada, la última.

Nos bajamos en plena rambla costanera, una madrugada ventosa de salitre. Las dos manos iban prendidas al ala del sombrero, caminaba rápido, brillaban sus fundillos caídos. Le di una ventaja prudencial para que no oyera mis pasos. El sur soplaba con fuerza, por encima del muelle donde caía la luna.

La farola giraba solitaria y más allá, en un fondo invisible, ladraban perros. Un caballo pasó a la deriva. Los faroles cantaban con el viento y Carlín seguía caminando. Un muñequito a la intemperie, pensé.

Una callecita arbolada, con silenciadas vías de tranvía, fue de golpe la nueva ruta. Iniciamos un leve cuesta arriba a favor del viento. A pocos pasos de la rambla, los umbrales de una casa quinta me detuvieron. Allí entró Carlín. Me alegré que se olvidara de cerrar el gran portón de fierro, con ocho lanzas hacia el cielo. Lo vi perderse entre los árboles. Un gran silencio me alentó a seguirle el minucioso rastro.

Lo seguía bajo frutales y campanas, parras, ombúes, muros y fuentes de azulejos. Allí el viento no llegaba más que a mover las copas de los árboles. Una gallina cruzó mi camino, cacareando apenas en el aire. La casa olía a deshabitada. Eso se podía escuchar.

Carlín caminaba con el sombrero en la mano.

Me extrañó que se detuviera en un aljibe. Comenzó a mover la cuerda para subir el balde. Lo esperé incrédulo, a unos metros. La operación duró unos segundos. De repente un gran balde salió a la superficie.

—¿Quién anda ahí?

La pregunta subió girando, convirtiéndose en varias interrogaciones.

—Shh...

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar el eco vertical.

—Soy Carlín. Shhh. No despiertes al viejo.

—Bravooo. A buen tiempo... —festejó la bóveda.

—Shh...

Carlín ató la cuerda. Después se sentó en el balde. La desató enseguida e inició el descenso. Cuando lo perdí de vista me acerqué al borde del aljibe a mirar. Un anillo de luz rodeaba el balde. Lo miré hasta que desapareció.

En eso el balde volvió a subir sin nadie. Mi vida era una circunferencia.

El balde había estacionado en mis narices mientras las voces giraban hacia el cielo.

—¿Cómo has logrado esta hazaña?

—Vine por el violín. Alejandro no deja de llorar.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—Me autorizó el médico.

—Esa bestia... ¿cómo pudo autorizarte... ? Debe ser una trampa.

—No. Todo es por Alejandro.

—Eres un ingenuo. Tiene que estar rodeado el aljibe. ¡Me has delatado...! ¡Pedazo de zopenco! ¡Y yo, que pensaba liberarlos a los dos...! Tú has echado a perder todo. Te mereces veinte años de cárcel.

—Pero Nicanor. . . deja esa escopeta.

Un chumbazo rebotó en el balde y yo corrí a esconderme detrás de un limonero. Cuando el balde bajó yo subí al árbol. Al minuto reapareció con Nicanor. Así, con la escopeta de chumbos y las botas, parecía un cazador.

—Baja el balde.

—Quédate ahí. Estúpido.

Con el arma al acecho, atravesando la penumbra husmeó la zona. Yo me sujetaba en las ramas donde voló una gallina. Al segundo otra. Me quise sujetar mejor. Cayeron algunos limones. Entonces una ráfaga de chumbos pasó cerca del limonero.

—¿Qué pasa ahí? —preguntaron desde un alto balcón.

—Nada, papá. Un ladrón de gallinas.

—¿Quién fue el analfabeto que te dio de alta, Nicanor? Deja esa escopeta o llamo a la ambulancia.

—Está bien. Vuelve a tu cama.

Se oyó un portazo en el balcón. Pero yo tenía el caño de la escopeta a la altura del vientre, los ojos chispeantes de Nicanor encima. Era un tigre a punto de saltar.

—Ahhh... bestia de la psiquiatría. Baja de ahí con las manos en alto.

—Todo esto ha sido un malentendido —balbuceé sin confianza. Salté a tierra y elevé los brazos.

—Vamos hacia el aljibe, cerdo inmundo, proxeneta de la sabiduría —dijo y me pinchó las nalgas con el caño—. De ésta no te salvas. ¡Vamos...! ¡adentro de ese balde enseguida!

—Cálmese. No estoy acostumbrado —dije—. Jamás en mi vida anduve en balde.

—¡Vamos! ¡Meta el culo ahí adentro!

El descenso fue vertiginoso, electrizante. Fue como caer de un tercer piso. Por fin escuché

el gong del balde en el fondo, mi trasero atrapado por él.

Carlín me ayudó a zafarme.

—¿Así que era una trampa? —preguntó mirándome con las gafas llenas de polvo—. Usted debe ser algún espía.

—Soy el médico. Sus lentes se equivocan.

—Ah... el médico. ¿Por qué no me dijo que vendría?

—Lo decidí más tarde.

El balde iniciaba un nuevo viaje a la superficie. Me sorprendí mirando ese lugar profundo, con pedazos de barcos y oscuros corredores de piedra.

—Bueno... voy en busca del violín —insinué.

—No hay violín que valga —dijo Nicanor desde arriba.

—Yo se lo prometí al médico —replicó Carlín.

—No seas imbécil. Esta rata se queda aquí, secuestrada. Ahora se cambiaron los papeles.

—¿Y el pobre Alejandro?

—Yo lo sacare de esa inmundicia cárcel. Pero este tipo de aquí no se mueve.

—¡Qué barbaridad...! Era una promesa.

—No hay piedad para este monstruo —dijo bajando del balde—. A ver... vaya marchando por el corredor.

Me senté en un cajón, al fondo de un recoveco sin salida. Maldije hasta agotarme. Un sapo me miraba.

• • •

Los dos hablaban de navegación. Nicanor era la voz cantante. Carlín asentía en todo, lanzando sus adjetivos de admiración. Arrimé el cajón unos metros para oír mejor. Al principio no lo pude creer. Oía con asombro. No creí que hubieran armado esa metáfora.

Era, sin duda, un caso inédito en los anales de la psiquiatría. Mi oportunidad estaba ahí, cerquita. La profesión no me reservaría otra cosa. De eso estaba seguro.

Mis limitaciones conspiraron contra lo exacto del registro. Pero los riesgos corridos, la pérdida de mi cargo nocturno, bien valieron el testimonio. Todo se inició en el recoveco de un aljibe, la primera vez que oí hablar de Pepe Corvina.

—Nuestra meta, entonces, es el Cabo Polonio.

—Pero el pobre Alejandro, sin el violín...

—Eso lo dejas por mi cuenta. Además... podemos obligar a este canalla a que lo deje en libertad. Alejandro es imprescindible... es un profeta.

—El pobre médico no merece esta tortura —dijo Carlín, compadecido—. Se enfermará en este boquete. Sería mejor darle el violín y que se lo lleve. Es impresionante cómo llora Alejandro.

—¡Y dale con el violín! Trae ese violín pero de aquí no sale —cedió Nicanor.

—Estoy dispuesto a firmar el alta de los tres —mentí desde el recoveco, gritando.

—Shh. ¡A usted nadie le dio la palabra!

—Oyó lo que hablábamos. Acaba de aceptar. ¿Oíste eso Nicanor?

—Mire, doctorcito, si quiere salir en libertad lo cambiamos por Alejandro, pelo a pelo —ofertó Nicanor.

—No puedo llamarlo desde este agujero —dije.

—Ya saldrá. No se apure.

—¡El profeta puede tener más apuro que yo! —grité. El grito planeó en los corredores.

—Lo que dice el médico es cierto —apoyó Carlín.

—Pero mando yo. Él es mi prisionero.

Me humillaba la idea de estar cautivo a causa de unos chumbos, intimidado por un matagatos. Eso sentía cuando sonó el balde.

• • •

— . . .

— . . .

—¿Quién será?

—Apaga el farol.

—Puede ser el sapo.

—No, duerme con el médico.

—Qué misterio...

—No te alteres. Dame más chumbos.

—Sí, pero no dispaes.

La oscuridad se apagó del todo. Entonces me envolvió la humedad, la sensación de cueva, una tristeza subterránea, algo hambrienta de sol. Estuve quieto, esperando que el candil se encendiera en la boca de la galería.

—Ahí viene el balde. Prepárate.

—¿Para qué?

—Para atrapar al extraño.

—No veo nada.

—Guíate por el ruido.

El balde descendía silbando el "área para la cuerda de sol". El escándalo estalló en la negrura. Se oyó como un golpear de ollas, un desmoronamiento de armarios.

—Por favor... ¡Suéltlenme!

—¡Quieto...! espía científicista. ¡Grandulón!

—Prendan la luz. Miren quién soy. Soy Aaa...

—Agarré una barba, Nicanor —denunció Carlín.

—Yo también. Creo que estamos equivocados. Todavía no sueltes que enciendo el farol.

—Maravilla...

—¡Viva la arqueología! —Par de cretinos. ¡Vaya recibimiento...!

—Es que nunca hubiéramos creído...

—Con la luz apagada nadie cree nada. Pero aquí estoy. Me fugué por la ventana de los inyectables. El médico se fue y aproveché el sueño del enfermero. Desde la ventana atrapé una rama de árbol. Nadie me vio. Era insoportable vivir sin el violín.

—Somos tres maravillas. ¡Nada podrá detenernos!

—¡Devuélveme esos pelos!

—No fue mi intención... aquí los tienes —dijo Carlín.

—Nos buscarán. Hay que preparar otra fuga —sugirió Alejandro.

—¿Verdad que no nos buscarán? ¿Eh, secuestrado?— me preguntó Nicanor.

—Claro que no. Mientras yo viva —exageré. —¿Quién está ahí? —preguntó el profeta.

—El médico. Venía siguiendo a Carlín. Lo detuve en el limonero.

—Estaba dentro de mis profecías —se apuró a decir—. Todo esto lo supe desde hace tiempo. —No lo dudamos...

—Voy por mi violín —dijo y entró a mi recoveco. Con un fósforo entre los dedos, pintarrajeado por el fuego oscilante, me miró un momento.

—Ya ve en qué terminan los atentados de ustedes —me dijo—. En estas cosas siempre triunfa la razón.

—Nadie me cree. Pero yo vine por su violín. Su condición de profeta podría avalar esa verdad —arriesgué.

—Eso es cierto —dijo Carlín.

—Esa fue una trampa —insistió Nicanor.

—Pónganse de acuerdo, estoy dispuesto a ayudarlos —dije.

—Esa es otra trampa. Todo lo que diga es tramposo.

—Que decida el profeta.

—A ver... déjenme pensar. Son unos segundos...

—Prometí darles el alta —repetí—. Pero mientras me tengan aquí es imposible.

—Usted debe ganarse nuestra confianza —aconsejó Alejandro terminada su meditación— Nada más peligroso para nuestra excursión que un psiquiatra.

—La confianza me la he ganado. El profeta lo sabe.

—No sé, no sé... Yo no puedo soplar y hacer botellas

El barbudo miró los restos de navío dispersos en las grietas. El fósforo le quemaba los dedos. Por fin sopló. Nicanor vino con el farol.

—Es todo lo que quedaba en el mar —dijo—. Lo fui trayendo poco a poco.

—Son piezas valiosísimas —dijo Alejandro—. Pero sin el mapa no habrá rumbo. Tenemos que rastrear el océano, los alrededores del Polonio.

—Eso está decidido.

—Voy por el violín.

Al final del maloliente tubo, de mi improvisada celda, Alejandro movió una piedra. Se descubrió una brecha.

Por allí entró gateando. Supe que había amanecido al ver un pedazo de sala en penumbras. El profeta olvidó cerrar la ranura, recién amanecida en mis ojos de lince. Vi muebles antiguos y adiviné un olor a polvo muerto, sublime aroma, un hilo en la oscuridad

nauseabunda. Las fosas de mi nariz se abrieron.

Los otros seguían organizando el inefable viaje, gritando, removiendo anclas y tablas podridas. Era el momento.

Al entrar en la sala me atrapó un silencio de cartuja. Busqué una salida, sigilosamente. De repente oí pasos y me zambullí bajo las faldas de un sofá Victoriano. Un hombre de cuello duro, traje negro y larga melena blanca caminaba declamando un poema.

Oigo una majestad de catedrales
que me aguarda a lo lejos
oigo vibrar al fin de este camino
un ignoto sendero
o agujero
o ropero
o estero
no. . . no. . . mejor sendero

Con su manuscrito en alto subió una crujiente escalera, confundido por ripios y disonancias. La salida era urgente, las puertas demasiadas. Elegí al azar.

Fui a dar con un lugar imprevisto. Nada extraño a esa altura. Me encontré en un garaje, junto a un viejo Ford T que me recordó los muebles de la sala. Repeché la cuesta hacia una puerta verde, cariada para su bien por la agonía de un color irritante. El poema volvió a sonar a mis espaldas. Entonces subí corriendo y abrí la puerta trancada por un palo.

La quinta era violeta. El amanecer se armaba en los cipreses. Los pájaros piaban una fiesta en las ramas. Desde el aljibe ya se oía el violín. Corrí entre la maraña donde huyeron gatos y gallinas.

El portón estaba trancado, me dispuse a saltar la verja. Parecía oír todavía el poema. Pero no. Eran chumbos que me picaron cerca cuando gané la calle.

Sin mirar atrás, perseguí al viento por las calles abiertas. Todo me acechaba: chumbos, poemas y violines. Me colgué de un ómnibus en el bulevar, ya sin aire. Mi corazón era una metralla.

Como un perro jadeó la libertad.

• • •

—No hay explicación que valga —dijo el director.

—Al menos óigame.

—¡Nada!

—Pero es que yo...

—Ya le dije que aquí no vuelve más. Abandonar la guardia y que se le escapen dos locos es suficiente causa para echar a cualquiera, por más doctor que sea.

—Usted no me entiende.

—Sí, lo entiendo, pero vayase.

—Perfecto. Aquí dejo firmada el alta de los tres.

—¡Qué disparate! Jamás hubo nadie más irresponsable en esta casa. ¡Fuera...! ¡fuera de aquí!

—Adiós.

• • •

El mar besaba mis pies a la orilla, caídos en la bahía de talco. Metiéndome y saliendo de las olas, fui expulsando de mí los restos del encierro. Llené de energía los entumecidos huesos. Una orgía de yodo y sol me devolvió a la vida.

El olvido llegó, cansado de putear el pasado. La venganza estaba consumada: nunca más un manicomio.

Ese verano, repleto de mujeres y gaviotas, conocí el gusto total de la salud, el buen ardor de la estación encima. A la sombra de Alicia dormí largas siestas, transpiré y bebí de sus pezones. Las noches fueron como racimos, sin un recuerdo unánime.

Ella duró lo que el verano.

Una carta borroneada y cursi, un disco de Georges Brassens, me quedó con olor a flores rancias. Yo canté en el baño las viejas letras deprimentes, las que sólo uno pudo hacer sublimes.

Que me olvides te lo ruego
no me lleves en tus venas...

• • •

Me había quedado sin dinero y no tenía trabajo. De manera que empecé a vagar por la ciudad buscando empleo con la esperanza de no encontrarlo.

Los primeros vahos del otoño despoblaron las calles. Libre como el aire me sentaba en las plazas a leer. A veces salía con la Nikon: buscaba el exacto rayo de sol sobre una alpargata abandonada, una muchacha inolvidable, vagabundos dormidos en la escollera, secretos que a veces descubría en el lente y casi nunca atrapaba.

Agoté varios rollos caminando por las orillas marrones, oí voces de transatlánticos partir, ruidos marítimos sin eco. Recorrí la ciudad sacando fotos y aproveché el vicio para venderlas en editoriales. Sin querer había empezado a vivir (comer) de eso. El mundo empezaba a existir después del lente.

Un día, caminando en la felpa de un engramillado, buscando pájaros, fue que reconocí el instrumento. Me había trepado a una rama tras el zumbido de un picaflor.

El sonido llegaba de la copa del árbol. Se suspendía en la brisa el pajarito verde. Noté que lo atraía el violín. Varias veces lo atrapé en el lente, desde mi escondrijo, besando un clavel del aire, enmarcado en trozos de cielo.

Era el único árbol que cantaba en el parque.

Puse la máquina en 400 asas y disparé sobre el violín. En eso voló el picaflor.

— ¿Qué ha hecho?

La pregunta llegó desde la copa.

— Fotografíarlo — dije.

— Ha espantado a ese pajarillo. Lo tenía dominado en la melodía.

— No fue a propósito. Yo ignoraba...

— ¡Vaya en busca del pájaro enseguida...!

— ¿Cómo haré yo? Puede que vuelva. No se ponga así.

El que siempre vuelve es usted. Y para molestar — agregó — . Estaba dentro de mis cálculos que iba a aparecer otra vez a interrumpirme algún concierto. Lo que no creí es que me persiguiera hasta por las copas de los árboles.

— No persigo a nadie. Saco fotos.

—¿Abandonó aquel inmundo oficio?

— Claro que sí.

— ¡Aleluya!

— Gracias.

— Saque todas las fotos que quiera.

Ajusté el lente con fervor.

—El arco del violín un poco más arriba, la barba tapando el violín... a ver... un poco más de hojas sobre la cabeza.

—Bueno, alcanza.

—No se mueva.

—Voy a bajar.

—Un segundo.

—Ya está.

—Eso mismo.

—Okey.

Alejandro se desprendió de las ramas. Cayó sobre la suave gramilla. Lo imité sin dejar de registrar su caída. La máquina lo acribilló.

—Estamos preparando la expedición —dijo tapándose la cara—. Deje eso...

—¿Cómo...? ¿Todavía no han ido?

—No, no hemos podido arrancar el automóvil.

—¿Qué automóvil?

—El Ford.

—¿La cafetera?

—Es ideal para el viaje. Al Cabo Polonio solamente pueden entrar los carros, los jeeps o las cachuas. Es un desierto de arena. Por eso nos recomendaron el Ford.

—¿Dónde lo reparan?

—En la quinta. Nicanor trabaja en eso con Carlín. Yo no entiendo de mecánica. Por eso vengo por aquí en las tardes, aprovechando el sol.

—Saludable —dije.

—Les voy a dar la noticia a los muchachos. Un psiquiatra menos es siempre algo digno de festejar. ¿Quién lo duda?

—Ni yo.

—Es una suerte.

—Si quieren festejarlo les pediría una cosa.

—Dos.

—Que me dejaran fotografiar la partida rumbo al Polonio.

—No ha pedido nada. Será una hazaña histórica. Por mí puede fotografiar toda la expedición. El único fotógrafo del mundo presente en la contienda se hará rico. ¿Qué más quiere? Pero no lo repita. No sea cosa que otros nos birlen el mapa sumergido. Todo esto es

ultra-secreto.

—Comprendido, claro.

—Venga mañana, apenas salga el sol. Quizás a esa hora haya arrancado el Ford. Es al menos mi esperanza.

Se fue con el violín al hombro. Yo seguí buscando pájaros hasta el atardecer.

• • •

—Se ha tapado el caño de escape. Hay que conseguir alambre y tablones para hacer el piso. Lo de las puertas es lo de menos. Decile a Alejandro que deje el violín y venga a ayudarnos. Tú no ves nada. Y eso que estamos a pleno sol. Mejor que te encargues de traer los colchones.

El que ordenaba era Nicanor.

—Ya voy por ellos, por el alambre y los tablones. ¿Quién dijo miedo? —desafió Carlín.

—De todas maneras llama a Alejandro. Esto no es asunto de música. Hay que apurarse. De lo contrario nos agarrará el invierno sin haber arrancado. El verano se va.

—Al vuelo.

Nicanor hablaba desde su escondrijo invisible, bajo las ruedas del auto. Apoyado en la verja disparé varias veces la cámara. La cachua estaba debajo del ombú, a la entrada del camino, entre píos y miradas de gatos. La mañana era esplendorosa, mansa, sin viento.

—¿Necesitan ayuda? —pregunté.

Las botas coloradas salieron entre las ruedas. Luego el cuerpo, una cara enrojecida por el esfuerzo. Dejé colgar la Nikon en mi estómago. Dibujé la sonrisa más ancha que pude.

—Pero miren al regenerado —declamó—, al arrepentido rey de las neuronas. Ya tuve noticias tuyas. Si son ciertas no puedo menos que felicitarlo.

—Tengo un nuevo oficio —respondí y mostré la cámara temblorosa—. Con esto no molesto a nadie.

—Siempre que no sea una nueva maniobra tendremos el testimonio gráfico de la expedición. Pero le temo a una sutil trampita... —He firmado el alta de los tres antes de renunciar.

—En parte lo creo. Nadie ha venido por nosotros.

—Ya no vendrán. No dude.

—Salte esas rejas. El portón está con candado. No... no, por ahora no saque fotos. Resérvelas para lo fundamental.

Me enganché los pantalones en las puntiagudas lanzas. Estuve atravesado. Pero zafé y gané la quinta. Nicanor ya no estaba. Se había deslizado bajo el cachilo. Trataba de enderezar una rueda torcida.

—El problema está en las tuercas —observé—. No haga fuerza en vano. Présteme la cruceta.

—Aquí está.

Con agilidad enderecé la rueda, clavé los tablones al piso, coloqué los asientos y los aseguré con alambre. Más tarde quité el aceite empastado en el caño de escape, la grasa endurecida de años. El motor era chatarra, un calvario para cualquier mecánico, bujías atadas con piolines, piezas colgando, agujeros en el radiador, bulones sueltos, tornillos y clavos sustituyéndolos. En medio de ese caos apliqué mi experiencia durante horas. Soldé

perforaciones, reparé cables pelados y asombré a los tres espectadores que sólo atinaban a cumplir mandados. El asombro los enmudeció.

—Ha sido nuestro salvador —dijo Nicanor finalmente—. ¡Maldito el día que se me ocurrió secuestrarlo...! Haremos la expedición gracias a él.

—No es para tanto —dije—. De niño yo fui medio "tuerca". ¿Me entienden?

—Este hombre ha sido de todo —observó Alejandro—. Bendito el árbol que lo trajo a nosotros...

—Es el mejor ingeniero de la región —dijo Carlín.

—No exageren. A ver... una damajuana con agua.

—¡Ya mismo!

—Que alguien se ocupe de la nafta.

—¿No es lo mismo kerosene?

—Cállate idiota. La nafta hay que robarla —aconsejó Nicanor.

—¿Robarla de dónde? —preguntó Carlín.

—Del auto del vecino. Pero a ti te pueden ver. Con el pitillo y la damajuana ya está.

—Pienso que en un rato podremos arrancarlo —dije.

—Esa fue mi profecía. Hace meses que lo vengo diciendo —recordó Alejandro.

—Y yo jamás lo dudé —dijo Nicanor.

—Qué impresionante visión —adjetivó Carlín.

—Por favor... ese caño... arrimen el soldador.

Alejandro bajó y subió del aljibe. De la madriguera trajo un letrero que pegó en el parabrisas: "Sociedad Amigos de la Arqueología". Luego clavó una bandera en la capota: "Polonio sin etapas".

—Los letreros los hace Nicanor —aclaró.

—No se adelante —dije—. Todavía no arrancó.

—¿Y mis profecías? —recordó con ira.

—Ah. Eso sí.

—Voy a ayudarlos con la nafta. En el fondo es un robo caritativo. Cuídeme el violín que está en el limonero.

—Vaya tranquilo, maestro.

Coloqué arandelas, aceité los bigotes de la reliquia, inventé puertas con arpillera, engrasé el tembleque motor y me sentí feliz en la mañana pajarera. De mi entierro boca arriba, salí transpirado y mugriento. Me senté en un banco a descansar. Encendí un cigarrillo esperando la nafta, mirando un gallo picotear los canteros.

El murmullo llegaba de las lejanas parras, como un madrigal, del fondo verde de la quinta. Se acercaba por el camino de pastizales muertos. El aire se llenó de palabras.

La mañana de uvas y gorriones
arrulla los adioses del estío
terciopelo del aire que acaricia
la sinfonía clara de los nidos
o píos
tal vez ríos
no... nidos

es más sutil píos
oh mañana, festín de rosas rojas
palpitación de floripones tibios
oh mañana trizada de malvones
jamás apagues este sueño mío...

— ¡Ahora sí que me salió redondo! Los académicos abrirán la boca como caimanes.

El viejo se detenía en cada flor y aspiraba profundo. Anotaba todo lo que olía. Tardó en llegar a mí pero pasó de largo, abstraído en el manuscrito, corrigiendo presuntos errores.

No me perdonaré haberlo saludado.

—Buenos días, señor.

Se volvió hacia mí. Me dirigió varias frases sobre los prodigios del día, las variaciones del sol, la palpitación de las plantas. Un block de unas doscientas hojas empezó a abrirse como un abanico. El anciano recitaba sonetos exigiéndome la aprobación de cada uno. Los elogios se me iban quedando sin sinónimos. Se había sentado a mi lado, en el tronco, con el mamotreto en las rodillas. No había miras de que me abandonara.

—Cuando tenga el prólogo de Juana de Ibarbourou lanzaré estos sonetos a la fama — dijo—. Hace años que espero el prólogo.

En eso llegaron con la damajuana.

—¡La hemos llenado! Nadie se dio cuenta. El poeta se fugó enseguida, buscando el silencio, dejando una estela de órdenes.

—Lleven abrigo —dijo—. Si traen piedras o huesos métanlos en el aljibe. Nada de estropearme la casa.

—¿Quién es? —pregunté.

—Papá —dijeron—. Era director de un museo. De allí nos trajo el auto.

—Bueno, aquí está la nafta.

—Hay que echarla de a poco, con cuidado.

—Que nadie fume.

—Nadie.

—Se va llenando.

—Increíble.

—Ya está.

—Bien. Sólo falta ajustar los frenos y tapan los agujeros de la capota.

—A ver, Carlín, una alfombra.

—No sirve.

—Bueno, entonces el toldo de la hamaca —sugirió Alejandro.

— ¡Brillante! —celebró Nicanor.

—¿No se enojará el poeta? —pregunté.

—No, está acostumbrado.

—Tengan cuidado.

—Aprovechen ahora que está rondando por los parrales.

—Vamos... entre todos.

Se tambaleó el esqueleto de la hamaca. La cachua tuvo sombrero enseguida, nuevo, flamante. Aproveché para tomar otra fotografía debajo del ombú.

—Bueno —dije suspirando—, para arrancar falta la manija.

—Está en el aljibe —dijo Nicanor—, entre los fierros de la fragata. No vayan a confundir la pieza. Mejor iré yo mismo. Hay que tener cuidado con el material arqueológico. Además, si el Ford arranca, debemos empezar a subir los bultos. Así que deja el violín.

Alejandro iba subiendo al ombú.

—¡Caramba! Siempre mutilan mi inspiración...

—Y la mía —agregó Carlín separando la lupa de una piedra.

Volví a sentarme en el tronco. El mediodía gorjeaba sin cesar. Todos desaparecieron por la boca del aljibe.

• • •

El jardín era una caja de sorpresas. Saltaban desde el pozo a la superficie toda clase de objetos: alimentos enlatados, camisetas, medias, pantalones, brújulas, libros, frascos y botellas. Parecía una feria de baratijas que se arrastraba como un gusano rumbo a la cachua. El balde no dejaba de cumplir su suerte de ascensor. Alcanzaba hombres y bultos.

—Lo más importante es la manija —dije por fin, ya impaciente.

—Ya viene. Estaba en la letrina. Se nos había trancado —explicó Nicanor.

—Todo es inútil mientras no arranque esto. No trabajen al ñudo.

—Ya sube... ya sube.

Carlín apareció revoleándola en el camino. La expectativa era tensa y bulliciosa. Los tres hablaban sin parar. Todos imitaban mis movimientos, agarrando una manija imaginaria. Giré varias veces y nada. Intenté otra vez y percibí un leve ruidaje. Abrí el motor para ajustar la toma de nafta. Todos volvimos a la manija.

Fue un trueno en el esplendoroso día. El humo rebasó cipreses y ombúes. Sentí como la explosión de una caldera. El poeta llegó corriendo. Se volaron todos los pájaros.

—¡Bravooo...! —gritaron, pero el motor se detuvo.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el poeta—. Han espantado todos mis recuerdos. ¡Esa máquina infernal dejó la quinta sin duendes...!

—Ya volverán. Una explosión también tiene su poesía.

—No hay duda que usted es un mecánico —respondió—. Me iré lejos. Mi corazón no soportará el silencio hecho trizas, así, de repente.

—La paz llegará enseguida —dije.

—No jodas, viejo —murmuró Nicanor.

Un manijazo preciso en el momento justo, produjo el nuevo estruendo, el arranque. La cafetera saltó y quedó parada. Un baile descalabrado la dejaba roncar. Los bravos se oyeron otra vez, los insultos del poeta al fondo de la quinta.

—Bueno —dijo Nicanor—. A cargar todo.

—¿Piensan viajar ya?

—Inmediatamente —dijo Carlín—. No hay tiempo que perder. La huella nos está llamando. El viaje será acalabrante, tremebundo.

—No exageres el tono —dijo Alejandro—. Será histórico. Con eso alcanza.

—Todavía no viajen —sugerí—. Faltan las luces.

—Tenemos un farol —dijo Carlín.

—Ya pasó el tiempo de las carretas —recordé.

—Esperemos un poco —dijo Nicanor—. No podemos ir a lo loco. No es nuestra costumbre.

—Me imagino —dije.

—Usted, entrañable amigo —me elogió tomándome un hombro—, nos ayudará a reparar esos cables podridos de los focos.

—Sí, pero más tarde. Estoy sudando a chorros.

—Lo haremos socio vitalicio, le conferiremos todos los honores, tal vez un monumento en vida...

—No lo merezco... me confunden. Pero más tarde volveré.

—¿Vendrá con nosotros?

—¿Adonde?

—A la expedición.

—No voy a poder. Tengo trabajo.

—¿Y qué mejor trabajo que la exclusividad de un suceso sin precedentes? Sus fotografías valdrán una fortuna —me alentó Nicanor.

—Y serán ultrafamosas —agregó Carlín.

—¡Venga...! ¡Venga...! —dijo Alejandro—. Hemos olvidado su pasado demoníaco.

—¿Oyó hablar de Pepe Corvina? —preguntó Nicanor.

—Durante todo mi cautiverio.

—¿Y qué le parece?

—Una gran fábula... digo... un visionario. ¿No fue eso?

—Eso y mucho más. Notamos que ha comprendido. La arqueología no es una broma. El hombre debe entender de qué se trató el mundo —pontificó Nicanor—. No podemos ser árboles sin raíces.

—Caray... eso hay que pensarlo —dije en serio.

—Venga con nosotros. No se arrepentirá —insistieron.

—Lo pensaré unas horas. Preciso descansar.

—Saldremos al crepúsculo. No falte.

—Tal vez.

—Hasta ahora.

—No demore. Nosotros ya iremos cargando los equipajes. Queda mucho por hacer todavía.

—Como quieran.

Me sentí agotado, mareado de sueño y de calor. Fueron a buscar más cachivaches. Peleaban por subir al balde. Alcancé a registrarlo con la cámara. Luego apagué el motor de la cachua y me fui.

A lo lejos parecía una chimenea.

• • •

El final del verano me invadió por la ventana abierta.

En el minúsculo apartamento, atestado de libros de medicina y fotos, plantas y herraduras,

me sorprendió un anochecer rosado. Me duché oyendo un carcomido disco de Satie. Luego me encerré un rato en el laboratorio.

Las fotos eran excelentes. Todavía mojadas las fui colgando de las perchas. Más tarde empapelé una pared para formar un insólito collage. Lo examiné unos minutos a carcajadas. Varias veces sonó el teléfono pero no atendí. Lo metí debajo de un almohadón. Destapé una botella y seguí riéndome desnudo, con los pies sobre el escritorio, bebiendo largos tragos.

El teléfono insistió hasta irritarme.

—¿Quién?

—Alicia. Acabo de volver. Estoy en Montevideo.

—¿Qué te pasa, niña?

—Necesito un tratamiento.

—¿Otra vez? Lo tuviste todo el verano.

—No es una excusa, no te rías.

—Abandoné mi profesión. Ya te lo dije.

—Eso no importa.

—¿Mañana puede ser?

—No. Ahora.

—No soy médico de urgencia. Esperemos hasta mañana, ¿eh?

—¿Dónde?

—Aquí, claro.

—Estaré temprano. No te olvides.

—Ni tú.

La foto de ella, con los senos al aire, cubría media pared. Giré el sillón y seguí bebiendo. Me sentí un snob. Yo era eso. Me gustaba serlo.

No era posible seguir así, pensé. Había que cambiar la mira.

¿Pero dónde? Tal vez emigrar, como todos. En mi porvenir veía infinitos manicomios, sea donde fuere. La elección aún no estaba hecha. Recorrer la ciudad vendiendo fotos, vociferar en las ferias, exponer en desiertas galerías... No, no era el camino.

"La idea del porvenir produce sueño —monologué en voz alta—. Al final de la comedia casi siempre aguarda un colchón. Y cuando baja el telón, un sobretodo de madera. No hay que pensar en eso. Está decretado..."

Con el disco girando fui conciliando un sueño lleno de acróbatas, de los senos de Alicia, de explosiones y tiros, de ministros colgados, de enchalecados célebres, de admirables abstracciones fotográficas.

• • •

El despertador no me sobresaltó. Tampoco la rama verde golpeando en mi ventana. El teléfono estaba mudo.

El sonido volvió; era una corneta.

Me desperécé a lo bestia, con todo tipo de estertores y aires. Estaba rascándome las axilas cuando otro bocinazo me hizo saltar. A la ventana fui desnudo y tambaleante: corrí la cortina y la cerré. La bocina me hizo reabrir la, lleno de niebla y malhumor. Me limpié los ojos para ver mejor. No lo creía. Pero estaban allí, tapados de bultos, junto al farol.

El alba ya teñía los techos.

—¿Y ahora qué? —me dije.

En eso golpearon la puerta. Decidí abrir antes que la echaran abajo.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó un irreconocible Carlín, forrado de buzos, con botas amarillas.

—Un acceso de sueño —respondí bostezando.

—Tuvimos que salir sin luces, sólo con el farol y la linterna.

—Es un suicidio —dije.

—Se ve perfectamente.

—Lo dudo. Pero en fin. Que tengan buen viaje.

—¿Cómo? Si usted no viene estamos completamente perdidos.

—No puedo. Espero a una mujer. No hice valijas ni nada. Además no tengo para los gastos.

—Nos sobra dinero —dijo—. Mandamos al remate muebles de papá. No se dio cuenta. Estaba distraído con los versos.

—Esa no es la manera... digo... no es lo sensato. La corneta seguía despertando al vecindario.

—Pida que paren de tocar. Son las seis.

—Estamos apurados.

—Vayan nomás. . . yo iré otro día.

—Los informaré sobre esta novedad. Será un balde de agua...

—Lo siento.

Al rato estaban todos en el apartamento, a punto de suspender la expedición, rogándome la compañía sin pausas. Parecían decididos a no dejarme en paz, a desoír cualquier argumento, y quedarse sin límites. Estaban admirados con las fotos. A cada instante me lo repetían, yendo y viniendo de la pared.

—¿Cómo averiguaron la dirección?

—A puro instinto —dijo Alejandro—. No se olvide quién soy. Jamás utilicé una guía.

Con la idea de llamar al manicomio, exasperado en serio, me contuvo el timbre. Era Alicia con su maleta.

—¿Y esto qué es? —preguntó con asombro—. ¿Un campamento gitano?

—Debe ser una psiquiatra —observó Nicanor.

—¿Por qué no me anunciaste esto?

—Fue de repente —dije.

—En la puerta hay una cachua del año uno. Parece un carro alegórico.

—Es nuestro vehículo, señorita.

—No entiendo esto —dijo—. Parece teatro del absurdo.

—Shh... —le advertí.

— ¡No le permitimos ese insulto! —gritó Alejandro—. ¡Retírelo inmediatamente!

—Me equivoqué contigo —me reprochó Alicia—. Voy a un hotel. Esto es de locos.

—¿No te dije que era una psiquiatra? —se alegraron.

Alicia dio un portazo y se fue. No volvería más.

Me sentí acorralado, sin escape posible, avergonzado, apresado por mis ex prisioneros.

Fui a meditar al baño. Cerré con llave para librarme del asedio. Para atenuar los bríos del violín abrí la ducha y todas las canillas. En el water me senté a leer. No pude. Ensimismado, como en una parroquia, quise rezar lo poco que sabía. Me tranquilé en la oración. Entonces tiré de la cadena.

La bañera se desbordaba. Me zambullí en ella. Jugué con el jabón y pataleé a gusto. Nadie me molestaba entonces. Por la banderola abierta oí trinar al canario de la vecina.

• • •

No sé cuánto rato estuve en el agua. Las canillas no pudieron tapar los golpes.

—¿Qué hace allí? Hace horas que está encerrado.

—Me estoy bañando —dije.

—Bien. Nosotros nos vamos —respondieron con tristeza.

—Ya salgo.

—No hay tiempo. Adiós.

—¡Esperen! —grité.

—Nos perdemos el día. Es hora de partir de una vez. Buena suerte.

Los oí cerrar la puerta, sin decir palabra. Después tronó el arranque del auto en la puerta. Salí goteando de la bañera. Me acerqué a la ventana y vi el vecindario aglomerado en las aceras, mirando el espectáculo. Grité que me esperaran. No me oían. Sin causa nueva que pudiera entender, mi ánimo había virado: una partícula secreta de demencia tal vez cundió en la soledad del baño. El corazón es un barómetro, pensé.

En eso se apagó el motor.

Con desesperación llené una maleta, me puse un pantalón, una camisa y volé escaleras abajo. Los tres forcejeaban con la manija ante la algarabía del vecindario.

—Esa es mi tarea —dije.

— ¡Aleluya! —exclamó Alejandro.

Los vivos me entraban y salían por los oídos. Con un violento manijazo el motor volvió a roncar. El humo hizo retroceder a los curiosos. Me trepé en la cafetera y tiré mi valija entre los bultos. Nicanor tomó el volante, los bigotes. Alejandro y Carlín, tendidos entre el revoltijo trasero, seguían festejando mi llegada. El Ford dio un salto y bajó temblequeando la calle empedrada. Los vecinos aplaudieron. Los perros ladraban. El humo negro se perdía a lo lejos.

¡Viva la filantropía
el génesis de la vida,
que muera la psiquiatría
y viva la arqueología...!

El coro rompió a cantar. La cachua buscaba el este, bamboleando en la ciudad soleada.

• • •

La carretera viboreaba entre árboles y gramilla. Una larga estela de humo seguía marcando nuestro trayecto roncadore. Quedó atrás un carro, una jardinera, una yunta de bueyes.

Habíamos rodado horas y avanzado poco en la agotadora mañana. Cada tanto, al cruzar un arroyo, nos deteníamos a reponer el agua del radiador hirviente, a refrescarnos y orinar. La fatiga nos hizo dormir entre los bultos.

El primer trastorno fue en Punta Ballena.

La inmensa loma era demasiado para el motor. En la maravilla del paisaje esteño nos bajamos a empujar los cuatro. Con el corazón al galope, los cuerpos empapados y un crepitar de huesos llegamos a la cumbre. Luego vino el descenso vertiginoso. No sé cómo llegó entera a la planicie. Allí nos detuvimos a mirarla. Me recordaba un mancarrón con sed.

Nos zambullimos en las saladas aguas transparentes. Lo hicimos en calzoncillos, entre bañistas y grupos de curiosos. Jadeando y empapados, entre ironías y muchachas de cobre, nuestro baño fue exitoso y breve. A Carlín lo picó un aguaviva. La gran bola de gelatina fue aplastada en la orilla, insultada en forma soez. Indefensa y barbuda, se dejó masacrar por el miope.

Cuando dejó de saltarle encima abandonó la playa con aire de matasiete.

• • •

Los bigotes de la sufrida máquina taladraban sin pausa el camino.

La primera tregua fue en el desolado atardecer, bajo un quinteto de pinos. Quemamos cuatro chorizos en la parrilla de alambre, destapamos el vino y devoramos el manjar famélicos, ignorando el silencio desdentado.

En el frescor del pasto nos atrapó un sueño. La sangrienta puesta del sol quemó el horizonte. El aire se llenó de grillos, de ladridos remotos. El descanso unánime y despatarrado tuvo belleza triste, cierto titilar.

Al despertar colgué el farol del guardabarro.

—Andará como una vela solitaria —me dije—. Espero que nos salve la luna.

—¡Arriba! —gritó Nicanor—. ¿Qué clase de expedicionarios son? Dormir como una boa no es vicio de exploradores. ¡Vamos andando...! ¡Vamos!

Carlín, con los lentes en el pescuezo, saltó entre las chircas, levantó la media de los ojos tapados y volvió a la realidad de los vidrios.

—¿Qué pasó? ¿Ya llegamos?

—No. Seguimos en el mismo lugar. Hay que moverse.

Alejandro, abrazado del violín, sacudió los tenaces abrojos de la barba.

—Este sueño me anunció victorias —dijo—. El cansancio quedó atrás.

—Subiendo —dije—. No olviden la linterna. Una media luna extasiada nos siguió después del crepúsculo.

—Hallaremos el mapa —afirmó Alejandro—. Tengo un palpito infalible.

—Y también a Pepe.

—Fue carne de tiburones... según dicen —terció Nicanor.

—¿Qué dice el vidente? —interrogué.

—Profeta —aclaró Alejandro—. Tengo mis dudas de esa versión... tengo mis dudas...

—¿Dónde la leyeron?

—Fue Nicanor, cuando lo echaron de casa, en la época que juntaba papeles —dijo Carlín—. Fue un diario contra-viento que atrapó en el aire, casi un milagro.

—Fue carne de tiburones —insistió Nicanor—. Con el mapa es suficiente.
—No seas pesimista. ¿Quién es el profeta aquí? —reprochó Alejandro con ira.
—Claro, eres tú.
—Ah...

Una liebre cruzó la carretera. Croaban ranas en una cañada.

—Bach... eternidad —dijo Alejandro.

El violín vibró con pasión. Dejó de oírse el motor. Unos instantes se detuvo el tiempo. En la noche se abrió una gran oreja.

• • •

El pueblito parecía una brasa en agonía. Habíamos atravesado varios en la madrugada. Lo vi a la distancia. Era Castillos.

Al entrar rondé sus calles de casitas bajas. Dormían en el pueblo, en el Ford. Necesitaba café para resistir. Doblé por una calle de tierra, bordeada de farolitos rojos, la única despierta en el villorrio. Era la cuadra de los prostíbulos.

La voz de un acordeón salía del cafetín abierto. Alguien salió a la puerta alertado por el ruidaje. Estacioné la cafetera detrás de un caballo ensillado, atado a un arbolito.

Los tres se despertaron de golpe.

—¿Dónde estamos? —preguntó Carlín con los anteojos en la calva.

—Castillos —dije.

—Castillos... qué extraña ciudad.

—Es un pueblo —dijo Nicanor.

—Tiene un maravilloso nombre —observó Alejandro.

—Bajemos —insistí—. Necesito un litro de café.

—Yo quiero agua —dijo Carlín.

—Y yo una manzana.

—Y yo...

—¡Bajen de una vez! —ordenó Nicanor.

Los cuerpos salieron entre los bultos abollados.

• • •

La mujer estaba en la puerta del tugurio, bajo el farol, pintada como un payaso. Su cuerpo era una guitarra. La vi al entrar en el café, rondando la rota vereda, levantando los pechos. Algo le dijo a Carlín.

—¿Eh...?

—Vení papito que te doy la pepa.

—Perdón, señora, pero...

—Chupo la pijita, te hago nono. Vení... cosita divina.

—Yo... En fin. Soy arqueólogo.

—Yo soy todo lo que quieras. Vamos mi amor.

—¿Adonde?

—Aquí, a mi casita.

—Pero... ¿y la expedición?

—Eso después. No seas bobito. Vení.

—Esto es tremendo —nos dijo tomado de un brazo, ya camino al quilombo—. No se vayan... por favor.

—Lo esperamos en el café. Vaya tranquilo —le dije.

—Qué situación... —reflexionó Nicanor.

—Lo llevan a pecar —dijo Alejandro y se persignó.

El acordeón se había callado. En el boliche había cuatro paisanos y una mujer gorda, con las cejas rojas, dibujadas. La gente volvió a sus mesas sin dejar de mirarnos.

—Son forasteros —comentaron en voz baja—. ¡La maula que traen cosas!

—Han de ser de otro país —dijo otro—, quién sabe de qué pago...

—Vaya uno a saber.

Nos sentamos en silencio, sin Carlín. El propio acordeonista nos atendió. Sirvió café, agua y manzanas. Nadie hablaba.

El hombre dejó el mostrador y fue a sentarse en el taburete. El fuelle se estiró otra vez. La gorda salió a bailar con uno de alpargatas. Los otros bailaron entre ellos.

—¿Qué le pasará a Carlín? —se preguntó Nicanor—. Voy a ver qué hace.

—No se preocupe —dije.

—No me lo imagino, no quiero verlo con un pecado mortal a cuestas —dijo Alejandro.

—Quédense. Yo voy a buscarlo. Conozco este lugar.

—¿Qué no conocerá este hombre?... —musitó Alejandro.

—Tráigalo a salvo. Cuídele los lentes. Sin ellos se perderá —aconsejó Nicanor.

—No se preocupen. Ya vuelvo.

Más despejado, fuera del café amarillo, me llené los pulmones de olor a pasto, del fuerte aroma que merodeaba el pueblo. El caballo resopló en la vereda. Crucé la calle y entré al prostíbulo: un zaguán con malvones, un hombre esperando turno. La mujer estaba ocupada con Carlín. Era obvio que él la estaría usando.

Simulé esperar turno. El hombre me saludó.

—¿Forastero?

—No, turista.

—Turista mismo.

—Sí.

—¿De ánde?

—De Sansueña —ironicé.

—Debe ser lejos eso. Por las uropas.

—Cerca del polo.

—Si habrá que andar de poncho. ¿No?

—Todo el día —dije y oí la voz de Carlín.

La puerta mal cerrada, agrietada en el medio, dejaba ver media cama, un primus, una silla. Allí estaba sentado, vestido aún, de botas, hablando sin parar.

—Soy arqueólogo.

—Ya me dijiste.

—... y vamos en una expedición para encontrar el mapa del paraíso terrenal que está hundido en el Cabo Polonio. Porque existió un genio y nadie le hizo caso. La gente está completamente loca. El paraíso estuvo entre el Tigris y el Eufrates. Y yo estoy seguro de que está todavía, con pajaritos y manzanas y serpientes y de todo un poco. Debe ser un lugar de maravilla. Además, la Sociedad Amigos de la Arqueología...

—Sí, sí... pará... pará. Desvestite nene.

—Estoy con el equipo de explorador.

—Sácatelo y vení a explorar acá, en la cama. Dale... dale que tengo gente afuera.

Lo vi desde la grieta, con la media en la cabeza, los lentes girando y sus cinco tricotas. Hizo un primer esfuerzo para arrancar la bota de su pie izquierdo. La mujer se quitaba la ropa interior: dejó grandes senos en el aire y un triángulo oscuro. Se sentó en la cama.

Carlín luchaba con la bota, enrojecido.

—Apúrate mi negro.

—Sí... lo que pasa es que las leguas, los caminos, las imponentes montañas me han apretado esto.

La bota voló de repente y fue a golpear el techo. Cayó sobre el primus. El paisano, junto a mí, armó un cigarro y me interrogó. No le respondí hasta que logré silenciarlo. Sólo quería mirar por mi secreta ranura.

—No olvide que estoy primero —repitió.

—Sí, ya sé. Déjeme en paz.

La bota del pie derecho no quería salir. Carlín se retorció en esfuerzos. La mujer, sentada en la cama, lo miraba tocándose los muslos.

—¿Y...?

—No puedo. El viaje, los caminos...

—No jodás, Dejá eso y sacate la ropa.

Las interminables tricotas volaron. Luego las camisetas. Por fin se quitó la media de la calva, empezó a desprender piolines de los calzoncillos largos.

—Putá madre... estos viejos la llevan siempre atada —comentó para sí la prostituta.

—Señora —decía Carlín—, no es más que un segundo. Usted sabe que el frío del campo, el ruido de la jungla al amanecer...

—Sí... sí... empelótate de una vez. Lo vi desnudo, con una sola bota puesta, moviendo un minúsculo culito rumbo a la cama de la hembra.

—Por fin —dijo ella.

Lo demás fue una bota revoleando en el aire, un corcoveo entre sábanas con rositas, un abandonar la monta y retomarla con soplidos. Mi estómago era una bolsa de conejos que intentaban salir en una carcajada.

La escena fue confusa. El zaguán se había llenado de nuevos clientes. Hubo algunas protestas.

—¿Y. . .? ¿Acabaste viejo e mierda? —preguntó la puta enfurecida.

—No... no. Es que la bota me aprieta el dedo gordo. Me duele cuando empujo... me... me...

—¡Salí de arriba mío y ándate a cagar! Hace una hora que estás pajeándote. Vestite y rajá. ¿Al final qué te crés? Una está trabajando...

—No se ponga así, señora. Usted está insultando a un sabio, usted no tiene derecho a...

—Rajá... rajá. Metete en un circo. Pagá y tómatelas.

La puerta se abrió y la ropa de Carlín fue tirada at zaguán. Salió despedido con violencia, desnudo, con su bota sin par. La risa ganó al paisanaje que formaba cola. Lo ayudaron a juntar prendas que volaron lejos. Se empezó a vestir lentamente, murmurando, indignado.

Fui a la calle a desahogarme. Sentí que un film se había perdido.

—¡Que pase el primero! —oí gritar.

• • •

Los nervios habían entreverado la barba de Alejandro. Nicanor bebía en paz su refresco. El acordeonista seguía tocando. Ahora estaba en un largo maullido, invariable nota.

—Ya viene —dije.

—¿Pecó? —preguntó Alejandro.

—No. Apenas.

— ¡Aleluya!

—¿Y los lentes? —preguntó Nicanor.

—Vienen con él —respondí.

—Lo demás no importa... —comentó tranquilo.

—¡No seas pagano! —recriminó Alejandro—. El cristianismo me llevó a ser lo que soy, la castidad, el sacrificio...

—Ah. Eso es cierto.

Carlín entró al café poniéndose la media.

—¿Cómo estás, hermano? —preguntó Alejandro levantándose.

—Perfectamente bien. Necesito más aventuras. Tengo ganas de llegar al Polonio.

—¿Cómo te fue con la mujer? —interrogó Nicanor mirando al vacío.

—Una maravilla —contestó Carlín—. Le eché tres sin sacar.

—¡Dios te perdone, Carlín! —rogó Alejandro con las manos juntas y los ojos en blanco.

• • •

La diarrea me sorprendió en la carretera. Estábamos en plena marcha. Maldije el café bebido en Castillos. Mi culo era una canilla.

El volante lo tomó Nicanor. Nos teníamos que detener en cada mojón, en cualquier pastizal. Regué yuyos y cunetas, sangradores, cañadas. La debilidad me aflojó el cuerpo, me trajo mareos, sopores.

Los tres abrieron una caja de medicamentos eligiendo vitaminas, pastillas. Tomarlas hubiera sido empezar a creer, integrarme definitivamente a ellos. Les recordé que era médico sin mencionar la psiquiatría. Por fin se convencieron. Era imposible seguir el viaje. Me quedaría en el primer pueblo o caserío que apareciera en el camino.

La cachua bebía en los arroyos hasta que el motor dejaba de humear. Yo hacía todo lo contrario. Mi diarrea se esparció por los campos.

—Sin usted no podemos ir. Todo será un fracaso. Mejor volver atrás.

—Falta apenas un día de viaje. Sigán... sigan solos. Hallarán el mapa y todo lo demás.

Alejandro lo sabe. ¿No es cierto profeta?

—Si será cierto. Ni se pregunta.

—Ya ven —dije victorioso—. Entonces sigan.

—¿Dónde encontraremos un perito en mecánica? —se desesperó Nicanor—. ¿Dónde encontraremos un hombre ducho para que esta máquina llegue a destino?

—Agua y nafta. Nada más. Sobran ríos y arroyos —dije.

—Espere unas horas —indicó Nicanor insistiendo—. Puede ceder la cagalera...

—¡Qué contrariedad! —protestó Alejandro—. Justo ahora se nos enferma.

—No se preocupen. Me curo en pocos días. Iré al Polonio apenas me recupere.

—No es lo mismo. La historia retrocede sin usted —dijo Carlín. Un nuevo retortijón me torció el cuerpo.

—Parará... parará —me alentaban.

—Ni con un corcho. Si sigo así dejo hasta el apellido. ¡Cuidado...! paren... paren. Vuelve otra vez.

El coche frenó rechinando unos metros. No tuve tiempo y rocié la rueda trasera. La urgencia alentó los chijetes. En eso vi levantarse la polvareda: un ómnibus gusaneaba en las lomas. Me subí los pantalones, tomé mi maleta con agilidad felina y corrí al centro de la carretera.

Abrí los brazos como un espantapájaros. El conductor frenó por no pisarme. Yo apreté las nalgas.

— ¡Vuelva pronto! — me gritaron.

— ¡Volveré! — respondí.

Abrí la ventanilla y saludé. Coloqué el flash en la cámara y los acribillé desde el ómnibus: la cafetera al borde del camino, los tres seres con la mano en alto, oscuros de tristeza. Fueron las últimas fotos que tomé.

Las tengo en la biblioteca algo dobladas, fijadas por chinches. Cuando las miro siento que alguna vez debí volver, borrar mi sensación de delirio inconcluso, finalizar el viaje. A esta altura sospecho que, de alguna manera, yo también busqué el paraíso.

La imaginación, tal vez, fue barrida por una tormenta de diarrea.

Eso me salvó.

• • •

CUENTA EL ALMACENERO

Vine al Polonio hace años. Buscando desolación. Un pedazo desprendido del mundo. Vine a morir lejos.

A eso vine.

El rancherío está cerca. Alguna gente llega. Vienen más en verano. En el invierno paso días sin vender nada. Escondo el contrabando en la arena. Lo desentierro de a poco. Ninguno sospecha: todos lo saben.

Aquí despacho en silencio, detrás del tablón. A veces fío. Hay quien camina kilómetros para comprar un huevo. También llegan turistas, veraneantes. Entonces tengo suerte. En un momento me dejan sin mercadería. De eso vivo. Aquí, en la casa de lata que levanté doblando el espinazo bajo el sol rajante, haciendo zanjas, clavando postes, abriendo canaletas para que las lluvias bajen al océano. Luché contra las dunas para burlar al viento. Así armé el almacén, el almacén del Cabo. Así le dicen.

El mar es una ciénaga. Movediza y azul. Estalla y se dilata, se enfurece como una bestia herida. Alguna vez se amansa. Eso pasa en verano.

El pobrerío y los pescadores vienen a tomar caña brasileña. Ellos no saben de dónde vine. Lo imaginan. A nadie le conté nada. Nunca conté por qué miro el océano sentado en la puerta, tomando mate lavado, fumando chala, ya bastante reseco por los vientos ardientes.

A veces miro el galeón hundido, cerca de la orilla. El galeón se está pudriendo. Hace medio siglo que está ahí. Otros dicen que más. Miro el galeón por no cansar los párpados. Ese viejo navío se me parece.

La recuerdo más con las tormentas, acodado al tablón, cuando no viene nadie, llueve o atardece, cuando las grandes dunas que llegan a la punta rocosa se destiñen. A esa punta con farola y lobos.

En el almacén no hay música. Sólo algún payador errante que rara vez desmonta y toca una milonga.

De repente la olvido. La olvido días enteros. Pero así, sin pensar, se hace más desolado el este y el encierro. Aunque yo vine a eso. A no pensar. Y miro el galeón tardes enteras hasta que la rota embarcación me mira.

Los barcos que doblan por el cabo dejan allí el contrabando. El matute me lo alcanza el Bonito. Lo demás lo esconde en el galeón. El Bonito es el hombre más feo de la costa. Algunos dicen que del mundo. Es nadador de invierno, baquiano y ducho, el que más viene al almacén de noche. Piensa en barcos futuros, en cajones, en nadar cada tanto hacia el galeón. Pero no dice nada. Con eso sobrevive, bebe. No sé si tendrá recuerdos o algún pasado. Creo que no. Ni siquiera lo busca la policía. Nunca vinieron por él. Jamás salió del Polonio.

—¿A dónde ir? —me dijo un día—. Yo estoy para quedarme. Además, pasando las dunas no hay nada. Me lo dijeron cuando chico y todavía lo creo. Lo creo pa'no irme. Así que no me porfie. Lo creo y se acabó.

—Está bien —le dije.

Le copié la idea.

• • •

En la noche paseo por la orilla. A oscuras. Camino por caminar. Me gusta ver reventar las olas tumultuosas, llenas de ahogados. Espero al Bonito cuando me avisa "hay bagallo" con el último trago de caña. Después se va nadando, sólo como él puede hacerlo.

Aquella vez, una noche sin luna, el que llegó no fue el Bonito. Yo estaba dibujando un nombre en la orilla, hundiendo los pies en la arena, ese nombre que siempre escribo en la playa. El nombre se borra. Por eso lo dejo escrito. Dura un trecho de noche. Después se vuela.

Los botes no llegan al galeón. Se los tragan las olas. El contrabando lo trae atado, a remolque, braceando y remontándose, desapareciendo y volviendo a emerger. Esa noche no traía nada. De modo que pensé, al mirarlo venir, que el asunto había fracasado. A medida que se acercaba dejaba de ser él. Y de pronto estuve seguro: el que venía hacia mí no era el Bonito.

La tristeza se me escurrió y pisé el dibujo en la arena. Un cuerpo grande, fosforescente, fue despedido contra la orilla por la última ola.

El hombre quedó boca arriba, vomitó algunos litros. Largaba agua a borbotones. Me costó darlo vuelta, ponerlo vertical, cabeza abajo. Acostumbrado al trajín con semiahogados, hice todo lo que la vida de la costa me enseñó. Una vez más lo hice. El hombre jadeó. Por fin se inflaron los pulmones. El pecho subió y bajó. Entonces lo arrastré de los brazos hasta el almacén. Aunque creí no llegar con semejante peso lo fui tironeando hasta la puerta. Pensé en mi corazón, sus infartos, su pena.

Si él parara, me dije, iba a quedar la pena.

Eché todas las frazadas encima del catre, mi colcha de arpillera, trapos. Prendí el primus y se lo acerqué. No me quedaban fuerzas para el masaje. Sorpresivamente, sin abrir los ojos, me interrumpió.

—Caña... —pidió, rogó casi.

No había cesado el temblor cuando le dejé caer un chorro en la boca. Al rato volvió a abrirla. Le eché más caña y así estuve. Hasta que abrió los ojos.

—Perdí todo —dijo.

—No se haga problemas —lo consolé—. Respire... siga respirando.

—Es por el cobre.

La voz era aguardentosa, parecida a otras voces de naufragos, seca como su cara.

—Respire. No piense ahora. Dígame qué siente. No contestó. Su pecho levantaba y bajaba la arpillera.

—Caña —volvió a pedir.

Entonces cesó el temblor. Los ojos enrojecidos miraron un horizonte fatuo, inexistente.

—Gracias —dijo—. Me hubiera dejado.

—No acostumbro —reproché.

—Perdí todo —se lamentó otra vez.

—Ya le dije que acá puede arreglarse. Yo le presto. Me lo devuelve cuando pueda.

—¿Me entiende?

—Déjeme dormir unas horas.

—¿Algo de comer?

—Nada —dijo y pareció irse quedando.

Cuando lo tapé vi el tatuaje en el brazo. Un ancla ballenera, de las viejas. La cicatriz de anzuelo le cruzaba la cara. Le escuché el corazón: estaba a salvo, encerrado en un sueño. La sangre corría ahora.

Fui al mostrador, sumé, resté. Las chacras no mandaban verdura, el alcohol era escaso.

• • •

El Bonito golpeó a las doce. No traía nada. —No pasó el barco —dijo—. Estaba vacío el gallón.

—Raro —dije—. Aunque no tanto.

—¿Quién es?

—Se estaba ahogando —dije—. Lo traje frío. El mar lo tiró a la orilla.

—Entonces se hundió el barco —calculó el Bonito.

—Puede que sí.

—Y bué... —se consoló—. Hay que esperar. ¿Queda caña?

—Se la eché casi toda. Algún trago queda.

—Está tatuado —observó.

—Sí, un ancla.

—¿Qué dijo?

—Nada. —Es duro.

—Se nota.

—Puede haber otro —calculé.

—No, se ahogan todos. A esta hora...

—Vamos a la orilla. Digo... por las dudas.

—Vamos.

El frío nos varaba en la playa desierta. Los rancheríos, lejos, estaban apagados.

—Si hubo naufragio no quedó nada —pronosticó el Bonito—. El Polonio es así.

—Y si avisamos.

—Es al pedo. Hasta mañana.

El Bonito, torcido, sin dientes, con su ojo azul casi en el entrecejo, subió las dunas rumbo a la casilla: esa cueva mugrienta donde los niños jamás se acercaron.

Guiado por la luz del primus (la noche se agotó de estrellas) el viento me empujó al almacén con su voz de gigante.

El extraño roncaba cuando entré. Le volví a oír el corazón y me quedé tranquilo. Tuve que dormir vestido, entre los cajones, tapado por un sobretodo viejo.

El frío nocturno es más fuerte que el sol del mediodía. Así fue siempre en el Polonio.

Los ronquidos del otro no molestaban. Al contrario. Era menos la soledad. De todos

modos, fue imposible no soñar con ella.

• • •

No había amanecido cuando sentí crujir el catre. El hombre se estaba levantando.

Con el tórax desnudo salió a la intemperie. Miré alrededor: no se había llevado nada. En mi bolsillo estaba el dinero.

Lo seguí con sigilo.

Un alba sin lucero, violácea, quería trepar.

Lo vi desde la puerta entreabierta. Infló los pulmones muchas veces. Después caminó hacia la orilla. Allí quedó parado, con el lejano faro sobre un hombro.

No sé si miraba el amanecer, si pensaba, si avizoraba algo. No sé si quería zambullirse, remontar el lomo azul del océano. Seguía de espaldas, inmóvil. No había cedido el frío, el destello de siempre en las rocas.

—¡Vuelva! —le grité entre las manos.

No me oyó.

El galeón ya dejaba aflorar su antiquísima herrumbre. Y el resto sólo mar. No era hacia allá que miraba, no miraba el galeón. Creí o me imaginé que miraba hacia adentro. Algo que observé cuando dormía con su ronquido etéreo, horas antes, en el almacén.

—¡Vuelva! —insistí.

Giró hacia mí. No por el grito. Lo supe cuando volvía sin mirar, hablando solo.

Lo contuve porque seguía de largo, sonámbulo, hacia el infinito amarillo.

—Abriéguese —le dije.

—No siento nada —musitó—. Quiero volver al mar.

—¿Dónde naufragó?

—La tragó el remolino, la deshizo.

Lo metí en el almacén. Se sentó en el catre. Calenté agua y cebé el mate. Le ofrecí galletas. Bebió un resto de caña. Rechazó lo demás.

"Un delirante, pensé, lo enloqueció el alcohol." Buscaba concluir en algo simple. Por eso pensé así. Entonces me calmé, forcé una paz que me hormigueaba adentro.

• • •

El día transcurrió con el hombre sentado, sin palabras. Sólo alguna abstracción oída al azar: *cobre*, *fragata*. Opté por olvidarlo, por atender los clientes del día oyendo el reproche de siempre: "En este almacén no hay nada."

Al caer la tarde logré que algo comiera. Muy poco.

—La caña se acabó —mentí.

Los pescadores entraban a mirarlo. Vinieron muchos sin comprar nada. Ignoró a todos. El Bonito tampoco lo inmutó. Lo miró largo rato con su ojo único, acodado como siempre al tablón de madera. El hombre continuaba remoto y fornido. De vez en cuando volvía a la orilla. Al regresar parecía más entristecido, envuelto en bruma.

No me gustó la idea de convertir aquello en un zoológico: toda la gente del Cabo conocía

la nueva, la llegada del náufrago mudo. Así que golpeé las manos y me entendieron todos. Se fueron en caravana.

—¿Qué piensa hacer? —le pregunté cuando la noche estuvo entera.

—Volver —dijo—. Por ahora vivo.

—¿Adonde?

—Hace años de esto. Déjeme así, callado. Ese rayo de luz en la botella... ¡no, no la mueva!

—Perdón —dije y la dejé en su lugar.

Lo último que dijo (la orden de no moverla) me produjo temor. Fue la única vez.

El silencio duró media hora. Tal vez más. No sé si miraba o no la botella que había vaciado: el vidrio verdoso tocado por la luna. Sus ojos quedaron allí; de eso estuve seguro.

Mi memoria volvió a ella. Aquel, su último gesto. Para que no me viera lagrimear me senté detrás de los cajones. Lo hice por las dudas. Porque repito: no miraba nada.

Acurrucado allí, sentí empaparse la manga de mi camisa, el ruido amable del farol a mantilla.

• • •

Se acomodó unas bolsas y durmió en el suelo. Le ofrecí el catre pero no lo quiso. La botella quedó sobre el tablón, vacía.

Esa noche no roncó. Quizá mi cansancio no escuchó el estertor. Un sueño sin ella me volteó como un árbol. Así fue. De manera que el pasaje de la noche se me borró como a un muerto. No vi el amanecer ni oí quejarse el viento en los latones. Me desperté nuevo, asombrado de paz.

El hombre se había ido.

Lo busqué por la playa, caminé hacia el faro de la rompiente. No había más que lobos. Después fui a la casilla del Bonito.

—Nadó pal galión —me dijo—. Pero siguió de largo. Me parece que no estaba en la cosa...

—¿En qué?

—No es contrabando —aclaró.

—¿Siguió de largo?

—Sí.

—¿Pero dónde? ¿por qué?

—Imagine. No sé.

—Vaya a buscarlo. Vaya ahora...

—Lo seguí una milla. No pude. Nadaba más que yo.

—No creo. Nadie puede.

—Lo hubiera visto... Nada como los que no vuelven.

—¿Buscará un barco?

—Hoy no pasaron.

—Dijo que naufragó. Eso me dijo anoche —quise aclarar.

—Entonces no conoce el Cabo.

—¿Quién no lo conoce? —me enfurecí.

—Usté... sólo vuelven ahogados. Ese hombre no era.

—¿No era qué?

—Eso.

—¡La gran puta! —grité insultando el mar por no putearlo a él, harto de la confusión.

El Bonito me pasó el mate y cambió de tema. Una moneda roja había dejado el horizonte y sangraba en el este. Quise olvidar al naufrago y no pude. A la entrada de la casilla mateamos en silencio.

—Deje eso —me aconsejó de repente el Bonito—. Ahora ya está. De allá no vuelve nadie.

Al mediodía volví al almacén.

No había visto el papel en la botella, la misma que vació en una noche. Hablaba de lo mismo: *archipiélago, brújula, cobre, paraíso, mesopotamia, esqueletos, capitanes*. Una rara elegía.

• • •

Un año esperé que volviera. Lo esperé sabiendo que no regresaría. El Bonito lo había dicho. A mí me bastaban sus monosílabos. Porque el Bonito era el Polonio. Nada que allí sucediera rebasaba su instinto: ese ojo solitario era la alquimia del paisaje.

Fue en época de zafra que sucedió aquello. El grito desgarrante de los lobos venía en el aire anunciando matanza. Se acababa el verano y el nombre de los meses traía pobreza, un nuevo invierno que vaciará el almacén desolando el Cabo. Yo lo esperaba con el mate, siempre tratando en vano de matar un recuerdo, armando cigarros flacos con tabaco de la frontera.

El sol no había caído cuando vino el Bonito y me avisó. Raro que alguien llegara cuando entraba el otoño.

—Son forasteros —dijo— gente de circo. Vienen con carpa pero sin lions, en un cachilo viejo.

El humo lo divisé a lo lejos, creciendo entre las dunas. El auto subía y bajaba, se enterraba y salía rugiendo entre arena. No venía por el sendero de carros. Traían equivocado el rumbo con peligro de hundirse en la humedad que aflojaba las cuencas. Desde los ranchos ya los habían visto. La máquina tambaleaba y seguía.

Se detuvo casi en la rompiente.

Sin dejar el mate acomodé el banco y me senté a mirar con el Bonito. El viento no zumbó en los caracoles. Fue como si el cabo abriera el oído.

Allí, cerca de las amontonadas rocas, quedó parado el auto negro, cargado y humeando. Se bajaron los tres. Uno de ellos fue al mar. Llenó una damajuana. La derramó enseguida sobre el motor que dio un gran suspiro, rabioso y recalentado. El humo entonces cesó. Los otros bajaban bultos, maletas, piedras, relojes. La gente de los ranchos se acercó un poco más. Se oía el ronroneo de los pronósticos, las deducciones en voz baja, la ansiedad.

—Raro —dijo el Bonito—. Nunca vi de eso.

—No crea, a veces hay.

—¿Dónde vio?

—Allá lejos... me parece —mentí liando la chala.

—Lejos no existe —dijo.

—Digo... por allá —expliqué señalando el norte con una rama.

—Allá tampoco existe.

Con alboroto de aves iban bajando bultos que rodaban en la arena. Se empezaron a abrir las cajas de sorpresas. Al rato armaron la carpa que flameaba como bandera a media asta. Las rarezas empezaron a entrar al paraguas de lona.

—Magos. Eso han de ser —concluyó el Bonito.

Cuando pardeó el crepúsculo entraron los tres. Habían terminado el trabajo. Los curiosos se fueron moviendo las manos, practicando suertes de adivinanza.

La carpa quedó quieta con una luna encima.

—Raro —repitió el Bonito—. No existe eso.

—De acá se ve —dije.

—Sí, se ve.

Se fue de golpe. Sin despedirse.

• • •

A las nueve cerré el almacén. Estaba sorbiendo la lata de caldo antes de acostarme, prologando una melancolía, un insomnio más. La conversación venía subiendo. Miré por el agujero: no era discusión. Hablaban con alegría, sonido que no se oía en el Polonio.

Golpearon con insolencia. Tal vez no. Esperé que volvieran a golpear. Me decidí a abrir cuando pensé en diez años sigilosos, lejos de las ciudades, en la vida elegida, sin ruido humano. Por eso les abrí.

—Buenas noches —dijo el más bajo, de lentes—. Estamos tratando de hacer una fogata. Por más que le echamos kerosene no prende. Está de lo más testaruda. El viento hace un ruido patético y nos apaga todo. Queremos hacer un asado. Hace dos días que no comemos.

—Sin leña no se puede —dije.

—Tenemos una madera —explicó el barbudo—, pero me parece que está podrida. Era del siglo pasado. Era de la sociedad de...

—Esperen. ¡Déjenme hablar a mí! —ordenó el más alto—. Lo que precisamos es algo de comer.

—Entiendo. Ahora está claro —dije—. Tengo charque. Es del mediodía... si gustan.

—Tiene comida —les explicó a los otros. Hubo una exclamación. El almacén resonó con acústica.

—No es mucho —agregué—, pero para matar el hambre...

—Eso, eso queremos —dijo entusiasmado el miope.

—¡Qué maravillosa casa! —elogió el barbudo—. Debemos agradecerle su generosidad.

—Esto es un negocio, un almacén —explicó el alto.

—De lo más pintoresca —dijo el miope—. Nunca he visto una cosa igual. Es un palacio en el desierto.

—Sh... —cortó el alto—. Díganos cuánto es.

—Si no tienen comodidá —ofrecí— pueden servirse acá...

—¡Estupendo!

—¡Gran idea!

—Mejor así, si no es molestia.

—Molestia ninguna —dije.

Acomodé todo sobre el tablón. La única mesa del almacén era muy chica. Allí quedó enfriándose mi lata de caldo. Traje el charque, los platos, lavé ferruginosos cubiertos.

—¿Qué van a tomar?

—Agua, todos agua —dijo el alto.

—No hay. La cachimba está en los ranchos. Tengo vino, gaseosa... creo que nada más.

—Traiga todo lo que tenga —dijo el miope—. Nos pagaron millones por el sofá colonial. Con eso financiamos la expedición...

—El tesorero soy yo —reprobó el alto.

—Sí... quién sabe lo que nos cuesta el viaje a la Mesopotamia —murmuró el barbudo y se rascó la pera.

Destapé una botella de vino. Los tres comían parados junto a la tabla tajeada y sucia. Con la boca llena, no dejaban de hablar, de resaltar todo el tiempo las maravillas del lugar: el almacén que relampagueaba su pobreza a la luz del farol.

Como la última alegría había quedado lejos, yo también bebía vino. Me sentí excitado, con espontáneos ataques de hilaridad. Mi casa de latón era una Jauja.

Aprendí sus nombres al crecer la tertulia.

—Es curioso —dijo Nicanor—, todos los estudios que he leído dicen claramente que los indígenas jamás reían a carcajadas.

—Los aborígenes de nuestras tierras —aclaró Carlín.

—Sí, el charrúa, el arachán, el... Entonces dejé de reír.

—¡Qué extraño ejemplar! —comentaron musitando entre ellos—. ¿No será descendiente de Guyunua?

—No creo.

—¿Y de Caracé, el cacique?

—No, más bien de Tabaré. Observen bien. Tiene ojos verdes.

—Yo no veo nada.

—No improvisen. Ya veremos.

—Pregunta tú.

—No. Puede ofenderse.

—Pregunta con fineza —aconsejó por fin Nicanor.

Miré el techo, las estanterías, simulé agacharme. La pregunta era inevitable. Alejandro se preparó con reiterados movimientos de barba.

—Dígame... señor almacenero... ¿usted no tendrá, por casualidad, alguna gota de sangre indígena?

—Unas cuantas respondí.

—¿Desciende de algún indio célebre?

—Sí, de Tupac Amaru —inventé deleitado por la exclamación.

—Con esto ya hemos salvado la expedición —dijo Carlín—. Lástima la diarrea del fotógrafo. ¡Este hombre es todo un documento...!

—¡Qué error! —se recriminó Alejandro—. Falta una cámara.

—Lo dibujaremos.

—No es lo mismo.

—El fotógrafo prometió volver —dijo Nicanor.

—Yo les regalo una foto —dije.

—¡Magnífico! ¿De qué época?

—De cuando mi abuelo peleaba con Artigas.

—¿Pero cómo? —interrogó Alejandro—. Su antepasado era peruano.

—No importa —dije—. Aquí también hubo... algunos quedan.

—¡Qué imponente! —se admiró Carlín—. Lo que sabe de historia...

Mi fábula voló por los azorados ojos de los tres. Sólo en Nicanor titilaba la desconfianza, una especie de complicidad. Hablé del éxodo del pueblo oriental, de perros cimarrones, de lanzas y patriadas, de mi descuartizado tatarabuelo, de túmulos prehistóricos. Les mostré un mortero (real) que encontré una vez en la Laguna Negra.

—Este hombre es un genio —dijo Carlín—. Quién sabe si no nos guía...

Una reseña de historia universal me hizo detener la parodia. El que hablaba era Nicanor. Mi radical ignorancia en el tema me obligó a retirar los platos y cubiertos del tablón, asentir en todo, simular entender. Me sentí bastante mareado por el vino, la falta de costumbre, el gasto de imaginación, el vertiginoso diálogo. El nombre lo escuché de pronto. Al principio no pude asociarlo.

Ese nombre fue un acróbata en mi memoria. Y se voló.

Nos sentamos en la mesita donde estuvo la lata de caldo, oyendo el ruido triturador de los dientes en las manzanas. El sueño me nubló. Los dejé hablar y sentí fosforescer un recuerdo en la telaraña, allá en lo alto de la estantería. Era el recuerdo de siempre, muerto y resucitado, doloroso, fanático.

Cuando me decidí a cobrarles (a echarlos) oí la rara pregunta.

Los estafé levemente, por necesidad, sin que lo notaran. El que había preguntado era Nicanor, arrimando un billete, como si exigiera una respuesta por el pago de la raleada cena.

—¿Usted oyó hablar de Pepe Corvina?

—No, jamás —respondí.

Ese nombre bailó minutos antes, entre vino y recuerdo, aturdimiento y sueñera. Lo olvidé para evitar otro insomnio. Hurgar en la memoria siempre me trajo miedo, temor por algo que a cierta hora puede ser monstruoso: la memoria. Porque la memoria es distinta a un recuerdo. Nos puede hacer caminar días con una vela en la tiniebla.

Se fueron hundiéndose en la arena, llenando de gritos la soledad. Me quedé bostezando en la puerta. Eran un trío de patos por los médanos.

La breve luz se encendió en la carpa. Entré al almacén. Se oyó enseguida un violín. Ladraron todos los perros de la comarca.

Me reía tan claro como un manantial. Sentí la libertad en toda la boca, parado allí, solo.

Era bueno recobrar la risa.

• • •

El Cabo amaneció con bajante.

Un sol agotador brillaba, exagerando el fin de marzo. Se podían ver las rocas que jamás afloraban, chalanas podridas, vértebras, esqueletos de lobos. Un olor nauseabundo vagaba en el amanecer sin viento.

En la carpa todavía dormían. Por el vibrar del violín supe que habían trasnochado.

El Bonito vino a matear con el perro, un cuzco desconfiado, taimado como él. Mirábamos el cuerpo mutilado del galeón en un charco. No hacía ruido el océano. Los cangrejos buscaban humedad, se agrupaban como arañas en los lagunones que la huida del agua había dejado. El Bonito miraba la carpa, se cansó de mirarla. La cachua se estaba enterrando a su lado. Después miró el galeón; lo miramos a dúo.

—Tamos jodidos —dijo.

—La bajante... y tan de golpe.

—Larga va ser.

—Nada, ¿no vendrá nada?

—Sin calado no llegan. Pasan de largo.

—¿Y en la frontera?

—No hay caballo —respondió pensativo—. Ni frontera tampoco.

Un tufo a cangrejal llenó el silencio.

El perro fue a las orillas sucias. Volvió envuelto en resaca, con una lagartija entre los dientes.

—Hay que esperar —dije mirando el cielo.

—Difícil —pronosticó.

—¿Seca también?

—Sí. Lo dice el Bonito. Diga que yo dije.

—¡La mierda...! si andaremos de bien. Le pasé el mate y chupó mirando la carpa. El perro devoró la lagartija. Después se echó a dormir.

—¿Y?... ¿qué son?

—Arqueólogos —contesté.

El Bonito me miró. Nunca preguntaba lo que no entendía. Al rato se fue.

• • •

Al mediodía se oyó el escándalo en el galeón. El Bonito salió de la casilla. Yo del almacén. El barullo llegó a los rancheríos.

Los tres andaban trepados en la nave, con los pantalones remangados: Carlín llevaba una lupa, Nicanor una escopeta y Alejandro una vara. El Bonito corrió hacia allí, seguido por el perro. En el Polonio, nadie antes había entrado al galeón. Sólo el Bonito.

Me acerqué despacio, ya prevenido.

—¡Qué hacen ahí, carajo! —gritó el Bonito.

—¿Eh?

—¡Fuera de ahí! ¡Vayanse los tres a la puta...! hijos de una gran...

—¡Qué tipo tenebroso! —observó Carlín con la lupa.

—Es un espantajo —dijo Nicanor apuntándole.

—¿Es suyo el barco? —preguntó Alejandro.

— ¡Se me van de ahí...!

—Quieto porque le tiro —advirtió Nicanor.

El perro corrió a Carlín. Alejandro corrió tras el perro. Nicanor, con el caño en la cabeza del Bonito, lo había estaqueado.

—Insulta otra vez —lo retó.

—¡Quietos los dos! —grité—. ¿Qué pasa?

—Me entraron al galión —dijo el Bonito.

—Ellos pueden —le dije—. No es por contrabando.

—Pero don...

—Nada... llame al perro.

El cuzco ya mordía los fundillos de Carlín.

—Agárralo Alejandrooo... —iba gritando por la orilla.

En eso le chifló el Bonito. El perro quedó petrificado. Alejandro le masajéó el trasero a Carlín.

—Aquí no pasó nada... —dije.

El Bonito entró en su mutismo y aflojó los músculos. Le hicieron preguntas que no contestó. Se fue a la casilla. —¡Qué tipo tético! —volvió a observar Carlín con el fundillo del pantalón desgarrado.

—¿No será un espía? —sospechó Alejandro.

—Ya están escamados con nosotros —dijo Nicanor.

—Es un amigo —aclaré.

—Y ¿por qué un solo ojo?

—Con uno alcanza —dije—. Dos es demasiado. ¿No vienen a matear conmigo?

—No —dijo Carlín—. Estamos investigando esta maravilla. Hemos encontrado de todo. Vamos por buen camino. Ya tenemos varias claves de la investigación. Mire... mire esto.

Me mostraba utensilios desechos, piedras, almejas.

—Cierto —dije—. La bajante los favorece.

—Esto parece el mundo antes del diluvio —señaló Alejandro abriendo los brazos.

—En pocos días verán el diluvio —advertí.

—Ya lo sé. No en vano soy profeta.

—Disculpe. No sabía.

—Ya está enterado.

—Sigamos buscando —ordenó Nicanor—. El naufragio fue por aquí... estoy seguro.

—Este galeón tiene dos siglos —dije.

—Buscamos otra cosa —dijo Nicanor—. Anoche se lo pregunté.

La confusión volvió a turbarme. Aunque una coincidencia me iluminó de pronto. No dije nada. Me callé por temor. Ningún hombre escapó alguna vez a los bordes de la locura. Eso me lo habían dicho. Mi viejo soliloquio en el almacén del Cabo, elegido adrede, era cosa de cuidado. Por eso no conté lo del naufrago.

No dejaban de recorrer el desierto donde estuvo el mar. Se agachaban cada tanto, se llamaban, discutían, peleaban. Iban llenando un cajón mientras la tarde juntaba pesadumbre. En eso estuvieron hasta que el sol los agotó.

El Bonito no salió de la casilla. Estaba ofendido.

Con lo que pude llené una olla. Al atardecer encendí el fuego. Cuando el pescado estuvo pronto fui a buscarlos, caminé hasta la cachimba, traje agua.

Los encontré abriendo una lata.

—La comida está pronta —dije.

—Caramba... No se nos había ocurrido. Esto de comer terminará algún día... —profetizó Alejandro.

—Se enfría. Vamos.

• • •

De noche se oyó el violín en el galeón. Se veía la sombra de los tres bajo la luna roja. Iban y venían.

Un jinete desmontó en el almacén. Se echó tres cañas encima y siguió hacia el norte, al tranquilo. Siempre venía a esa hora el emponchado.

El bullicio llegó del camino de carros, a eso de las ocho. Eran ellas.

El carretón de las quitanderas llegaba cada tanto. Venían a saciar pescadores, a llevarse el dinero que escaseaba en el Cabo. Eran cinco. La más vieja picaneaba los bueyes. Gorda, sentada en el pescante, dejaba caer hasta las piernas una trenza rojiza. Era la que más gritaba. Daba chillidos de cotorra. Tenía una cara agria y reseca donde habitaba, sin duda, un ave de rapiña. Las otras eran jóvenes, traídas de caseríos y estancias, de pueblos muertos, de quilombos vacíos.

La carreta paró junto el médano alto. La vieja dejó de chillar. Al bajar gritó unos vivas al gobierno. Las demás quedaron adentro, tal vez desnudas.

El primero en acercarse fue el Bonito. Por eso no salieron las demás. Desapareció con la vieja, detrás del médano.

El muletero y el enano entraron a la carreta. Entre los secos pastizales se fue arrastrando el hijo de la cachimbera. Quedó boca abajo, mirando. En los ranchos le decían "pecho verde".

• • •

Los vi muy lejos. El mar empezaba en el horizonte. Volvían de espaldas a la luna, cada cual con su bolsa echada al hombro, gesticulando con el brazo libre. Tardaron en llegar a la carpa. Entraron las bolsas y prendieron la vela. Yo estaba sentado en la puerta, con el corazón apretado, esperando que pronto volviera el mar, la lluvia. Desde allí, ayudado por el bruñir lunático, dominaba el paisaje del Cabo. Me dolía el corazón; un presentimiento invernal y pobre me aguijoneaba el pecho.

El Bonito salió de atrás del médano, levantándose los pantalones. La gorda chilló otra vez, como pidiendo comida, llamando enfurecida a una escasa clientela. No volvió a subir nadie al carretón.

Las muchachas apedrearon al pecho verde, desnudas, haciéndolo correr hasta la cachimba. Lo habían descubierto entre los pastos, espionando con la boca abierta.

Los tres salieron de la carpa. El último sopló la vela. Venían trepando hacia mí. Pensé en estafarlos otra vez, en venderles un apócrifo mapa del paraíso y sacarles todo el dinero. Se me ocurrieron todas las maldades. Menos contarles aquello. Sentía miedo de hacerlo y sabía por qué. El ahogado no iba a volver. Pero no existe (o no tengo) cómo explicar esto. El que contara no quedaría impune.

Eso creía.

Los tuve enfrente. El enemigo que hubo en mí se esfumó entonces. El primero en preguntar fue Carlín.

— ¡Ese chillido es tétrico! —dijo—. ¡Totalmente ultraterreno!
—Nos ha helado la sangre —afirmó Alejandro.
—¿Quién es? —preguntó Nicanor.
—La dueña del prostíbulo ambulante —dije.
—¡En este lugar pasan cosas tremendas! —exaltó nuevamente Carlín.
—¿Qué cosas? —pregunté.
—Por ejemplo: anoche entró un puma a la carpa y estos belilunes dijeron que era una oveja —contó acusándolos, lleno de desprecio.
—Una simple oveja —dijo Alejandro.
—Tal vez un perro —dudó Nicanor.
—¡Están ciegos! —acusó Carlín—. Lo que entró a la carpa fue un puma.
—Puede ser —dije.
—Ahí tienen... —se alegró—. Este hombre no lo niega.
La vieja nos vio desde la carreta. Chilló otra vez. Y otra. Carlín saltó como un resorte.
—¿Qué fue eso?
—Lo mismo —dije—. Es la vieja.
—Vamos a verla —propuso.
—No. Tú ya pecaste —recriminó Alejandro.
—Vamos, vamos los dos —alentó Carlín—. Ese grito no es humano.
—Vamos... Yo llevo ya meses sin... Digo... vamos —aceptó Nicanor.
—Eres un pagano —censuró Alejandro.
—Anda a tocar el violín —replicó Nicanor.

Alejandro sacudió la barba. Caminaba hacia la carpa, flojo de pena. Parecía un croquis. Sus calzoncillos eran trapos. Miraba el cielo santiguándose. Se metió en la carpa. Una melodía litúrgica pronto planeó en los médanos.

La vieja puso la tabla y abrió el cuero de vaca. Carlín y Nicanor entraron. Se oyeron carcajadas, como de cosquillas. El puterío me alteró. No pude más y fui al carretón.

• • •

—A este viejo no se le para —denunció una muchacha entre el nidal, con Carlín encima.
—Está nervioso —argumentó Nicanor, vistiéndose.
—Me parece que quiere con la vieja y no conmigo. Todo el tiempo habla de ella.
—Está impresionado.
—Bueno... déjame quieta. Móntate a la bruja si querés.
—Esos gritos no me dejan tranquilo —se excusó—. Me parecen macabros...
Carlín se incorporó y pidió los lentes. Se los alcanzó Nicanor.
—Vamos, Carlín.
—Vamos.
—Pero que pague igual —dijo la muchacha.
—Tenga —alcanzó Nicanor.
—Está bien.

Las otras dormitaban amontonadas: un mural de senos y de muslos visto en una revista que se pudrió de vieja, en el almacén. Nicanor y yo concluimos. Las palpitaciones me lo advirtieron. No debía hacerlo. Un día podría quedar duro sobre una mujer, como mi padre.

—¿Y Alejandro? —pregunté sádico—. Podríamos llevarle una...

—No, ni hablar —dijo Nicanor.

—Es bueno. Quitá la neurosis.

—Tal vez.

—Sí, la quita.

Carlín se detuvo frente a la vieja. La miraba como a una pieza de museo, quitándose y poniéndose los lentes, ayudándose con la lupa.

—O se va o agarro la escoba. ¡Qué se ha creído hijo'una gran...! ¿Tengo monos en la cara?

—No, no veo bien.

—¡Vaya al diablo, macaco!

Se fue con nosotros, absorto, saltando cada vez que volvía el chillido.

—Sí, mejor le llevamos una —insistí tentado por la idea.

—¿Para? —me preguntó desconfiando Nicanor.

—Hay que sacarle esa manía.

—Es un religioso.

—Pero el Papa autoriza... a veces autoriza —dije.

—Es bueno que lo sepa Alejandro —dijo Carlín.

—Bueno... voy a buscarle una —se convenció Nicanor o simuló hacerlo—. Hay que metérsela en la carpa a la fuerza.

El violín seguía levantando un salmo atroz, enardecido. Esperé en la oscuridad, preparado para el nuevo espectáculo. Consolé a Carlín por los chillidos. A mitad de camino, esperamos a Nicanor, a la mujer.

Vino con la más joven, espigada y cobriza. La que siempre estaba ocupada.

—Háblele de música —aconsejó Nicanor.

—No sé nada de eso.

—Dígale que le gusta. Pídale que toque el violín. Le pagaremos el doble.

—Bueno —aceptó—. Ustedes se quedan afuera.

En el agujero sin remiendo coloqué el ojo avizor: vi montones de objetos entre los colchones. Pensar en cada uno de ellos, en tanto cachivache, trajo la sensación que las ciudades producían en mí: surmenage. Así que me concentré en lo otro.

—¿Y esta pocilga? —preguntó ella enseguida.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo servirla?

—Me dijeron que usted toca el piano... o la guitarra.

—No, no... toco el violín. Un Estradivarius auténtico. Lo encontré en un desván.

—Bueno. Toque algo mientras yo me desnudo. ¿Quiere que le baile?

—¿Una danza? —preguntó Alejandro.

—Cualquier cosa.

Alejandro inició un aire gitano y la muchacha el strip-tease.

El violín, cada vez más desafinado, sonaba entonces como un maullido. Ella se tapó los oídos.

—Deja, deja eso. ¡No me aturdas!

—Caramba. . . estoy sin pulso. No sé de qué se trata.

—Pará que te doy unos besitos y se te pasa. Uno solo... vamos.

—Señorita... me extraña esta visita. Yo no esperaba esta situación...

—Calladito... calladito.

La muchacha, ya desnuda, se le sentó en las faldas. Le acarició la barba.

—Me siento Rasputín... me siento un pecador de esta manera. Es mejor que se siente allí... allí.

Carlín seguía obsesionado en la carreta, ajeno a todo. Nicanor estaría disfrutando desde otro agujero. Me lo supuse aunque no lo vi. Aspiré el vapor de la noche y volví a mirar. Desde la secreta ranura conocí el desenlace de aquello. El teatro era mío. Me sentí culpable y feliz.

—A ver... a ver... los huevitos.

—¡Horror...! ¿qué hace?

—Quiero ver cómo son.

—¡Cierre eso!

—Los toco un poquitito... así... así... Alejandro tomó el arco del violín y le golpeó la cabeza.

—¡La puta que te parió! ¡Brujo de mierda!

Le dio en el trasero y en los senos, como si fuera un látigo. La muchacha abrió la carpa y corrió desnuda por la arena.

—¡Fuera de aquí, diablillo inmundo! —gritó Alejandro con la bragueta abierta y el arco del violín en alto.

—¡Brujo...! ¡maricón. . .! ¡alcahuetel! —iba gritando ella, rumbo al carretón.

La vieja corrió a Carlín con la escoba. Se le había acercado otra vez. Nicanor tiró un chumbazo al aire. No lo pudo agarrar. El chumbo detuvo a la urraca.

Me fui en zigzag entre las dunas. Nadie me vio. La risa la descargué en el almacén.

Estuve horas riendo. Eso me fatigó y dormí.

• • •

Al alba se fueron las quitanderas.

El carretón bamboleante se apagó en el desierto amarillo. Cuando mis ojos no alcanzaron más entré a calentar agua. Me alegró el olor a tormenta. No sabía cuándo rompería. Porque el Bonito no volvió al almacén. Él sí sabía de tiempo.

Ellos habían pasado la noche en el galeón. Cada tanto encontraban algo, otro rastro inequívoco de la ruta sublime. En la carpa no había nada. Por eso llevaron al galeón los colchones. Ahora buscaban la fragata. Iban a reflotarla. Pero en el fango extendido, recalentado por el sol, no aparecía la nave sagrada.

Entraban y salían del ferrugiento escondrijo. Allí siempre se ocultó el contrabando que dejaban los barcos. Era el sustento mío, de todo el Polonio.

Una intempestiva creciente podía barrerlos. Esa era la esperanza del Bonito. Se la adivinaba de lejos, mirándole sentado en la boca de la casilla, con el cuzco dormido entre las alpargatas.

En su ojo solitario brillaba el odio.

A través de una sola ventana fue difícil siempre saber qué pasaba: ese ojo jamás cambiaba de expresión. La clave era el brillo. Lo aprendí la primera vez que lo vi enojado, a punto de partir una botella en la cabeza de un paisano. Y ahora otra vez, aunque lejos, había regresado ese chispear siniestro.

No volvió al almacén. No volvió porque fui cómplice de los intrusos. Si alguna vez se iban, él ya no trabajaría para mí. Dejaría de nadar en las noches heladas remolcando cajones en el flotador. Eso lo suponía. No iba a tener a quién vendérselos. Para vivir tendría que dejar el Polonio. A él nadie le compraba nada. Debería borrar la idea de que más allá no había nada, absolutamente nada. Eso que se emperró en creer estaría tambaleante en su cerebro, lleno de nudos, protegido por un trecho de sombra bajo el sol rajante.

Yo, de reojo, a cincuenta metros, lo escuchaba pensar. Veía el ojo: una mira telescópica apuntando el galeón invadido. Ese barco era su vida entera.

Las oraciones de Alejandro celebraban hallazgos; pedían otros. Se oían desde el almacén y el rancharío. Leía en voz alta pasajes de la Biblia gozando de aclamaciones ruidosas. Así todo el día. Habían empezado a cansarme. Me torturaba un poco el sonsonete místico.

El Bonito tenía razón: mientras ellos estuvieran peligraba la vida del Cabo. Se acabaría nuestro negocio. A mí me aguardaba un almacén vacío. Y a él el fin de una creencia tozuda. Tendría que emigrar, pensar que el mundo seguía después del desierto de arena. Ya no metería en la estopa de su colchón inmundo los billetes enrollados a esperar, a envejecer devaluándose entre la mugre. Cualquiera de los dos, sin el galeón, no éramos nada. Y la poca gente de los ranchos, desabastecida, iniciaría un éxodo buscando la gramilla ganadera, los pueblos.

• • •

En ella me extasié días enteros. La amaba más cuando caía la tarde y alguna luz brillaba en el océano. Fue por ella que traicioné al Bonito, que me invadieron el galeón y dejé escandalizar el Polonio. Por no estar solo lo hice. Fue por eso.

En el cementerio de naves que mostró la bajante no estaba la fragata. La invención, la ansiedad, la chatarra harían el resto. No capitularían jamás. Algún día lo harían. Ellos iban a zarpar apenas quisieran, cuando despuntara el antojo. Navegarían en cualquier cosa, se gastarían todo el dinero y al final los chuparía una ola.

La tormenta llegó en eso.

Se enloqueció el horizonte un día bochornoso, ya crepuscular. Como alambres torcidos se venían los rayos. Creció un ruido de añoradas aguas. La furia invadió un camposanto de tiburones muertos. Llovía torrencialmente. La espuma volvió a estremecerse en las piedras. En la rompiente gritaron lobos pintando de azul el faro viejo. Fue lo último que oí. Porque enseguida trabé los postes en las chapas para aguantar el viento.

Entre las bolsas, como un gorrión temblando, me encontró el vendaval.

En el almacén pensaba en ellos. A veces espiaba el galeón confuso por las cortinas de agua. Pensaba en la alegría del Bonito y la desgracia de los tres, presos en la tormenta. La carpa había caído y el Ford T se empezaba a enterrar.

Un día entero llovió en el Cabo. No podía dejarlos allí, inválidos. Sólo el Bonito podía nadar con una olla, con un trozo de comida escondido, con cualquier cosa. Y eso no lo haría. Era el dueño de las tres vidas. La lluvia arreciaba más. Las olas remontaban el barco. Yo tenía que hacer algo. Lo intenté gritando desde la costa, empapado, luchando contra la voz del océano.

El Bonito me estaría mirando. Desde algún agujero de la casilla me miraba, riendo con el diente amarillo.

• • •

Nunca podré saberlo. Pero sospecho que él hizo la denuncia y avisó a la prefectura. Tiene que haber caminado horas bajo el agua para llegar hasta el fortín de la Marina, en la Punta del Diablo. Porque jamás montó un caballo. Lo habrá hecho hundiéndose en los charcos movedizos, furioso, hecho una sopa, deseando llegar. De otra manera no pudo acercarse el remolcador.

El hambre sería atroz cuando se los llevaron.

Lo vi todo difuso, al segundo día, cuando decidí arriesgarme y me enrollé un salvavidas.

Antes que yo llegó el remolcador.

Se los llevaron con violencia, a los tirones. Los apuntó una verja de fusiles. Se resistieron como fieras, con esa fuerza que sólo tiene la locura. Entonces hubo que proceder. No quise mirar el trasbordo. Se los llevaron como fardos. Así los tiraron en el remolcador.

Se fue enseguida, a toda máquina.

• • •

El Bonito no volvió al almacén. Esperó que yo me rindiera. No quise. En el tironeo pudo más el rencor (aquella sospecha) y le gané la cuereada. Opté por un brasileño que llegó del Chuy. Fue como un milagro, como un castigo. Porque llegó después de la tormenta, se apoyó al mostrador y me ofertó al oído. Nunca lo había visto. Pero le creí. Llegó desde entonces en carro, una vez por semana, con lo que precisaba yo, el Cabo.

El Bonito había perdido. Y disfruté de verlo enflaquecer lleno de odio, siempre sin hablar, a la par del perro.

Temí que me matara dormido. Ese temor me hizo trancar la puerta, poner debajo de la almohada el cuchillo. El tiempo no borró nada: ese ojo me señalaba como un dedo la culpa que pude tener, que decidí como venganza.

Un día tuvo que irse.

Se echó una bolsa al hombro y remontó los médanos. El perro lo seguía.

—¡Más allá no hay nada! —le gritaron desde los ranchos.

Fue su última mirada. La que no olvido: un instante que giró, miró atravesándolo todo, murmurando una maldición. Pero no gritó nada. Se fue callado, rumbo al norte.

No lo vi más.

• • •

El invierno entró en el Polonio. Las heladas lo llenaron de escarcha y de pobreza, se vació el almacén, emigraron aves y familias. Cuando el camino daba paso llegaba el brasileño. Entonces vivíamos, podíamos aguantar un tiempo más.

Los carros venían con la leña. La vendían en el camino, rodeados por el pobrerío. Era un remate infame. Quien no comprara moría. Eso había pasado muchas veces.

Mi corazón —un reloj ferrugiento— todavía aguantaba. La esperanza era que un día se detuviera lento, sin aviso, y el olvido llegara de una vez. Mientras latiera no se iría ella. A veces temí que ella quedara y se fuera él.

Fueron así mis desvaríos.

Las nuevas arenas taparon el esqueleto del auto. Cada vez que lo miraba oía el violín, los gritos, las memorables noches. Decidí sepultarlo del todo, sumergirlo en un médano para no recordar.

Sólo ella rondó la sombra del almacén. Ningún otro fantasma pobló la soledad desde entonces.

• • •

El primer temporal de invierno trajo un cadáver. Cada tanto traía uno el océano. Lo enterramos en la arena, cerca de la rompiente, en un hoyo profundo para que no emergiera. Ya descompuesto, conservaba aún la marca de un tatuaje, allí, donde no habían mordido aún los tiburones. Preferí no mirar el esperpento aquel, ese espectro entrevisto durante algún insomnio.

El hoyo se lo tragó entero.

Entonces decidí borrar el paraíso, el nombre de un pescador que acaso pernoctó en el almacén, esa carta confusa que guardó una botella.

La estrellé en las olas y se fue mar afuera. La botella, el papel que nadie leía. Me sentí tranquilo. Había terminado con todo. Nada de recuerdos. Nunca más eso.

Con los días, hastiado del olvido, ella volvió o la traje.

Sólo ella.

• • •

CUENTA EL POETA

La mala nueva me encontró en el atalaya. Estaba apuntando al mar con el fusil por si llegaban los ingleses. Había dejado de escribir hacía unas horas. La defensa de la patria me sacaba a veces de los versos.

Chiflito llegó con los diarios de la mañana y subió a la torre para que le pagara. A fin de mes siempre subía. El resto de los días me enviaba el diario por el aire, hecho un nudo. Era un hombre de puntería infalible: siempre embocaba en la ventana.

—Aquí le traigo las mentiras —me dijo—. Estos sí que son versos...

Le pagué y se fue silbando el tango de siempre, con la gorra torcida.

Me llamó la atención el título: DEMENTES EN UN GALEÓN RESCATA LA MARINA. Después me fui enterando.

En eso había terminado la famosa expedición, el alta que firmó un irresponsable médico de tercera. Eso habían hecho con mis hijos.

Me puse el traje negro, el cuello duro, pedí un remise y fui personalmente a la Armada. Me dijeron que estaban en el Vilardebó, enchalecados, en el pabellón de primeros auxilios. Allí me negaron la entrevista. Entonces llamé al Ministro de Salud Pública. Dije quién era y me atendió enseguida. Le expliqué con detalles el caso y tampoco accedió.

—Debemos esperar —dijo—. Los tres siguen con chalecos de fuerza. Tal vez más adelante...

Le corté en el acto. No pude permitir semejante irreverencia. Y nada menos que conmigo: hijo de un prócer, nieto de un prócer, tataranieta de otro prócer. Yo, bardo galardonado por infinitas academias, historiador, patricio, basureado por un ministrucho de anónimo apellido, por un verdadero "guiso". No, yo no pude permitir eso. Entonces llamé al presidente de la república y le dije que lo destituyera inmediatamente. El imbécil tampoco me hizo caso. Y eso que le recalqué mis apellidos. Me pidió por favor que no le descompusiera el gabinete. Entonces le corté también.

No me acuerdo cómo se llamaba ese presidente. Estoy seguro que no olvidó lo que le dije. Pero su nombre, sin ancestro alguno, se me ha borrado.

El asunto lo elevé al senado de la república. Mi planteo fue: *visita periódica a mis hijos y juicio político al presidente*. Los imbéciles no se reunían nunca, jamás trataban mi caso. Entonces fui a la Suprema Corte de Justicia y un ordinario de bigotes me dijo que el asunto no era de su competencia, que iba a tener que disculparlo. Le dije que no lo disculpaba nada y que llamara al presidente de la Corte. Al parecer era él mismo. Porque se sintió ofendidísimo y llamó a un portero que me quiso sacar a la fuerza. Casi le rompo en la cabeza mi bastón de plata con perrito. Desde entonces supe que el chusmaje estaba en el poder. No insistí para nada. Me convencí que Inglaterra debía invadir, que yo estaba equivocado. Y dejé el fusil para dedicarme exclusivamente a los poemas.

• • •

Las *buenas noches* se abrían en los crepúsculos, y los ligustros perfumaban el jardín. De cada uno surgía un poema nuevo. Madreselvas, jazmines y nísperos me miraban vagar mientras esfumado en un nuevo sueño algo anotaba en una flor de papel. Me dediqué a chupar madreselvas, a observar durante horas entreabiertas bocas de sapo, margaritas, geranios y malvones, conmovido por los filodendros y los claveles del aire. En mi jardín de sombra crecían los Leandro Gómez, esparciéndose como alfombras. Me extasié en las finas enramadas y subí con la hiedra trepadora de tapias. Trepé también a los ombúes a mirar lágrimas rosadas, me entristecí de cipreses, cedros, pinos. Tumbado entré los tréboles jamás encontré uno de cuatro hojas.

En la torre se abrían como abanicos los nuevos poemas con mi dibujada caligrafía. En mitad de uno de ellos llegó la interrupción. Mi fusil, guardado en el estuche de pana, permaneció en silencio. Creí que eran los ingleses.

—Papá.

—¿Quién es?

—Nosotros.

—¿Qué han hecho?

—La fuga fue perfecta, una obra maestra de Nicanor.

—¿Cómo...? ¿en qué vinieron?

—En bote.

—No puede ser...

—Sí. Agarramos por el arroyo Miguelete. Anoche no hubo luna: Desembocamos en la playa Capurro y seguimos.

—Bueno. Me parece perfecto. Es una buena venganza contra el populacho gobernante. Si el presidente se negó a destituir a ese payaso sin alcurnia me parece lo mejor que pudieron hacer. Ahora el arbitro soy yo. ¡De aquí no los saca nadie!

—¡Muy bien! —celebró el trío en harapos.

—Pero pensándolo bien... digo... hablando de todo un poco. ¿Qué hacían metidos en un galeón?

—Estábamos buscando el mapa del paraíso terrenal.

—¡A la miércoles...!

—A punto de encontrarlo estábamos —agregó Carlín—. Y en eso llegaron los piratas.

—Era la marina —aclaró Nicanor.

—No... eran piratas psiquiátricos.

—Según mi profecía eso eran —apoyó Alejandro.

—Está bien —reconoció Nicanor.

—Esas vestimentas me parecen indecorosas —observé—. ¿Cuánto hace que no se cambian? Inmediatamente se van a sus cuartos a vestirse como lo que son y no como zaparrastrosos. Además, quiero decirles que deben dejar ese húmedo y podrido aljibe. El abolengo no tolera situaciones semejantes.

—Pero es nuestro estudio.

—Lo ponen en otro lado.

—Nos descubrirán —dijo Nicanor—. Tenemos riquezas arqueológicas, testimonios secretos, datos de Pepe Corvina. . .

—¡Qué corvinas ni ocho cuartos! Saquen todas esas porquerías de allí... A propósito, voy a leerles mis últimos poemas del jardín sombrío, a punto de publicarse.

—Bueno, uno sólo —advirtió Nicanor.

—Necesito un juicio. Oigan... oigan esto. A ver... tengo tantos papeles que no... aquí, aquí está. Pongan atención porque asombraré a los saltimbanquis de la poesía de vanguardia. Oigan... oigan esto.

Cuando la leve aurora se sonroja
entre las tapias del jardín sombrío
te adivino en el aire vacilante
trepar con un ascético sigilo...

Musgo: señor del agua y las paredes
de los estanques y las piedras grises
rubor de mi jardín, tallo rizado
terciopelo cantor, palabra triste...

te llevaré prendido en mis cabellos
en mi galera de patricio humilde
te llevaré, no temas, en los ojos

que de tanto mirar han de seguirte
hasta la eternidad, en la corteza
del cofre verde donde finalice...

—¿Qué les parece?

—Es un soneto —dijo Nicanor.

—¡Claro que es un soneto! El que siempre soñó escribir Darío...

—¿Te parece?

—Me parece patético —dijo Carlín.

—Tiene su profecía... —observó Alejandro.

—A propósito de profecía aquí les voy a leer otro que me parece mucho más redondo.

—No ahora no. Déjanos dar un baño. Después seguís leyendo —dijo Nicanor.

—No se vayan... es un minuto... por favor... aquí está. Los imbéciles se fueron. Indignos de pertenecer a una familia ilustre parecían desdeñar la alta poesía. Y seguí corrigiendo maravillas extraídas de las flores ignotas, apuntes sobre la soledad enarbolada.

Me alegré mucho de la fuga. La verdad es que me sentí vengado. Al fin de cuentas, lo del galeón no me pareció más que un detalle poético, seguramente hereda do de mí. Con mi voz de jefe de familia, les grité desde el atalaya.

—¡No vuelvan a ese aljibe inmundo!

Los renegados no me hicieron caso.

• • •

Benigna había preparado el almuerzo y yo estaba solo en la mesa patriarcal que se había

ido despoblado. Me velaban las nobles cabezas de mis antepasados. La familia se había ido casi toda. La mayoría por fallecimiento. Pero yo mantenía el diálogo con todos ellos. Adriana me miraba desde su daguerrotipo y papá fruncía el ceño en su retrato al óleo. Les dije que no se preocuparan. Aunque la madre insistía siempre en el cuidado de los muchachos. Esa vez nada me dijo Adriana. Tenía cara de conforme.

Como demoraban tanto fui a tocar un poco el órgano. En eso llegó Benigna con la comida humeante. Abrí la ventana y los llamé a gritos. Entonces vi subir y bajar el balde del aljibe. Allí habían atado un caballo.

—¡Quiten a ese equino de la quinta! —ordené.

Al parecer no me oyeron porque al minuto entraron con él al comedor. A Benigna se le cayó la fuente. Lo ataron a una armadura antigua: era una escena del Quijote. Benigna recogió las papas de la alfombra y volvieron a la fuente llenas de pelusa. Rezamos un Padre Nuestro y nos sentamos. La verdad es que ninguno de los tres se había bañado todavía. Por el ruidaje que hacían al comer supe que tenían hambre de semanas.

El caballo se llevó una albóndiga de mi plato. No protesté por no alterar la armonía. El viejo reloj de péndulo y la urgente tarea de los dientes fue lo único que se oyó.

El ridículo equino comía de todos los platos. De repente entró por la puerta de la cocina. Se oyó un grito de Benigna. Nadie se inmutó.

—Es un gran amigo —dijo Nicanor—. Lo encontramos al desembarcar. Nos trajo en pelo a los tres.

—Sí, muy bien, pero el jardín... con el cuidado que yo tengo de las flores...

—No come flores. Se acostumbrará perfectamente a comer con nosotros.

—Mucho peor —dije—. ¿Qué dirán los invitados? El caballo volvió. Se detuvo en la cabecera y paró las orejas, justo frente a mí.

—Tranquilo Pericles... ¿cómo estás, viejo? Nicanor le rascó la trompa. La bestia resopló.

—Quiere salir —dijo Alejandro—. No, déjalo. —Te digo que quiere salir.

Le abrí la puerta y salió a la quinta. Fue a beber en el estanque. Yo respiré hondo. Después se perdió entre los rosales.

Benigna volvió. —¿Algo más señor?

—Sí, todo lo que tenga —dijo Nicanor.

La sobremesa fue muy larga. Me contaron con detalles toda la expedición, la historia del pescador y el paraíso. Me resultó de lo más original. Tanto que prometí ayudarlos. Les conté que en la fragata hundida junto a la farola habían encontrado a Nuestra Señora de Loreto, una virgen de madera que está en el santuario de la Catedral de Montevideo.

—Es una buena coincidencia —dijo Alejandro—. Estaba dentro de mis profecías.

—Pero lo ignorabas...

—No lo recordaba, simplemente. Tengo un tumulto en mi cerebro. A cualquiera se la doy... ser profeta.

—Debe ser tenebroso —dijo Carlín.

—No tanto.

Nos levantamos. Al minuto se oyó el tronar de las diarreas en toda la casa.

Alguna improvisación de Benigna, pensé.

Lo del paraíso me dejó divagando. Debo confesar que fue un impacto. Nunca creí que mis hijos fueran tan serios en sus investigaciones. Al principio me había parecido un disparate como tantos. Pero me contaron una historia llena de embrujo, sin desperdicio alguno. No creí

que fueran héroes perseguidos por la psiquiatría. Concluí en que la psiquiatría no entendía nada.

En la torre escribí algunos poemas sobre la historia. Pepe Corvina me pareció un nombre un poco vulgar, falta de exquisitez, un tanto populachero. Por eso no lo utilicé en ningún verso. Aunque era un sobrenombre supuse que el nombre sería peor. Así que no me preocupé en preguntarles.

A los muchachos nunca se les ocurrió rozarse con gente de abolengo. Eso siempre me molestó. Los visitantes que traían a la quinta eran casi siempre chusmas del barrio, gente de baja estofa. Pero el mapa tenía que estar por algún lado, no pudo haberse perdido de esa manera. No me pareció mal que le buscaran la pista, que le siguieran el rastro hasta la eternidad. Esa era la verdadera misión de los exploradores y de los científicos.

• • •

Estuve pensando horas cómo ayudarlos. De repente se me ocurrió aquello. El aviso tenía que salir a dos columnas, en todos los diarios: SE BUSCA MAPA DEL PARAÍSO TERRENAL PERDIDO EN EL OCÉANO Y SE GRATIFICARÁ CUALQUIER DATO SOBRE PEPE CORVINA. Así, en letras mayúsculas, con el mayor destaque posible, lo envié a la redacción de todos los órganos de la prensa escrita con cargo al Museo Oceanográfico.

Los muchachos salían y entraban con el caballo, subían y bajaban en el balde. El aviso les causó una sorpresa tremenda. Les quise dar una alegría. Festearon alborozados mi interés por lo que ellos jamás consideraron una causa perdida. Porque en la profundidad de su habitáculo seguían amontonando pruebas y discutiendo rumbos.

Al principio no vino nadie por el aviso. Sólo algunas telefoneadas de bromistas, en su mayoría analfabetos o desocupados. Hubo una protesta del Museo Oceanográfico. Los tarambanas argumentaban que se habían quedado sin rubro para ese tipo de publicación, que disculpara pero que tenía que pagar yo. No pagué un pito. Como asunto de interés nacional e histórico se lo cargué al Ministerio de Cultura. El titular de esa cartera era un guiso. Lo deduje por la forma de reaccionar. Me amenazó con una sanción o algo así. Yo no sabía lo que era una sanción por lo cual deduje que ese bolichero creyó poder encarcelarme. El patán me gritó por teléfono y lo mandé a la raíz de la puta madre que lo parió, lisa y llanamente. De mí jamás había salido semejante insulto. Sólo un insolente sin prosapia pudo haberme sacado de las casillas de esa manera. Me dejó indignado, con taquicardia galopante. Entonces mandé a Alejandro para hablar con Pivel Devoto, nuestro primer historiador.

Alejandro lo encontró furioso contra el ruido de los trolleys buses y los cantores de la Patria Grande. "Que vayan a cantar a La Boca —le dijo—, ninguno entiende nada de lo que dice. No saben ni que el apogeo de Artigas fue en 1815. Yo, cada vez que oigo un cantor de esos me voy cantando la marcha Garibaldi." Alejandro me dijo que caminaba sin cesar alrededor de una mesa, indignado contra los ruidos, cosa que me pareció de lo más atinada. En algún momento, algo enrojecido, llegó a imitar el ruido de los trolleys. Dijo que una de las mayores glorias era el silencio, sustancia invalorable y violada por la piqueta fatal del progreso. Se interesó mucho por la búsqueda del paraíso, según me contó Alejandro, y prometió buscar soluciones para el problema del aviso. Pero la mayor parte de la conversación versó sobre los ruidos.

En definitiva, decidí pagar el aviso y terminar con esos trámites. Me alegró que Pivel estuviera de acuerdo en que el Ministro de Cultura era un idiota puesto a dedo por un boxeador que, según me enteró, había asumido de chiripa la primera magistratura. Las informaciones de Pivel fueron utilísimas. Porque de los diarios yo sólo leía la página literaria y

casi ninguno traía informaciones culturales. A Pivel le agradecí enviándole un paquete con todos mis poemas. Lo trasladaron entre Alejandro y Nicanor, por Ellauri cuesta arriba. Creo que nunca los leyó porque un día me mandó unas líneas que decían: *Agradezco su tratado de matemáticas superiores. Me pareció muy interesante.* De todas maneras lo perdoné. Fue el único que prometió ocuparse del aviso, el que me abrió los ojos con respecto al gobierno.

• • •

El aviso me costó una barbaridad. Cuando llegó la cuenta tuve que vender el secretaire que fue de mi abuela. Lo peor es que no venía nadie y seguían las estúpidas llamadas y el aviso continuaba saliendo hasta que un día tocaron la campana. Los muchachos habían salido con el caballo y Benigna no estaba. De manera que salí personalmente a atender. Era un tipo con una botella.

—¿Qué quiere? —le pregunté creyendo que era un borracho.

—Vengo por el aviso —dijo.

Me dio la impresión de que estaba cansado y me mareaba su olor a transpiración. Por el sombrero me pareció un gaucho.

—Pase, señor.

En el living no dejaba de mirar los muebles. Puso la puntita del trasero en el sofá y ahí quedó, inmóvil, sin decir palabra. Estaba impresionado por el señorío de la casa.

—¿Así que viene por el aviso?

—Por el aviso, señor.

—¿Encontró el mapa?

—No, una botella.

—¿Qué?

—Sí, con un papel adentro.

—¿Dónde?

—En la Punta del Diablo, señor, cerca del Polonio.

—Ah... perfectamente.

—Fue cuando la zafra del lobo. La vi en la orilla, flotando.

—¿Y qué dice el papel?

—Me lo leyeron en Rocha y me dijeron que viniera pacá por la recompensa. De lo otro yo no sé más nada.

—A ver... a ver.

El documento era impresionante. Una carta del propio pescador. Era su epitafio.

—Muchas gracias —le dije.

—De nada don... usted se las merece. No se olvide de...

—Ah... la recompensa. A ver... en este momento estoy sin cambio. Pero, de todas maneras, aquí tiene para el ómnibus.

—No me alcanza... señor.

—¡No sé cuánto vale... todo ha subido un disparate!

—Pero... la recompensa. Eso me dijeron...

—Bueno... mire. Elija algún mueble, algún objeto. Le repito que estoy sin cambio. El

aviso me dejó seco.

—El juego de plata, señor... el de la vitrina.

—¡Vale una fortuna! —reproché—. Llévase algo más barato.

—Vengo de lejos.

—Bueno... agárrelos. Hay otros cubiertos en la cocina. Déme la botella.

—Gracias, don.

—Bueno, adiós.

—Güen día, señor.

El tipo puso una cara de alegría tremenda. Era un estafador por naturaleza. "El que nace barrigón es al ñudo que lo fajen", pensé. Al salir se le había pasado el cansancio. Salió corriendo con los cubiertos, metiéndolos en todos los bolsillos.

En la sala me dejó un olor inaguantable. Tuve que abrir todas las ventanas. Después subí a la torre con la botella escondida en el chaleco.

• • •

A eso del anochecer los muchachos volvieron con el caballo. Les reservé la sorpresa para más tarde. Una novedad de ese calibre podía alterarlos, producir algún síncope. De manera que metí otra vez el papel en la botella y le puse el corcho.

—¡No vuelvan a meter otra vez el caballo en el comedor! —les grité por la ventana.

Ellos lo ataron al aljibe, le sacaron la arpillera del lomo y se sumergieron con el balde. El equino se desató. Tuve miedo que me comiera las flores pero fue al estanque, a beber. Después me miró. Confieso que sentía temor por el caballo. No me animaba a echarlo porque uno me había mordido una vez, en mi lejana infancia. No le pude resistir la mirada. Así que cerré la ventana.

Me enteré de la llegada de Chiflito porque el diario rebotó en el vidrio. Volví a abrir la ventana. El canillita estaba intentando un nuevo lanzamiento.

—¡Lo tienen encerrado! —me gritó—. Hay que ventilar el esqueleto. Haga como los pibes. Salga a trotar con el matungo por la ribera. Dicen que lo anotaron para la primera en Maroñas. Ese pingo corre aliviado... ¡está lleno de mataduras...!

El diario de la noche entró como un pelotazo. Yo nunca le contestaba nada a Chiflito porque era bastante insolente y no estaba dispuesto a pelearme con un tipejo de esa ralea patibularia. La próxima vez que me dijera algo, sin embargo, ya lo tenía previsto: cuatro patadas en el culo y se acabó.

—Andá llevando... —dijo.

Como yo ignoraba qué quería decir con eso le dejé irse silbando. Bueno fuera que uno se pusiera a investigar el léxico del arrabal.

El diario decía pura estupidez. Donde antes comentaban libros ahora había una sección futbolística. Tal como lo abrí lo cerré. Después escondí la botella en el chaleco y bajé a cenar. No podía con los nervios.

El caballo ya había cenado. Nicanor lo había llevado a la fuente y estaba tratando de que comiera una banana. Carlín interrogaba a gritos la armadura y Alejandro seguía orando en el reclinatorio.

—Tengo una asombrosa novedad —dije en voz alta— reservada para la sobremesa.

Los tres vinieron hacia mí. El caballo, por suerte, se quedó comiendo la banana junto al

fauno de la fuente. Yo tanteaba el chaleco que me abultaba como un pezón inmenso.

—Algo podrías adelantarnos —dijo Nicanor.

—Aunque fuera el principio —agregó Alejandro.

—Debe ser una novedad tremebunda... —meditó Carlín.

—¡Nada! —dije—. Ni una pizca.

—Pero ¿qué tenes ahí? —preguntó Nicanor— ¿La lámpara de Aladino?

—No se pregunta.

—Debe ser la piedra filosofal —dijo Alejandro pensativo.

—Shh...

Los tres comieron a gran velocidad, mirándome sin cesar el chaleco. Benigna también me lo miraba al entrar y salir con los platos.

Estábamos tomando el café cuando saqué la botella.

—¡Una lámpara! —dijo Carlín.

—No, una botella.

—Que sea una botella es lo de menos. Vamos a ver el contenido.

—Un papel, un sucio papel...

—Exacto.

Lo que pasó después ignoro cómo se cuenta. Carlín se sacaba y ponía los lentes, Alejandro temblaba como una vara verde, Nicanor agrandaba los ojos hasta dejar afuera la esclerótica, el iris. Parecía una lechuza, leyendo y releendo sin cesar.

—¿Qué opinan del resultado del aviso que les puso su padre? —interrogué para cambiar ese estado de cosas.

—¿No me oyen?

El silencio era absoluto. Me empecé a aburrir. Así que borroneé unos versos en la servilleta.

—¿Qué dice? —preguntó al fin Carlín rascándose unos ojos agotados.

Entonces Nicanor leyó en voz alta. Benigna se asustó y fue a encerrarse en la cocina. Yo hice una pelotita con los versos, la tiré al techo y la volví a pescar en el aire. Era increíble lo que yo podía hacer con una pelotita, virtud que no me reconocieron jamás.

El sonido que le daba Nicanor a cada palabra abría como un eco de misterio, de cosa postuma. En el fondo, no debería haber sido tan vulgar ese Pepe Corvina.

—¿Quién la trajo? —me interrogaron a trío.

—La trajo un gaucho —dije.

—¿Cuándo?

—Hoy, cuando salieron con el caballo.

—¿Algún investigador?

—No, no sabía leer. Se llevó los cubiertos de plata y me apestó la sala.

—¿No sería el almacenero? —insistió otra vez el trío sacándome de paciencia.

—Era un matalobos o algo por el estilo. Repito que era un sujeto al cuete... un rochense... creo. ¿Qué importancia tiene ese idiota ladrón de cubiertos...? No insistan más.

—Es por los datos.

—Con lo que dije tienen de sobra. ¿Qué conclusiones han sacado?

—Hay que rastrear el suelo oceánico —dijo Nicanor—. Pero es imposible sin un

submarino. El mapa tiene que estar.

—Me parece que lo veo... —dijo Carlín. Los muy imbéciles insistieron en el interrogatorio sobre el gaucho. Yo me había olvidado de casi todo lo que dijo. Su perfume no atraía la memoria. Pero les pareció de gran importancia que la botella haya aparecido flotando en el mar, por la Punta del Diablo. Era de lo único que me acordaba. La furia por los cubiertos no me dejaba concentrar.

El asunto colmó el vaso cuando me pidieron que les regalara un submarino. Conste que yo jamás les negué un juguete. Pero que me salieran con un submarino me pareció una exageración. Traté de que transaran por una goleta pero no hubo caso. Dale con el submarino. Yo de dónde diablos iba a sacar dinero para comprarles uno. Lo único que me quedaba era la quinta. Ya me estaba arrepintiéndome de mi entusiasmo por el paraíso cuando tuve una idea: llamar a los ingleses y pedirles que investiguen el océano. Se opusieron los tres. Entonces se me ocurrió algo mucho más brillante. Había que insistir con lo que ya había dado un pasmoso resultado: poner otro aviso.

Me apoyaron por unanimidad.

• • •

La botella se la llevaron al aljibe, con el papel adentro. Solitario en el comedor medité la manera de encarar aquello. El aviso tenía que ser contundente, lleno de interés. Se me ocurrió revisar la colección de diarios en el sótano. Ahí me llevé una sorpresa.

Un raro suspirar me despertó sospechas cuando iba bajando la escalera. Entonces redoblé el sigilo y separé de las orejas mi cabello blanco, suave como la seda. El gaucho ladrón podía haber regresado. Paso a paso me fui desengañando. Allí sucedía otra cosa. Detrás de los diarios continuaba el rumor. Jamás pensé que Benigna me engañara así. Y nada menos que con Nicanor. Desde que la traje yo la había satisfecho una vez por mes, lo que era mucho para mí. Pero la maldita perra se había relojeado al potrillo, al mejor de los tres. Mis secretos "poemas de amor a una hacendosa cocinera" no crecerían jamás.

Ante semejante espectáculo me fui a rezar al reclinatorio, por el alma de los tres. La cara de Adriana en el retrato me llenó de cargos de conciencia. Así fue que resolví seguir concentrándome en el aviso, en otros poemas y olvidar todo aquello.

Subí a la torre y quemé, por las dudas, los versos a Benigna.

Estaba escribiendo un soneto sobre los azulejos de la fuente cuando oí los chumbazos en la costa. Desde el atalaya se oía todo: el croar de las gaviotas, el ruido del mar y hasta un suavísimo ondular de redes.

Alejandro estaba tocando el violín en el estanque. Los que habían salido a caballo eran los otros. De modo que los chumbos salían de la escopeta de Nicanor. Un escándalo de aves, abriéndose en bandadas blancas, fue avistado por mis ojos repentinamente sobresaltados. Me habían cortado la inspiración.

Se me ocurrió mirar la hora en el huevo de Nuremberg que colgaba de mi cadena de oro. Había olvidado darle cuerda. No podían ser las tres de la mañana. En eso los vi, trepándome al escritorio. Iban por la orilla. El irresponsable le había prestado la escopeta a Carlín. No había matado, obviamente, ninguna gaviota. Pero en eso vi correr al marinero haciendo sonar un ensordecedor pito de playa. Corría en dirección a ellos.

Carlín salió disparando. Estaba prohibido matar gaviotas. Eso lo decía expresamente un letrero clavado en una roca. El marinero alcanzó a Nicanor y lo esposó. Carlín, en su carrera enloquecida, tropezó y cayó varias veces. Su disparada remontó la calle Ellauri, al final de las

vías. Estoy seguro que se tomó un tranvía porque no lo vi más. Los tranvías no pasaban hacía años. Por lo menos yo no sufrí más con aquel ruido taladrante. No me explico cómo habrá hecho para tomarse uno.

El marinero se llevaba a Nicanor, esposado, bajo el rayo del sol, por la rambla. Vi que la escopeta iba muy cabizbaja, seguramente triste por haber cometido toda clase de tropelías contra los pájaros marítimos a cargo del marinero. Iba furioso. Llevaba a los tirones a Nicanor.

Se me ocurrió llamar al Servicio de Hidrografía y explicar el caso. Me atendió no sé quién que dijo ser un cartógrafo y deslindó toda responsabilidad sobre el acontecimiento. Tranquilamente, como dice la gente vulgar, "le había sacado el culo a la jeringa".

Lo que ocurrió me vino como caído del cielo. Las horas pasaban sin que nada me alumbrara la mente hasta que llamó un querido primo que acababa de llegar de Europa. El pobre no estaba enterado de la realidad porque me habló maravillas del gobierno. Y de repente me sale con que lo habían nombrado Ministro del Interior, algo así como jefe de policía. Inmediatamente le conté lo que había visto. Insistí en que no habían matado ninguna gaviota, que los chumbos se habían escapado misteriosamente.

—Te llamo en cinco minutos —me dijo.

Caminé kilómetros por la torre, en circunferencia, con las manos atrás. Ya iban diez minutos. Eso no lo podía negar nadie porque recién le acababa de dar cuerda al huevo. De repente salté como un tigre, me zambullí en el teléfono y pesqué el tubo en el aire.

—Está todo arreglado —afirmó—. Lo acaban de largar...

No sabía cómo agradecerle. Pero le prometí mandarle mis poemas en un taxi-flet, gente de lo más servicial para ese tipo de tarea. Lo invité a cenar pero me dijo que esa noche no podía, que mañana no tenía tiempo, que pasado tampoco y así. De modo que arreglamos para Navidad, siempre que no surgieran inconvenientes.

A los postres llegó Nicanor, con la escopeta entristecida, todo encorvado y sudoroso. Le ordené que así no se sentara a la mesa. Dijo que no tenía hambre, que debía salir urgentemente a buscar a Carlín. Lo que escondía en la mano eran los lentes del pobre muchacho. Se le habían caído al disparar.

—Su noche debe ser total... —dijo.

La solidaridad entre hermanos me resultó emotiva. Por eso me tranquilicé pensando que lo rescataría de las sombras.

Y así fue.

Lo encontré sentado en la fuente de la Plaza Constitución, hablando con un jubilado, esperando un ómnibus a la caída del sol.

• • •

Las ideas me revoloteaban sin parar. Se me ocurrieron algunas bobadas pero tuve percepciones geniales. La presa andaba por ahí y yo tenía que darle el zarpazo. Al acecho de la idea corría de un rincón a otro de la torre, dando saltos intermitentes. Me fatigué demasiado y terminé derrumbándome en mi sillón de mimbre. Entonces pensé que necesitaba asesoramiento oficial. Pero el gobierno, tal como dijo Pivel, no podía asesorar ni a una comadreja. Más bien al revés. En ese momento fue cuando se me ocurrió hacer la llamada. A ese hombre lo consultaban para todo, siempre lo habían consultado. Era inevitable.

Me puse a buscar en la libreta y encontré el número. Disqué lleno de entusiasmo. Me

atendió una voz femenina.

—¿Está el doctor Luis Alberto de Herrera? —pregunté.

—El doctor murió hace más de quince años —dijo—. Este es el museo de Herrera...

Le colgué enseguida para no hacer un papelón. Por otra parte era mejor que no estuviera Herrera. La última vez que fui a su quinta me salió con un domingo siete, me trató de "pelucón" y de payaso y yo no pude replicarle porque me salió un tartamudeo. Si hubiera estado vivo quién sabe la que hubiera tenido que aguantarle a favor de la montonera y otras atrocidades. No. La idea había sido un error. Tenía que pensar en otra cosa.

En definitiva algo tenía que salir de mí. La experiencia no era moco de pavo. El asunto estaba en cómo redactar el aviso para conmover a los hombres de ciencia. Hice varios ensayos sobre papeles con versos inconclusos. Al final iba a salir algo. Siempre salía.

Se multiplicaron las tachaduras. Me despeiné todo rascándome la cabeza. De repente me salió redondo: DONE SUBMARINO USADO PARA ENCONTRAR RUTA AL PARAÍSO. Le agregué dirección y teléfono.

Al otro día estaba en todos los diarios. Los muchachos lo habían llevado con el caballo. Al fin de cuentas, el caballo se mostró útil para los mandados, tenía muy buena voluntad.

Los bromistas empezaron con la metralla de llamadas. Yo tenía una puteada pronta cada vez que sonaba el teléfono. Un poco sacado de las casillas, insulté a muchos que no eran bromistas. En la familia, varios parientes me dejaron de saludar. Tías que me llenaban de té en tardes parlanchinas no me perdonaron nunca, jamás aceptaron mis explicaciones.

No recordaba bien quién había dicho esa frase genial: "Los remates son los cementerios del coloniaje." Pero para sostener el aviso tuve que mandar a subasta mis cómodas de pluma de caoba, relojes isabelinos, gobelinos, relicarios, etc. Los martilleros analfabetos me quemaban todo por una chirolas. Por concepto de flete y porcentaje me abrumaban a descuentos. Era una miseria lo que cobraba al final. No tengo la menor idea qué querían decir con eso de "flete". Pienso que sería algún invento de la poesía gauchesca, tan de moda con el advenimiento de los folkloristas que me aturdí a veces por radios de vecinos. El asunto es que toda esa guisada me hacía perder plata. ¿Qué tenían que ver mis muebles con los guitarristas... ? Absolutamente nada. Eso se lo señalé al tipo que vino con un camión a llevarse dos mesas traídas de París por mi bisabuelo. Lo dejé sin habla, mirándome como un idiota.

• • •

En pleno aviso pasó lo de Alejandro. El pobre se había enamorado y no dejaba de llorar.

—Como profeta que soy —decía— esa mujer será para mí.

Todos le decíamos que sí, que ya llegaría el momento, que tuviera un poco de paciencia. Se le había ocurrido pintarla al óleo tal como se la imaginaba. Eso lo hacía en el aljibe. Pero como no tenía paleta, el cochino mezclaba los colores en la solapa. Se le fue transformando en un cascarón maloliente. Esa solapa izquierda conspiraba contra cualquier romance. Traté que se cambiara el traje pero era inútil.

—El amor es propiedad del alma —argumentaba—. Nada tiene que ver con la apariencia exterior...

Eso era cierto pero no tanto. Yo sabía que el mal olor no enamoraba a nadie. Lo supe una vez que bailé con una mujer inefable, en el Club Uruguay, y me olvidé de sacar las medias recién quitadas del bolsillo donde iba el pañuelo. Fue una desilusión dolorosa.

Por las noches, Alejandro le ofrecía largas serenatas de violín bajo su balcón. Ella, al parecer, no salía nunca. Alejandro iba en bicicleta hasta el Prado porque el caballo tardaba mucho. Esperaba la luna para iniciar la serenata.

Una madrugada apareció encastrado de huevos. Me despertaron sus lamentos y lo encontré en el reclinatorio.

—Desafiné sin darme cuenta —me dijo— y en eso arreciaron los huevos. Salían de todas las ventanas... Fue una agresión a mansalva. Ella, ni siquiera abrió el balcón.

—Lo más romántico sería raptarla —aconsejé.

—No, padre. Eso va contra el cristianismo.

—Cierto —dije—, pero a veces.

—No, padre. Mi amor es purísimo. No quiero proceder como un bandolero. Dios me ayudará.

Estaba muy preocupado con lo de Alejandro. Pero no podía hacer nada. Me enteré por Nicanor que ella le llamaba "el brujo" y que era una de nuestras primeras damas de alta sociedad. El padre de ella hacía hincapié en que Alejandro no tenía empleo. Eso me pareció una estupidez. Si ella accedía podían ponerlo perfectamente como administrador de una estancia. Alejandro era ideal para eso. Y las tierras de ese señor eran incalculables. Pero ella no quería. Eso era lo principal, lo que provocaba sus ataques de melancolía.

Le escribí algunos poemas para que se los tirara como flechas incendiadas. Me dijo que se los apagaban con baldes de agua. Entonces desistí de inventar algo nuevo. Cuando el retrato al óleo estuvo terminado se lo mandó por intermedio de Carlín, junto a un gran ramo de rosas que yo mismo corté en el jardín.

Creo que Carlín se equivocó de dirección porque llegó una tarjeta de agradecimiento fechada en el Paso del Molino que firmaba una señora de Instantáneo.

Alejandro se enfureció con Carlín. Lo corrió por toda la quinta hasta que el pobre logró treparse al limonero como un tití. El miedo de Carlín fue tan intenso que nadie podía hacerlo bajar de allí.

Al final trepó Nicanor con una escalera y lo trajo bajo el brazo, pataleando. Yo convencí a Alejandro que admitiera el error, que le echara la culpa a su miopía. Lo perdonó llorando.

Fue una escena emocionante al pie del limonero.

• • •

La confraternidad volvió a la quinta. Pero el aviso seguía saliendo sin resultado alguno. Yo no sabía qué hacer. La mitad de mis muebles había sido rifada en sórdidos remates.

La melancolía de Alejandro se esfumó cuando llegó una noticia: el destructor Paysandú había varado en la Punta del Diablo, contra los restos de una fragata. Eso decía el diario que Chiflito había estrellado contra el techo del atalaya. Agregaba que la embarcación contenía numerosos huesos y antigüedades. No especificaba nada más. De manera que el entusiasmo nos ganó a todos. Inmediatamente saqué el aviso y dejé un saldo sin pagar.

Con eso alquilamos una chalana en "La Virazón". Me llamó la atención la diferencia de precio entre una chalana y un submarino. Y eso que era la más grande de todas, con un poderoso motor fuera de borda. El pescador que la alquilaba se quedó encantado cuando le adelanté el pago.

—¿No será necesario un permiso especial en la Marina? —pregunté.

—Con el carnet sobra —dijo Nicanor—. Cuando nos agarraron en el Polonio habíamos olvidado el carnet en la carpa. Si lo hubiéramos tenido en la mano salen disparando. La Sociedad Amigos de la Arqueología asusta a cualquiera. Es una institución fenomenal...

—La más importante del mundo —dijo Carlín.

—De las más importantes.

Eso me convenció totalmente. Yo desconocía lo del carnet. Creía que lo de juntar cachivaches era pura manía. Enseguida pedí que me lo mostraran. Me desilusioné inmediatamente: estaba todo verde y torcido. Les ordené que prepararan otro carnet enseguida, que se sacaran fotos y todo lo demás. Aparecieron con un carnet nuevito, lleno de firmas y escudos, todo de cuero. Eso me dejó totalmente satisfecho. Era un carnet casi nobiliario.

—Las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas —aconsejé.

Se me ocurrió que pusieran una bandera en la chalana. No sea cosa que se los llevaran presos otra vez por carecer de distintivo. Desenrollé el pabellón patrio en la azotea, el mismo que colgaba todos los feriados del atalaya. Alejandro le pintó una leyenda con el nombre de esa importantísima sociedad que me habían dicho y lo clavamos en la proa de la chalana.

La chalana estaba junto al fondeadero, lista para hacerse a la mar. No sé por qué se reunía tanta cantidad de gente cuando hacíamos los primeros ensayos y preparativos. No me había enterado de la popularidad de mis hijos, latente allí, a la vista de todos.

—Tú no puedes venir —me dijo de sopetón Nicanor—. No estás en edad para realizar estos viajes.

Eso me cayó como un balde de agua fría. ¿De dónde había sacado ese mocoso que yo no debía ir? Yo, que hacía años no pescaba un resfriado, que a pesar de mi edad le provocaba orgasmos a cualquier mujer, que había sido, en definitiva, el que les había facilitado la ruta al paraíso con el asunto de la botella. Tal vez el muy estúpido, por haberme dado una mano con Benigna se creía con derecho a todo. Además, me había quedado con la mitad de mis muebles coloniales por ayudarlos. En fin. Me pareció una infamia. Fue así que me puse a buscar en la guía y traté de encontrar el número de esa famosa sociedad para establecer una protesta. Como no figuraba en guía pensé que la sede sería en Nueva York, en Londres o en París. Entonces mandé un telegrama telefónico para que me admitieran como socio, además de dejar sentada una denuncia contra el tarado de Nicanor. Como no me contestaron decidí anteponer mis derechos contra la ocurrencia del lactante ése.

—Yo voy en la chalana y se acabó —le dije con el bastón en alto.

—Sí, pero bien abrigado —admitió por fin.

Esa advertencia me complejó un poco. Yo no estaba tan venido a menos. De modo que me puse a hacer gimnasia en la torre y ejercicios de respiración en la azotea. En eso sobrevino el resfriado. No me acuerdo en qué estación estábamos, pero me subió la fiebre a cuarenta grados. Así que postergamos la partida. Me dio una rabia enorme que el idiota tuviera razón. Un médico bastante cursi cuyo apellido no recuerdo me llenó de vitaminas. Así fue que me recuperé como un titán. Mi vitalidad rompía los ojos. Nadie se opuso entonces a que yo también viajara a la Punta del Diablo.

Los cuatro fuimos en el caballo hasta el muelle. Allí esperaba la chalana con su flamante bandera nacional.

• • •

El caballo se lo dejamos encargado al pescador. Le había comprado un atado de zanahorias que al final tuve que pagarlas yo. Después me hizo una lista que me abrumó por conceptos de comida diaria. Le dije que le pagaba a la vuelta.

—La costa está llena de pasto fresco —dijo—. No se preocupen por el pingo.

Cuando colocamos el equipaje la chalana se hundió un poco. De manera que tuvimos que sacrificar algunas cosas por razones de seguridad. El pescador se las llevó de lo más contento.

¿Van lejos? —preguntó. —Más o menos. —¿Piensan pescar?

—No, es un paseo.

El atorrante quería entrometerse, averiguar algo sobre el viaje. Me di cuenta por la cara que puso cuando llegamos con el equipaje. Pero se jorobó. No le dijimos nada. La expedición era un asunto secreto. No fuera cosa de que alguno nos robara la idea.

—Cuidado con el viento del este —dijo por fin.

—Me sobra experiencia —le dije—. A mí nadie me enseña nada sobre el mar.

—Disculpe —dijo.

—No es nada.

El tipo soltó las cuerdas y Nicanor prendió el motor. Era un verdadero aturdimiento. Por el este estaba nublado pero había sol. Me parece que estaba llegando la primavera ese día. El canto de algunos pajaritos me dio la pauta. Yo me senté lo más cómodo que pude. La chalana avanzaba bastante ligero.

—¿Ves aquel pedazo de proa cerca de la farola? —me indicó Alejandro—. Esa es la fragata original, la que tanto amó Pepe Corvina. Allí encontró el mapa que vamos a rescatar ahora. Su fragata era igual a esa. Él mismo la construyó durante un año, a puro ingenio.

—Parece mentira —dije—, pobre muchacho... tanto sacrificio para qué...

—Para que continuáramos nosotros —dijo Nicanor.

—Tal vez se haya ahogado —dije.

—No, yo sé que no —pensó o dijo Alejandro mirando el infinito.

Eso último que profetizó Alejandro me impresionó un poco. Pero la chalana me empezó a resultar de lo más incómoda. Se me antojó ponerme en posición horizontal y me acosté sobre una bolsa.

—No haber traído la almohada —me reproché.

—Yo te lo dije —dijo Nicanor con una pedantería espantosa.

Entonces me callé. Juré que no iba a quejarme de nada más en todo el viaje para demostrarle que era mucho más hombre que él. Ese gurí de miércoles se creía un sabelotodo. Estaba mareado por haber leído unos cuantos librecitos de historia.

—¡A la mierda! —dijo Carlín de repente y salté como un muñeco—. ¿Qué es eso negro que anda flotando ahí?

—Un lobo, un pobre lobito —aclaró Nicanor—. Son inofensivos.

Al mirar ese bicho negro, bigotudo, supe que realmente era la primera vez en mi vida que salía mar afuera en un aparato de esos. Menos mal que se fue. No es nada agradable ver un lobo de mar rondando una embarcación con mucho peso. Carlín y yo nos tranquilizamos.

A veces levantaba la cabeza para mirar la costa. Estaba cada vez más lejos y las olas me mareaban un poco. Como antes de subir a la chalana me había comido un frasco de dulce de leche sentí revuelto el estómago. Yo siempre me desayunaba con dulce de leche. Tuve que tomar un sonrisal con agua salada porque a los tres idiotas no se les había ocurrido traer ni una botellita de agua potable. La única que había era la que tenía el papel. Estaba prohibido

tocarla.

—A propósito del viaje —dije—. ¿Cuántas horas tardaremos en llegar a esa Punta del Diablo?

—Tres días... por lo menos —dijo Nicanor.

Por poco me desmayo. ¿Cómo iba a poder soportar tres días tirado sobre una bolsa? Era una falta de consideración. Pero no dije nada para no darle el gusto al capitancito.

—Hay dos escalas —dijo después—. Una en Punta Ballena y otra en San Ignacio.

Eso me alivió enormemente. Me pareció estúpido eso de pasar de largo Punta del Este. Podíamos bajar a tomar algo, encontrarnos con algún conocido. Pero seguí callado. Con los aspectos de bichicomos que tenían los tres, me harían hacer un papelón.

El ruido del motor me tenía histérico. Me tapé los oídos con la bolsa. Pensé en la cantidad de poemas inconclusos que tenía, en mi próximo recital en el Ateneo de Montevideo. Eso me distrajo un rato.

Creo que los tres iban mudos. Si algo hablaban yo no los oía por el motor. Era atroz ese rugido.

—Cómo sopla del este... —dijo Nicanor haciéndose el marino—. Estamos navegando contra viento.

—Vaya novedad... —le dije.

• • •

Los nubarrones eran cada vez más oscuros. El pescador no había estado tan mal en advertirnos esas diabluras del viento. De repente vi como fuegos artificiales. Tuve la sensación de andar en un sube y baja. Mi estómago era un revoltijo. El agua salada lo había terminado de descomponer. Sentí que se me venía todo el dulce de leche a la boca. Lo volví a tragar. Tenía un gusto asqueroso. En eso subió otra vez y yo me senté para arrojar. Se lo llevaron las olas. Vi una línea marrón que viboreaba hacia la costa. Era mi desayuno.

—Hay que volver —dijo Nicanor—. La tormenta se viene...

—No veo ninguna tormenta —replicó Carlín.

—Hay que seguir —dijo Alejandro.

—No. Vamos a volver.

Era la primera vez que había estado atinado Nicanor.

—No hay tiempo —insistió tozudamente Alejandro.

—De la nave me ocupo yo —dijo Nicanor.

—Pero aquí hay un solo profeta.

—Un solo suicida.

—¡No te tolero esa insolencia!

—No importa. Igual volvemos.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlín—. No me gustan los líos a bordo. Se hundirá la chalana... ¡será una tragedia!

Un trueno estalló entre los nubarrones que se venían encima. Dibujó una gran zeta roja.

—Está más cerca la isla —dije interviniendo con autoridad.

—Es cierto —asintió Nicanor—. Pero hay una cárcel... tal vez militares.

—¿Y a nosotros quién nos va a encarcelar? —interrogué—. Yendo conmigo no hay peligro. En la Isla de Flores saben muy bien quién soy.

—No es prudente —insistió el estúpido. —Sí —dijo Alejandro—. Vamos a la isla. Después de la tormenta seguiremos.

—Yo no veo ninguna isla —dijo Carlín—, pero debe ser impresionante llegar a una. Quién sabe los misterios que hay...

El vanidoso de Nicanor quedó en minoría. Propuso una votación y lo derrotamos por mayoría absoluta. Se le acabaron las alharacas de capitán. El motor roncó entonces rumbo a la isla.

La tormenta estaba a punto de reventar y las olas se enloquecían. Carlín perdió los lentes en un sacudón. Menos mal que quedaron enganchados en la barba de Alejandro. Era espantoso como tronaba. Pero me impresionó mucho más ver el faro entre las piedras negras de la isla. Menos mal que Carlín veía poco y nada. Quién sabe el escándalo que hubiera armado.

—Esta isla tiene un lazareto donde internaban a los enfermos en cuarentena —explicó Nicanor— y un horno donde cremaban a los muertos por cólera o fiebre amarilla. Hay un cementerio y una cárcel.

En ese momento pensé en volver. Pero estábamos demasiado cerca y el agua arreciaba.

—¿No les decía yo que esto debía ser impresionante? —recordó Carlín.

—Ese faro —prosiguió Nicanor— lo construyeron los lusitanos en 1828. El primer día de ese año fue encendida la linterna. Despide destellos blancos cada diez segundos. Es todo de piedra.

—¿Vivirá alguien en la isla? —preguntó Carlín.

—Pocas familias.

—¿Seres humanos?

—Claro.

—Quién sabe... —dudó.

—¿Llegaremos? —pregunté empapado, debajo de la bolsa.

—Sí —dijo Nicanor transmitiendo seguridad.

—Cuidado con las piedras —dije.

—Hay una pequeña playa. Podemos desembarcar sin riesgos.

—Espero que nos reciba el alcalde o algo por el estilo —dije.

—Tal vez la policía... —contestó Nicanor con una voz de pesimismo que me indignó.

La chalana tocó tierra. Se hundió un poco en la arena y la tuvimos que arrastrar hasta la orilla. Me convencí del todo: eso de hacer expediciones no era para mi estirpe. Parecía un pollo mojado y se me había echado a perder el único libro de poemas que llevé.

En la isla no nos recibió nadie. Si nos hubiera recibido un policía tal vez hubiera sido más decoroso. No aparecía ni un alma.

La chalana quedó en la playita, y nosotros avanzábamos tironeando el equipaje. Una situación denigrante. Al menos para mí.

Una construcción negra que tal vez fuera la cárcel era lo que más me inquietaba. Al lado había otro edificio. Después unas pocas casas que ni siquiera coloreaban los relámpagos. Jamás me imaginé que la isla de Flores, con ese nombre tan primaveral, fuera tan triste. Y el faro, por más lusitano que quisiera ser, era espantoso. Aquello parecía una película de fantasmas.

En eso llegó un tipo corriendo con un fusil. Me pareció que era un soldado. Lamenté no haber traído mi arma.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó gritando.

—Nos trajo la tormenta —dijo Nicanor—. No hubo tiempo de volver a la costa.

—¡Levanten las manos! —ordenó—. ¡Dejen los equipajes!

El individuo se acercó y nos tanteó por todas partes. Fue un manoseo indiscriminado que hasta me despertó sospechas sobre la virilidad del coso. No me extrañaría que hubiera sido un marica. Cuando estuvo convencido de que estábamos desarmados nos dijo que lo siguiéramos a prudencial distancia. Era inevitable: tomó el camino a la cárcel. Los tres, cargados de bultos, lo seguimos en procesión.

• • •

—Quedan detenidos en averiguación —dijo un militar de bigotes, gordo como un sapo.

Le tuve que decir que era fulano de tal para asustarlo. No me creyó y entonces le mostré una foto del escudo de la familia. Al ignorante no le había impresionado la cédula. Noté que se puso a dudar, me miró de arriba a abajo. No decía una palabra.

—A ver... muchachos. Muestren el carnet —les ordené a los tres.

El carnet lo tenía Alejandro. Pero ya se había torcido por el agua. El tipo lo examinó con una lupa.

—Bueno... que vayan al lazareto —dijo—. Pero no olviden que están en calidad de detenidos... por el momento.

—Por el momento... —le dije con tono amenazante.

El soldado nos llevó al lazareto. Allí no vivía nadie. Algunos soldados. Nada más.

Nos metió en un largo corredor lleno de puertas. En una de esas abrió una y apareció la habitación con cuquetas para los cuatro. Yo nunca había dormido en una cuqueta. Iba a protestar cuando Nicanor me paró. Nicanor se dejaba manosear por cualquiera. Fue una suerte que me tocara la cuqueta de abajo. En realidad era bastante cómoda.

El ruido de la tormenta no nos dejaba dormir. Parecía como si estuvieran bombardeando la isla. Carlín temblaba a veces. Pero en el fondo estaba encantado con la isla. Trataba de mirar por la ventana, caminaba de un lado a otro, oía ruidos extraños. El pobre, a falta de otra cosa, vivía de la imaginación. Siempre le había pasado eso, desde chiquitito.

En eso se le ocurrió tocar el violín al tarambana de Alejandro. El soldado dio un culatazo en la puerta y lo hizo desafinar. El profeta tuvo que aguantar la parada de carro. Dejó el violín enseguida.

Me aburría como una ostra tirado en la cuqueta. Por eso le pedí al guardia marica que me dejara recorrer un poco el lazareto. Dijo que sí. El soldado me siguió por lóbregos corredores que continuaban bombardeando los truenos. Cada pisada mía sonaba como si por esos laberintos no hubiera pasado nadie antes que yo. De una de las puertas salió un jorobado a vicharme. Pensé que estaría en cuarentena. El soldado le cerró la puerta con la culata pero el curioso la volvió a abrir. Era probable que supiera mi apellido y estuviera impresionado por la ilustre visita. No había más que corredores y puertas, ventanitas altas e inútiles. Un leve olor a podrido me hizo pensar en que podía contagiarme alguna peste. Le agradecí el espléndido paseo al soldado y volví a la pieza. Menos mal que me quedaban mejórale.

El trío se había dormido profundamente. No les pude contar nada de lo visto. Me arrebujé en la cuqueta tapado hasta las orejas para que me hiciera efecto el mejoral. En pocos minutos

me quedé dormido, transpirando a más no poder.

Mi sueño era un esponja escurrida.

• • •

Abrí un solo ojo y vi al jorobado en la puerta. La había entreabierto y miraba el violín como a un juguete nuevo. Estaba a punto de dar un zarpazo y llevárselo. Se arrimaba como un gato. Le brillaban los ojos detrás de una enrojecida nariz. A tiempo le tiré con un zapato.

Le rebotó en la punta del coco. La especie rara de tatú tambaleó un instante. Todos alcanzamos a verlo alertados por el ruido. El zapatazo lo había abombado. Cuando reaccionó salió dando saltos por el corredor. Notamos que el guardia se había ido. Ese raro monstruito no debía ignorar que era un Estradivarius.

El guardia marica volvió al rato y le denunciarnos el hecho. Dijo que no nos preocupáramos, que tenía esa manía. Nos contó con detalles que el jorobado llevaba más de medio siglo en la isla. Lo tenían para limpiar el lazareto. No había querido seguir viaje después que un transatlántico cumplió la cuarentena. Por eso estaba ahí. Prefirió lavar esos tétricos corredores para toda la vida. De noche, a veces, se colgaba del faro como una araña para avistar un barco que jamás llegaría. Colgado de la farola, en las noches de luna, sobre la rompiente de negras piedras gigantes, la imagen del jorobado no sería muy alegre. El relato del soldado, con lujo de detalles, fue bastante macabro.

—Es un murciélago —dijo al concluir—. No le hagan caso.

—Esto es horroroso —balbuceó Carlín—. ¿Dónde hemos venido a dar...? El jorobado anuncia ruina, es un ave de mal agüero...

—Menos mal que salvé el violín —se alegró Alejandro—. Gracias por el zapatazo, papá.

—De nada, hijo.

La tormenta había cesado. Los vidrios estaban amarillentos. Eso me dio la pauta de que el sol estaría afuera, colgando sobre la isla, desparramando alegría. La idea de seguir la expedición me descompuso un poco. En la pieza, con un sacrosanto tono de confesión, se hablaba de Pepe Corvina, de la Punta del Diablo, del destructor Paysandú, de la reconstruida y otra vez destruida fragata donde había varado.

Se votó continuar el viaje pero yo me abstuve. De pronto me vi en minoría. Los hechos le seguían dando la razón al petulante Nicanor: yo no estaba para esos trotes. Lo admití haciendo malabarismos con una pelotita, artificio que nadie me celebraba. La pregunta fue hiriente, casi despectiva.

—¿Qué hacemos con el viejo?

—Que vuelva a la quinta —dijo Nicanor—. Su espíritu estará con nosotros.

Eso me pareció menos agresivo, más elegante. Yo estaba añorando la torre y mi sillón de mimbre, algunas incursiones por el dormitorio de Benigna. No quise interferir en el diálogo y dejé todo tal como estaba.

—¿Podemos recorrer la isla? —le preguntó Nicanor al guardia.

—Voy a pedir autorización —contestó—. Yo recibo órdenes...

Al rato volvió y dijo que lo siguiéramos.

Lo seguimos por el corredor. El jorobado se asomó otra vez, con un chichón en la frente. Alejandro lo vio y fue a buscar el violín, cerró la pieza y se llevó la llave. El murciélago nos seguía. Eso se lo comentamos al soldado.

—No hace nada... —insistió.

La isla estaba casi desolada. El guía nos dijo que vivían unas veinte personas. Pero las casas eran mucho menos de veinte. Se lo señalé y me dijo que no tenía nada que ver. Además de marica era idiota. Con el sol estaba más agradable la tarde. Flores no había por ningún lado. Sólo vi un pequeño cementerio. El que bautizó la isla con ese nombre sería un estúpido o un ciego. Era lo mismo que ponerle Greta Garbo al jorobado.

La recorrida me hizo bien. Respirando hondo se me fue el dolor de estómago. Cada tanto, detrás de unas matas o entre las piedras, veíamos el tatú al acecho. La chalana estaba en la playita, llena de agua.

—Pregúntele a su superior si podemos seguir viaje —le pidió Alejandro al soldado.

El tipo hizo un gesto varonil, se puso serio. Todo era para disimular. De sobra sabía yo que era brisco. Con esas artimañas no engañaba a nadie. Pero cumplió enseguida porque notó que lo miraba fijo.

Los cuatro esperamos a la intemperie, con un poco de frío porque caía la tarde y soplaba el sur. Carlín preguntaba todo el tiempo dónde estaba el murciélago. La respuesta del soldado fue afirmativa. No podía ser de otra manera. Mi nombre había desconcertado al milico mandón. El muy lince no ignoraba que de un plumazo yo lo podía dar de baja.

Nos costó una barbaridad dar vuelta la chalana para vaciarla de lluvia y arena. Después le colocamos el motor. Era pesadísimo. Por razones de edad me correspondió mirar y dar indicaciones. En ese aspecto yo era más útil que Carlín. Los equipajes también pesaban bastante. No se habían secado todavía y eso les agregaba kilos.

La última vez que miré el lazareto vi un balcón de baldosas, lleno de garabatos. Me pareció de lo más ridículo.

El soldado nos hizo la venia al despedirnos. Yo, a pesar de su defecto sexual, le respondí con una reverencia que jamás olvidará. La falta de mundo de mis hijos dio la nota. Los tres le dieron la mano mojada, inmundada.

La noche quería inundarlo todo. Montevideo era un diamante visto desde allí. Me moría de ganas de volver, de oler mis jazmines, de extasiarme en el jardín de sombra, de no hacer absolutamente nada más que escribir sobre mis ensueños forestales, lustrar mis cabellos, cepillar mi galera de felpa. Fui el primero en entrar a la chalana. Los demás, metiendo los pies en el barro, la empujaron hasta que reflató. El motor volvió a rugir como una fiera.

—¡A la quinta! —recalqué por las dudas.

—Hacia allí vamos... —me tranquilizó Nicanor.

—Al alba saldremos otra vez —dijo Alejandro— pero sin ti...

—Se entiende... se entiende —dije ya vencido.

La tenebrosa isla quedó atrás. Cuando le eché la última mirada, ya crepuscular, vi al jorobado balanceándose en la farola, sobre el oleaje y las piedras hieráticas.

No cabía duda. Era un murciélago. Ese colgajo no anunciaba nada bueno.

• • •

La quinta era un verdadero desastre. El caballo se había comido todo: flores, limones, yuyos, etc. Y se había bebido el estanque entero, con peces y tortugas. La culpa fue del pescador.

El abombado dijo que no podía retenerlo, que daba coces y relinchos a más no poder. Lo dejó entrar para que no se encabritara. Le juré que nunca más iba a alquilarle una chalana ni un barco ni nada. El jardín parecía un gallinero. No sé qué poema podía escribirse a eso.

Era inútil: yo no podía dejar la quinta porque todo se venía abajo. Y encima me encontré con otras cuentas del aviso que yo ni sospechaba. Una de ellas decía: *aviso submarino saldo \$ 400.000.00*. Estaban bien fritos si pensaban cobrar. Cada cobrador se toparía con el caño de mi fusil. Eso me propuse. Ya no era contra los ingleses la cosa.

Menos mal que al alba se fueron los expedicionarios y yo, en un arresto de valentía, saqué el caballo a patadas. Benigna me ayudó con la escoba. Lo vimos disparar al galope por la rambla. Ese sí que no volvía más.

Los muchachos regresarían pronto. Porque esa famosa Punta del Diablo estaba nada más que a tres días. De todas maneras nunca se podía saber. "La vocación de explorador es un largo camino imprevisible", leí una vez. Y ellos no andaban detrás de ninguna locura. Por algo yo mismo había colaborado vendiendo la mitad de mis muebles. Qué jorobar...

• • •

Los despedí en el muelle, con mi melena al viento. Me sentía un personaje célebre parado allí. Me extrañó no oír alguna salva de cañonazos. Hubiera sido lo correcto en un acto de esa solemnidad. El día amanecía esplendoroso en toda la Punta Brava.

Los tres surcaron las aguas rumbo al horizonte. La bandera nacional flameaba en la chalana. Me parece que perdí alguna lágrima.

De pronto no los vi más.

• • •

CUENTA EL PESCADOR

En la infancia soñé con los mares helados.

Amé la geografía, los naufragios célebres, los fogoneros del Tacoma, buques que entraban y salían del puerto, los silbatos.

Fui pobre, peón de astillero, pescador en la escollera Sarandí. No tuve nada, ni un bote. Tuve un tablón flotante con palo de escoba y sábana. La vida fue dura entonces, en el barrio Guruyú.

Fue la niñez.

A los quince años nadaba entre lanchas, de noche, eludiendo marineros armados, sumergiendo cajones en invierno. Cuando me endurecí ahorqué japoneses, asalté yanquis en la penumbra de los hangares, violé mulatas, me acuchillaron en la draga. Fui preso. Gané y perdí. Seguí viviendo.

Me decían "Cachalote". El coraje es la costumbre del peligro. No es otra cosa.

Nunca pensaba si no estaba solo. Quería convencerme de que era bueno, así, estando solo. A veces estuve seguro que lo era. Eso creí cuando leía: la costumbre me aflojaba, me ponía los ojos de pescado muerto. Y nunca contaba que leía. A quién iba a contarle eso.

Mi padre me enseñó a leer. No sé si era mi padre. Pero él decía. A mamá nunca la vi. Él tampoco sabía quién era.

Mi padre descolgaba bolsas de las grúas, al sol. Hablaba de mamá cuando se emborrachaba: una mamá con nombre en otro idioma, nombre que siempre era distinto y suave. Pero el viejo me enseñó a leer, me regaló el globo terráqueo, las novelas de Julio Verne, la ansiedad por el horizonte que él no tenía.

Cuando cayó del dique o lo tiraron, cuando apareció flotando en las aguas marrones, lleno de ginebra, me encerré mucho tiempo en el altillo. No quise llorar, no sabía. Y leí. Leí con luz de vela sobre el mar Ártico y Alaska, la Antártida, las Islas Azores. Robé una Historia Universal en una taciturna librería de la calle Brecha. Y leí. Hasta que un día bajé del altillo.

Me endurecí otra vez las manos en las redes, tiré de las cuerdas, armé pesqueros, desahugué la tristeza a martillazos, aturdido en la sierra. Tuve que subsistir. Nunca encontré, si existía, al hombre que lo tiró del dique. Hubiera matado otra vez. La venganza es una especie de hambre, de deseo intolerable. Así pasaba en mí.

Entré a tabernas musicales y oscuras, llenas de putas y marineros ebrios. Me convencí, para no enloquecerme, que había caído solo. Era poca la gente en la aldea, los asesinos como yo eran pocos. Tal vez un extranjero... Pero no. El viejo se ahogó solo.

Lo admití para siempre.

• • •

En ese tiempo llegaron los noruegos. Las flotillas recalaban en la bahía y seguían para el sur. Eran los balleneros.

En el amarillo Dick's Bar del mercado vendían a los borrachos. Los cambiaban por

dólares, dormidos. Por eso se los llevaban los buques. Ellos se enteraban en alta mar, tal vez ya cerca de los hielos. El viejo Roncadera los vendía. Los cambiaba en la trastienda, entre cortinas sospechosas y verdes, con señales de bala. A mí no me vendió. Nunca bebí en sus vasos llenos de polvo y mugre.

Le exploté tres mujeres. Él lo sabía. Lo soportó en silencio aunque pudo matarme. El Roncadera era un cobarde. Yo lo miraba sudar allí, como una rata, rodeado de licor y telarañas. Jamás me miró fijo. No me habló nunca. Así era mejor.

Con los noruegos arreglé yo solo.

A cara o cruz jugué mi suerte: volver rico o no volver jamás. Y me embarqué. Dominé los cabos y el arpón, la soledad y las peleas a bordo. Nadie me despidió en la muralla porque a nadie le dije.

• • •

Un noruego rojo me tatuó el ancla en frío, rodeado de tripulantes sádicos, de ojos abiertos. No le bajé la vista a ninguno, sufriendo como una res, ni moví un músculo. Eso fue en alta mar, ya sin tierra a la vista. Desde entonces supieron quién era el uruguayo. Así me llamaban en inglés.

En el minúsculo camarote sequé con ron la quemadura ardiente, toda una noche entera. Flojo de sueño, con el rencor guardado, me vieron antes del amanecer. La burla se había borrado de aquellos rostros como cáscaras. A bordo fortalecí los brazos trabajando a la par de las bestias, entendiéndome por señas y monosílabos absurdos, por el idioma de los ojos.

Me enteré de que el ballenero buscaba el Mar de Weddell, allá en la Antártida. La realidad era más grave que las novelas de la infancia. Pensaba en eso mirando esas lanzas con puntas de anzuelo que un día yo clavaría en un cetáceo, en la ballena que arrastraría el bote entre los témpanos hasta debilitarse y ceder. Recordaba las advertencias en tierra: olores nauseabundos al desollar la presa, posibilidad de morir por las pestes o el frío.

Los balleneros tiraban al mar a los enfermos. Era la lógica del oficio: arponear y seguir. Nadie podía (nadie debía) atenderlos.

Los vientos helados demoraron algunos días en llegar, el alcohol corría en el barco, de boca en boca. Escuché cánticos del norte, en noruego, en inglés, vi clavar fotos de mujeres en la cruz de las cuchetas, me entrometí en las carcajadas por instinto, ajeno al tema. El nórdico que me había tatuado se ocupaba de mí, me confiaba a veces el timón y la brújula, los faroles y las dosis de ron, el catalejo. De proa a popa la embarcación fue mía. También me pareció que el mar.

No one's afraid of ice
in this crew
the rum is old
the gin is new
bottoms up!!

Aprendí el estribillo por costumbre, mientras atrapaba la botella, volando a lo largo de la eslorra.

• • •

Un día polar amanecimos en el hielo. A estribor miré asombrado por el ojo de buey, entre-dormido y triste. Me sorprendió estar asombrado y triste al mismo tiempo. La tristeza era inubicable. Me puse a repasar la zona del globo donde habían ido a parar mis noventa kilos y ese, mi corazón petrificado.

La tristeza estaba en el mapa, allí donde mi dedo merodeaba el Polo. Porque yo era incapaz de la nostalgia. Sobre ella había oído hablar. Me gustaba la palabra y la esperanza de sentirla. Tal vez tuviera un sabor de vino añejo, bebido alguna vez en bodegas sombrías. Todo eso pensé mirando las moles, por el ojo de buey, recién despierto por un golpe de mar. Yo no podía admitir que estaba triste. Esas cosas no eran para mí.

"No aflojes" —me dije.

Me puse los cinco buzos, el pasamontañas y trepé hasta la proa.

Los arpones parecían rejas, con las filosas puntas hacia el cielo. Un gesto del Rojo me confirmó que habíamos llegado. Quise mirar qué miraba (o sentía) él sin que lo notara: el horizonte blanco, lleno de hielo y de peligro. El Rojo me enseñó mucho sin hablar. Por eso lo miraba. De repente me dio una trompada en el hombro, un puñetazo dulce y sin aviso. Me di cuenta que había entendido todo. Enseguida bajó a la bodega y me dejó solo. Yo tenía que acostumbrarme y podía, siempre pude.

Al rato llegaron los demás por la cubierta, gritando en dos idiomas, con más cabos y arpones que yo clavé en la madera, de un saque. Desenredé los cabos en la escotilla. Cuando el trabajo estuvo pronto escupí en la sentina y me crucé de brazos en la proa, sintiendo como pinchazos en las manos, la imposibilidad de volverlas a abrir. Me hicieron señas para que entrara, muecas que hablarían del amanecer helado.

Sólo el mascarón quedó en la proa, junto a las lanzas en hilera.

—To penetrate you —oí decir mientras se enterraban en la bodega, uno por uno.

El barómetro marcaba bajo cero. Diez, quince grados. Esa aguja que calibró mi estado. Fui al camarote y me llené de café hirviendo. Se me ocurrió colgar la bolsa de arena del gancho que descubrí en el techo. Me la había regalado un empresario, en el Boston de la calle Yacaré.

El barrigón oyó mentas mías. Me quería para peso pesado. Nunca subí al ring side, pero me quedé con la bolsa. Esa mañana la castigué sin tregua, hasta pelarme los puños. Sentí hervir la sangre otra vez, los golpes del corazón en la caja.

Hasta el mediodía no hubo tarea en el barco. Así que seguí mirando, como en una película, el pasaje de los mares australes.

• • •

Con la palma de la mano aclaré el ojo de buey empañado. Lo alcanzaban las crestas de las olas. Me sentí hastiado de mirar el mar.

El óvalo de plomo pasó cerca; eran varios óvalos de plomo. La nave giró a babor, todo el timón. El griterío estalló en la proa. Le pegué de gancho a la bolsa y subí, dejé mi agujero trepando por la escalera de fierro. Los noruegos me estaban llamando.

En los tres palos del buque se encaramaron los vigías. Los vi enloquecidos, repetir hasta el infinito la misma palabra, viendo pasar los óvalos que yo había mirado.

—Blow!

Era el grito inolvidable.

Ese grito (hay ballenas) parecía tradicional y guerrero, salido durante siglos de gargantas

quemadas. En eso descolgaron los botes de los flancos, seis botes a remo que hicieron chapotear el mar. Desclavé un arpón y me busqué lugar, imitándoles la actitud y la alegría.

Al remo lo reconocí en las manos, el largo esfuerzo que nació conmigo. El remo era una pluma.

Los otros botes se aparearon, rodeando las ballenas grises, de chorro calmo, indiferente. No había olvidado nada. Los demás ignoraban que yo sabía: arponear el tórax, junto a la cabeza. Eso había que hacer. Me adelanté seguro, desdeñando los rugidos del Rojo.

Más atrás de los hombros llevé el arpón y me aflojé los nervios, desenrollé el cabo y vencí la lástima. Lancé el arpón que fue a clavarse junto a otro, en el mismo segundo y en el lugar elegido. El otro lo habían tirado desde la izquierda. Miré al Rojo. Supe que no había fracasado. La ballena se sumergió y subió el mar. Yo seguí largando cabo. Así había que hacer. Antes de hundirse abrió la boca. Pero no hubo sonido. Cuando acabó la cuerda reflató la montaña. Arrastró el bote. Entonces trencé otro cabo al que enredé en la popa. Vi que el Rojo se reía. La bestia volvió a hundirse y me arrastraba, me llevaba a un sinfín de mar y cielo. Dejé atrás el bote compañero. Allí el Rojo seguía riendo como una catarata. En ese instante no supe qué hacer. Me iba. Me iba cada vez más.

Al Rojo le sobraba cabo. Con el bote en el mismo lugar seguía largando cuerda. Me había preparado todo aquello; no tuve dudas. Hice un gran nudo, até varias veces la misma punta de cabo, la última, y me senté en el bote, tragando miedo y furioso de sentirlo. Le di la espalda al Rojo. No quería mirarlo.

Me iba sin remedio. En eso sentí que me había enlazado la popa, me había pialado el bote. Tampoco miré. Admití otra vez que era un asesino: me lo dijeron los brazos en tensión, un borrón en la mente. Por fortuna me oí. Entonces pude razonar. La ballena dejó de tironear, siempre sumergida.

Los demás botes habían arponeado. Dos por cada ballena. Estaban, como nosotros, a la espera. Otras montañas grises de chorro lánguido seguían su marcha o quedaban por ahí, mustias, distraídas, ignorando el peligro, los hombres.

Los pinchazos del frío me hicieron meter las manos en el rompevientos. Por el rabillo del ojo vi al Rojo fumar, quieto, como pensando en otra cosa. Me contagió de paz, de esa experiencia que yo le envidiaba, que algún día tendría yo. Una ballena emergió muerta cerca del buque. La estaban lanceando, por las dudas, los otros marinos.

Esto me lo habían dicho: *mueren por neumotorax*. No sabía qué era eso. Lo repetí muchas veces. El Rojo se acercó cuando vio crecer el lomo a lo lejos. Remé ligero antes que se apareara. La ballena crecía exangüe, desangrada. La muerte la llenó de flaccidez inerte. Era más grande que antes, así, muerta. Calculé quince metros.

En el puerto me habían contado, los libros me habían dicho que la ballena salía a respirar a la superficie, que era un mamífero. Sabía más de la ballena gris: la falta de su aleta dorsal, el valor de los fanones, un vómito de ámbar que servía para fijar perfumes. Sobre el aceite sabía mucho. Y las leyendas sobre su inmenso hígado. Por eso me llené de la primitiva ternura, una voz que cantaba en libros arrumbados, un arpón en el pecho, una lágrima que el Rojo no debía descubrir.

Se acercó con la lanza pero dudó. Creo que temió un coletazo postrero. Le cortó los tendones con la pala ballenera, allí, en la cola. Después me dio la lanza, me dio lo peor. Tenía que hacerlo. La clavé tres veces sin mirar. Ni se movió. Entonces me lavé la cara en el agua helada, sucia de sangre invisible.

La arrastramos entre los dos. Fue la primera en llegar al velero. Allí la llevamos para desollarla. Desde el palo mayor bajaron el guinche. A bordo, los noruegos esperaban con largos cuchillos. El guinche que lanzó el vigía hundió la garra en la panza y la dio vuelta.

Enseguida trabajaron los cuchillos. Evité que el olor me lo trajera el viento. La empezaron a pelar como una naranja. La ballena giraba lentamente. El Rojo me hizo una seña. Devolvimos los botes a estribor, colgados en los sostenes. La tarea había terminado.

A bordo esperamos que volvieran los otros, con más ballenas muertas. Yo miraba mudo, cansado por el esfuerzo. El Rojo me ignoraba, al lado mío, recostado, fumando.

Cuando estuve convencido de eso me pegó, me dejó solo.

• • •

La piel de ballena, recortada en pedazos, fue metida en calderos hirviendo. El líquido fue a los barriles. Eso hacían con la piel, con la grasa.

Las tres grandes cabezas quedaron en la popa, bajo las lonas.

Esa noche corrió la ginebra. Habíamos terminado el ron, el gin quemante. Los tragos me dejaron cantar, tararear en mi extraño dialecto que la tripulación celebraba. Esa alegría fue corta.

La ginebra, sin querer, me trajo al viejo: lo vi ahogado, inflado junto al dique, aquel día nublado y repugnante. Me fui a dormir borracho, con el complejo de venganza incumplida. Le di duro a la bolsa para matar la fiebre, le pegué hasta saciarme. Entonces dormí. Dormí mirando una ballena muerta en el techo oscilante.

• • •

El Rojo miraba el horizonte, prendido de las velas, babeando el cigarro sin humo. Me senté en el ancla, extrañado por la temperatura. Escupió el cigarro y abrió las fosas de la nariz, un boniato sanguíneo. Los vigías habían subido con sueño a los palos, hepáticos, hartos de arrojar por la noche.

El mascarón de proa no silbaba en el tajamar.

No entendí lo que dijo. Supe que hablaba de ballenas. El mar amaneció pesado, calmo, sin lobos. Se sacó el sombrero y rascó aquella maraña de pelo rosado. Lo vi caminar hacia el timón, entrar en la cabina. Los vigías se miraron. El frío sin viento no auguraba algo bueno. Eso me pareció, creí entender. Porque el buque se inclinó izando velas y viró hacia el norte.

Una bóveda azul formaba el cielo. No era una nube lo que amenazaba. Los noruegos olfateaban la brisa. Ellos sabían por qué.

—Grytwiken— dijo el Rojo al volver. Y repitió —Grytwiken...

Los vigías bajaron de los palos. Yo miraba el cielo en el imaginario día de verano. La nave iba veloz, flameante, llena de olor.

El Rojo se puso a jugar con un dado, eructó, se aburría.

—Gryt-wi-ken— dije y me fui al camarote.

Me tiré pensativo en la cucheta. El de arriba todavía roncaba: un pecoso, de boca torcida. Siempre temí que me mataran dormido. Tenía mis motivos. Supuse que el pecoso también. Yo no dormía con esa paz, la misma indiferencia que mostraba despierto. Era un noruego chico, de manos callosas, con esas costras de los labradores que habría en su país.

El tomo de historia que buscaba lo encontré en el fondo de la bolsa. Enseguida se me esfumó el barco y viajé, volé más que aquel velero de tres palos.

Me molestaban los supuestos, todo lo inexplorado, el vigor con que desmemoriaban los siglos, eso que un grisáceo librero llamó *verdades apócrifas* el día que le robé los quince tomos. Si no hubiera nacido en el atillo de Guruyú, pensaba, me hubiera gustado destrozar la historia, desmentir cosas. Furia y amor eran los libros.

Así cavilaba en la cucheta.

• • •

Un trueno me quebró el sueño bajo el libro abierto. El de arriba saltó. Pero volvió a roncar. Metí la cara en el ojo de buey: el mar embravecido, las olas subiendo como picos, un cielo pardo rayado de colores. Se bamboleaba el buque golpeado de lluvia, hundiéndose y trepándose, peleando entre los manotazos del océano.

Me llamó la atención que el pecos durmiera igual. Porque en la bodega y la cabina, por la cubierta y los pasillos corrían los demás. Subí entre los fierros, un poco mareado, despacio, en busca de la cara del Rojo para saber qué haría. No tenía miedo ya. Algo nuevo se había endurecido en mí.

En la cabina encontré al Rojo, prendido del timón, sin sombrero. Masticaba el cigarro, los ojos eran más grandes que siempre.

Lo que estaba pasando no era risa. Nunca lo había visto nervioso. Sólo cuándo me tatuó sin lograr un quejido. Esa vez sí.

Los noruegos se encerraban en los salvavidas. No todos. Miré el fondo confuso y centelleante. Algo vimos. El Rojo también vio. Había desaparecido. Los dos mirábamos como gatos. Cuando reapareció gritó el Rojo. La isla subía y bajaba. Un puerto oscuro fue lo que bailó en los vidrios.

— ¡Grytwiken...!

Los marineros cantaron una acción de gracias. Así sonaba.

El mapa roto, pinchado en la bodega, me dio el rumbo: Scruth Georgia, jurisdicción de las Islas Malvinas, Bahía de Cumberland. El puerto se llamaba como el grito del Rojo. Allí nos iba metiendo el timón, poco a poco.

La lluvia torrencial apagaba y encendía el puerto. De proa al viento, colocado a la capa por la cangreja, el velero se acercó al muelle. Tres hombres empapados tiraron desde allí las amarras. El buque fue arrastrado, con las velas infladas, todavía resistiéndose.

Se aquietó un momento y golpeó el muelle entre los malecones. Los noruegos cantaban más fuerte. Éramos la única alegría de Grytwiken. El mar reventaba contra el paisaje gris, de casas bajas, breve y salvador.

El Rojo estaba exhausto, sentado en la cabina, con el pelo revuelto. Lo tomé de esa mata y lo levanté: me miró sin fuerza. Lo dejé caer en el asiento, como una bolsa.

• • •

Los cánticos invadieron la isla, asordados por el temporal.

En un tugurio del puerto había mujeres rubias, whisky escocés y opio. Me dopé a gusto allí, amé a una holandesa, no tuve peleas. En la isla no había nada que hacer. Tan sólo eso. El Rojo, cuando me golpeaba al descuido, dejaba a veces prendido un billete en mi rompevientos.

Así era Grytwiken. Lujurioso y austral. Un puerto más al que no volvería.

En el cuarto de la holandesa, empapelado de rosas apagadas, oía llover el día entero. Se llamaba Vicky, igual que casi todas. Tenía un osito, un sonajero, una triste muñeca descabezada, varios relojes de oro. Venía de los dancings de Bahía Blanca, huyendo de un recuerdo argentino. Me contó eso. La escuché sin creerle esa historia de amor. Su acento me ayudaba a dudar.

Las prostitutas le temen al silencio. Prefieren marineros parlanchines, esos que bajan de los barcos impregnados de una idiota felicidad, algo raquíuticos, con monedas verdosas, fáciles de estafar. El silencio las confunde siempre. Entonces inventan una historia inconclusa, sin palabras profanas. Ella era de esas.

Me gustaba aburrirme de las mujeres. Me pasaba siempre. Por eso una tarde crucé la tormenta y me trepé al barco vacío, con un atado de cigarros griegos, a no pensar. Mi animal dormitaba en la cucheta, elevando un dibujo de hermosas pesadillas.

En eso estuve, tumbado.

Un día cesó de llover.

• • •

Nos hicimos a la mar. En el muelle quedaron las mujeres despidiendo a los saciados noruegos.

Arponeamos algunos cachalotes, ballenas grises, mansas. Los peligros nuevos los domó el rigor. Me crecieron las manos. El rostro se me secó como a ellos.

Con el buque repleto viramos un día al norte, definitivamente, a vender todo. Llevábamos tres meses en el mar. El velero buscaba su país. Quedaba atrás el hielo de la Antártida. Hediondos y felices mirábamos inflarse las grasientas velas.

El escorbuto se anunció de golpe.

Dejó sin dientes al pecoso, desnutrido y apático. Por eso dormía el día entero. Faltaban vitaminas y sobraba ginebra en la nave. De la cucheta baja veía un pie colgando, con la uña encarnada, oía los ronquidos, los escupitajos con molares y sangre. Otro noruego se enfermó a bordo. La grasa se pudría en los barriles y los tirábamos al mar.

El velero seguía bajo el sol del Atlántico.

• • •

La última tormenta, la más dura, fue a veinte millas del Plata. El Rojo eludió bancos de arena y roca. La tripulación le debía la vida. No conoceré timonel más certero.

El buque llegó de arribada, empujado por los vientos antárticos, racha que al norte le llaman pampero.

—There uruguayan... —dijo el Rojo anunciando la escala.

A barquinazos rondamos la bahía. No pudimos recalar en el puerto cerrado. La nave llevaba el escorbuto. Con viento en contra dimos marcha atrás, buscamos la Isla de Flores vigilados por un remolcador.

Allí empezó la cuarentena. En la isla nadie cantó.

• • •

No sé cuánto habré bebido a bordo. Ignoro si los tomos de historia me crearon aquella ilusión, acaso un espejismo.

La atracción la sentí en la isla, mirando grabar a navaja nombres del norte en un balcón de baldosas. Allí firmaban los enfermos del lazareto. Sentí que el mundo pudo haber sido así (como veía) sin criminales como yo ni el Rojo, sin marinos borrachos y monedas mojadas, pudo haber sido un mundo sin ahorcados, sin gente dormida vendida en balleneros.

Lo pensé mirando el balcón de baldosas, indefenso, herido por el acero de leprosos. Cuarenta días seguidos lo pensé.

• • •

El buque se fue con los noruegos, sin tocar mi puerto. Yo quedé en la isla. Era fácil volver. En el quebrado muelle donde izaron velas el Rojo me llenó de dólares, me pegó la última trompada. No me miró al soltar amarras. El barco se fue a los tumbos por el estuario. Lo esperaban mares más bravos. Cuando lo perdí de vista sentí que el Rojo me evocaba.

La nave no cambiaría su rumbo. Nunca iría a la deriva. Mientras él tuviera el timón navegaría el velero. Me miré el tatuaje, ancla que iría conmigo para siempre, quemadura zafada de los hielos.

Fui enseguida por el balcón, a revisar si regresaba aquello en las baldosas. Vi el cuadrado lacustre, la baldosa tallada, partida en un ángulo. Estaba firmando un jorobado: la acuchillaba con una daga corta.

La ilusión no volvió.

Esa tarde empujé la chalana y me fui, al acabar el día, rumbo a la Punta Brava, con el balcón en la memoria.

• • •

Me gasté el dinero en los estaños, contando el viaje, dejándome explotar por el pobrerío. Hice alarde de lo que nunca había tenido, pronuncié palabras difíciles.

Una noche me atrajo un vaso de sangría, igual que el balcón aquel. Más tarde fue una maceta con un malvón reseco, agujereado por los caracoles. Al amanecer, junto a la enramada de los ranchos, me fascinó el vértice de dos palos que sostenían una veleta. Luego un bostero al sol, lleno de moscas, un trasfoguero ardiendo a medianoche.

Era raro no volver al puerto. Noté que me iba quedando, durmiendo bajo las chalanas de la punta.

En algún lugar siempre veía aquello. Mientras tuviera el saco marinero forrado de billetes no cesaría la alucinación. Bebí mucho para mantenerla. Al dejar el alcohol se empezaba a desprender de mí y yo a tratar de sostenerla. La vi por todos lados. Ya no me interesaba leer. Los libros empezaron a repugnarme. Iluminado a puro cielo seguí a mi sombra por toda la costa. Eso era mejor. Era lo que llamaban un equinoccio.

El tufo de los libros fue insoportable. Le regalé la Historia Universal a un mercachifle.

Cuando el dinero se acabó pesqué para vivir, levanté un rancho antes del invierno,

arranqué mejillones y puse un puesto en el camino viejo. De eso vivía.

Una vez, mirando la Cruz del Sur, vi imperdonables equivocaciones en la historia que había regalado, errores infames, intuitos en la cucheta del buque, allá en la Antártida. Estaban allí, claros. Y no podía explicarlos.

Me extrañó no volver a matar. Lo hice una sola vez. Estaba asombrado, mirando el fulgor de una tapia tras la higuera de Tabaré y Riachuelo. Me interrumpió una pregunta. Ese sonido esfumó todo y la fiera salió de adentro mío. Le partí la cabeza contra el empedrado. Era un afilador. Sólo preguntó mi nombre. Después lo tiré al mar. Creo que nadie lo supo: nunca más oí el ruido erizante del acero en la piedra.

En el puesto de pescado me enteré de mi nombre. Lo habían inventado los niños. Los pescadores cambian de nombre en cada costa. Ahora me llamaba Pepe Corvina.

Absorto en la proa de una fragata, hundida junto a la farola, lo olvidé de pronto y para siempre.

• • •

CUENTA EL CAPITÁN

En realidad fue todo culpa mía. El lío lo armé a propósito y tal vez ya sabía lo que iba a ocurrir. Es imprescindible confesar esto: los cargos de conciencia, los dramas interiores, el sacrificio a que llevé (por ternura, por divertirme) lo que yo más quería. De otra manera no podría entenderse. El sátiro fui yo, el gran endemoniado, el haragán privilegiado que quería jugar, matar el tedio.

Más tarde, cuando la piedra fue arrojada y subió el telón, cuando el espectáculo comenzó para mí solo, me parece que subí al escenario. Sospecho que estuve loco, que la comedia atrapó al autor.

La historia se inició con una pregunta.

Alejandro estaba tocando el violín en la esquina, con los ojos cerrados, la barba entre las cuerdas. Me le acerqué despacio, aburrido, imaginando grillos.

—Perdóname que te interrumpa —le dije—. ¿En qué año fue que llegó una ballena al espigón?

—¿A qué espigón?

—Aquí, al muelle de pescadores, cerca del fierro... —le aclaré señalando la costa.

—¡Caramba! —respondió ya entusiasmado—. No sabía nada de eso...

—Está en las crónicas de la época —expliqué—. No es muy difícil averiguar. Pero yo no recuerdo el año...

Se fue con el violín bajo el brazo, pensativo, camino a la quinta. Yo seguí vagabundeando por la cuadra, entrando y saliendo del boliche, leyendo un roto libro de bolsillo, mirando la primera golondrina que hacía horas revoloteaba en los techos. En ella descansé los ojos, sentado en el muro de ladrillos, olvidando lo que había preguntado.

Al día siguiente la ballena era el tema de toda la cuadra: una callecita empedrada, declinante, que moría en el mar. Los vecinos me llamaban desde las aceras sugiriéndome posibles fechas, asegurándome la existencia de crónicas vistas en diarios que yo no buscaría, ya amarillos, envueltos entre piolas y polvo.

Un célebre tallador de monumentos y figuras ecuestres me citó en su taller para ubicarme en aquel tiempo. Era, después de su peón, el hombre más viejo de la cuadra. La gran duda del escultor empezó a crecer con el diálogo: ¿1922 o 1924? Consultó un inmenso libro de cuero rústico y abrió otro interrogante. De pronto estuvo convencido que la ballena llegó después del temporal de junio de 1923. Ese temporal, me dijo, había llevado las aguas del río hasta la propia quinta de mi padre. Era muy probable, según los datos, que la ballena haya llegado arrastrada por la pampereada, por los vientos de 150 kilómetros que soplaron contra la ciudad raquítica.

• • •

Alejandro había corrido como reguero la llegada de la ballena. El tiempo le hizo una

trampa: concluyó en que los profetas no tenían poderes pasatistas, razón por la cual no daba con la fecha.

El peón del escultor, un indio que vivía en el último rancho que quedaba en la cuadra, me dio varios detalles. Nos reunimos en la floja tapera, a punto de caer, y me costó llevarlo al tema. En ese rancho, decía el viejo, había dorado asados con sus propias manos para el famoso dúo Gardel-Razzano, a la sazón "El Morocho y el Oriental" y un desconocido cantor (maravilloso) que nunca registró una placa: se llamaba Pepo, a secas. Todo eso contaba el indio. Agregó también que "*la muerte fue una milonga*" musitando coplas en la banqueta, junto al fogón apagado. Tuve que interrumpirlo para sacarle lo de la ballena.

Fue terminante en decir que el mamífero llegó arponeado después del temporal. Me contó que estuvo unos días en la costa, que los boteros cobraban "un real la vuelta" alrededor de esa loma agonizante. Los curiosos se amontonaron en la punta hasta que la ballena empezó a pudrirse apestando la zona. Un día hubo que remolcarla mar afuera. La desollaron a una milla de la Punta Brava.

—La cuerió el Pepe Corvina —dijo el indio.

Apenas me lo dijo, no bien me miró del fondo de unas grises pupilas en su cara curtida, recordé mis días de junta-papeles, oficio que elegí para denigrar a papá cuando me echó de casa. Me había echado por negarme a usar una galera que apareció en el desván, junto al violín de Alejandro. No bien se enteró de mi nuevo trabajo me levantó la sanción: salió a buscarme por las calles con la cachua.

El recorte (encontrado en un cordón de vereda) tenía que estar en algún lado. Un breve recuadrado que hablaba del pescador que zozobró buscando el paraíso. No recordaba nada más. Sólo un "alias" que no podía olvidar: el nombre que acababa de pronunciar el indio. Entonces me olvidé de la ballena y lo dejé hablar sobre el hombre que la desolló.

Lo demás lo inventé todo, un rato más tarde.

• • •

En el fondo de un baúl, manchado de aceite, estaba el sucio recorte que había viajado en mi bolsa de peregrino. Lo leí varias veces y armé la historia mezclándola con los cuentos del indio, hice coincidir las fechas y saqué esta conclusión mentirosa: el temporal de junio de 1923 arrastró la ballena y el buque en cuarentena donde venía el pescador.

Lo que no pude inventar, lo que fue imposible torcer, fue el relato objetivo: sus manías, sus cuentos, la fragata. Porque de ahí en adelante empecé a convencerme.

Me seguían llamando de toda la cuadra.

En el boliche se armaron trifulcas por discrepancias en la fecha exacta del día en que varó la ballena. Mi padre, mis hermanos, seguían en eso todo el día. Yo ya tenía preparado el nuevo agregado sobre el pescador. Pero dudé. Pensé que si eso sucedía en mí, si el relato del indio me había estremecido hasta el convencimiento, algo peor podía pasarle a los demás. Tuve que aguantar infinitas sobremesas sobre la ballena hasta que un día, por fin, alguien ubicó un diario de la época: *noviembre de 1924*.

Entonces se calmó todo el barrio.

Fue después de la calma que me despaché, que me reuní con Alejandro y Carlín para fundar, en el fondo del aljibe, la Sociedad Amigos de la Arqueología. El efecto fue tan agudo que era imposible detener ya nada. La historia de Pepe borró ballena y fechas, aseo y horarios. No pude más y entré en el juego. Quise creer (en realidad creía) en la truncada ruta

a la que el indio dedicó una risa sin dientes.

El indio no me indicó el año en que partió la nave. Pero el recorte no era viejo, no estaban lejos mis días de vagabundo. Y tampoco el naufragio. Eso deduje. Al terminar de razonar supe que ya estaba atrapado, preso de cierto encantamiento. Ignoré desde entonces las fechas, todos los formales puntos de referencia. Sólo me importó lo sucedido. Por eso fue que, aconsejados por el indio, recurrimos a otro sobreviviente: el farero.

—Él vio todo. —dijo un día, hastiado, el indio—. No me pregunten más...

• • •

Cuando soltamos amarras en el muelle, clavamos la bandera nacional en la chalana y despedimos a papá, yo no tenía ni la sombra de una duda. Estaba convencido y alegre, manejando el motor fuera de borda, sintiéndome el capitán, un héroe impercedero. Lo que no puedo asegurar es que estuviera realmente loco. Porque aquello era mucho mejor que evaporar el ocio, sentado en el muro de ladrillos, mirando la golondrina.

• • •

Apenas recuerdo lo que pasó en alta mar. Decidí borrarlo para no sufrir entre cuatro paredes, lleno de culpas y dolores, inyectado cada tanto por gente sin rostro.

Veo entrar y salir túnicas blancas, oigo campanas que suenan con crueldad, anunciando el almuerzo, la salida al jardín. Los gritos suben y bajan del pozo, allí donde ponen (o tiran) a los esquizofrénicos.

Cuando me clavan la aguja en el brazo —Magestil, contra alucinaciones, leí ayer— es el instante en que canto el himno nacional. Porque fue lo último que hicimos en la chalana: cantar el himno. Nos habían rodeado dos lanchas, oímos una voz que ordenaba apagar el motor, abandonar la embarcación, acatar órdenes. La psiquiatría nos había atrapado una vez más. Entonces cantamos hasta enronquecer.

Al final nos devolvieron aquí, como chatarra humana, incomunicados. Los tres dormimos en colchones abiertos como bocas de sapo. El invierno llegó sin piedad y no hay frazadas. Sólo hay hambre, dolor, miseria, angustia. Las palabras de este olvidado planeta son siempre las mismas: *meleril*, *halaperidol*, *ardiasol*, *electro*, *caridad*. Las terapias heladas que se cuelean entre los vidrios rotos.

Los planes del túnel, ideados a media voz en el jardín, han fracasado. No sé cómo pudieron enterarse. Lo cierto es que a papá le prohibieron las visitas por enviar calumniosas cartas a la prensa. Me enteré que sigue vendiendo muebles, que en la casona queda muy poca cosa. Sé que sigue invocando apellidos, que la familia lo ha dejado solo, que recita sin público a la vista, allí, donde se le ocurra. Nada más he sabido.

Cuando se enteraron del túnel y nos separaron, cuando nos dieron la paliza en el sótano y la droga de los paranoicos, supe que estábamos perdidos, sin ninguna escapatoria ya. Al pobre Alejandro (ahora rapado, sin violín) no le prestaron más el armonio de la capilla. A Carlín, que creyó ver oro en el pedregullo del camino, le sacaron la pala que usaba por las tardes, llenando un balde entre desorbitados espectadores. Y yo, el canalla, durmiendo entre estopa, sigo imaginando el boquete que me redima, una fuga imposible.

El gemido de Alejandro se alarga con el viento, ondulando entre los pabellones. Y responde la abovedada, desgarrante piedad de Carlín.

—¡Pobre... pobre Alejandrooo...!

Así toda la noche.

No sé cuánto durará el calvario de esta nave inmunda, sin escapatoria. No dudo de mi culpa. Pero jamás pensé que en la ruta al paraíso nos esperara este naufragio. Tal vez, a todo el que la busque, le suceda lo mismo. Como a Pepe Corvina.

El extraviado mapa de cobre pudo habernos salvado. En eso, al menos, debo seguir creyendo. Aunque en el fango del océano, como un hueso de ahogado, se siga carcomiendo.

• • •